



SE

*Sombra de*  
**vampiro**

BELLA FORR Lectulandia

La noche de su decimoséptimo cumpleaños, Sofía Claremont se hunde en una pesadilla de la que no puede despertar. Un tranquilo paseo por la playa al atardecer la sitúa cara a cara frente a una peligrosa y pálida criatura que ansía mucho más que su sangre.

Es raptada y llevada a La Sombra, una isla donde el sol tiene eternamente prohibido brillar. Una isla que no aparece en ningún mapa, gobernada por el aquelarre de vampiros más poderoso del planeta. Se despierta allí convertida en esclava, una cautiva encadenada.

La vida de Sofía da un giro terrorífico y emocionante cuando es seleccionada entre cientos de chicas para residir en el harén del árbol de Derek Novak, el príncipe oscuro.

A pesar de su adicción al poder y su sed obsesiva por su sangre, Sofía pronto se da cuenta de que el lugar más seguro de la isla son sus dominios, y debe hacer todo lo que esté a su alcance para ganársela si quiere sobrevivir una noche más.

¿Lo conseguirá? ¿O está destinada a correr la misma suerte que las demás chicas en manos de los Novak?

**Lectulandia**

Bella Forrest

# **Sombra de vampiro**

**Sombra de vampiro - 1**

ePub r1.0

Titivillus 11-11-2017

Título original: *A shade of vampire*

Bella Forrest, 2016

Diseño de cubierta: Sarah Hansen

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Prólogo: Sofía

Siempre temí las noches en las que llamaban a mi padre fuera de la ciudad. Eso significaba quedarme a solas con Camilla.

Mis amigos nunca entendieron por qué le tenía miedo. No podía esperar que lo comprendieran. Solo veían el lado de Camilla que veía mi padre. Una esposa obediente, dedicada a su única hija.

No sabían que cuando la casa quedaba en silencio, a excepción de su respiración y la mía, emergía una mujer diferente.

El recuerdo más temprano que guardaba de ella era un ojo verde espiándome a través de una cerradura. Las puntas de su flequillo castaño le rozaban las pestañas mientras me miraba fijamente, sin parpadear. Se quedaba callada cuando lo único que yo deseaba era oír la hablar. Que me tranquilizara diciendo que abriría la cerradura del armario antes de medianoche, cuando, según ella, los monstruos vendrían por mí.

Aunque los monstruos nunca venían, y ella tampoco.

Todavía recordaba la oscuridad de aquella noche, que pareció interminable. Recordaba el frío y la cuchillada de dolor en los dedos cuando los introduje en la cerradura, haciendo todo lo posible por abrirla con mis pequeños dedos. Pero la cerradura era antigua y el metal del interior estaba afilado. Acabé haciéndome un corte. Profundo. Cuando Camilla me encontró por la mañana, había manchas de sangre en las paredes de color crema. Me sacó del armario, me castigó y las repintó antes de que volviera mi padre.

Después de eso, se aseguró de cambiar la cerradura por otra hecha de un metal más blando.

Cuando comencé el colegio la veía menos. Noté cómo mi padre me animaba a pasar cada vez más tiempo con los Hudson, viejos amigos de la familia.

Entonces, cuando cumplí nueve años, finalmente envió a Camilla lejos de nosotros. Ni siquiera recuerdo haberle dicho adiós, y nunca la visité. Mi padre pensó que era mejor que no lo hiciera. Se había derrumbado y había perdido la cabeza, dijo. Pero me tranquilizó argumentando que los médicos de su hospital psiquiátrico eran de los mejores del mundo. La verdad, nunca sentí la necesidad de seguirle la pista.

Después de que ella se marchara, pensé que tendría la oportunidad de vivir una vida normal. Esperaba que, con ella fuera de escena, mi padre pasaría más tiempo en casa y nuestra relación mejoraría.

Pero cuando Camilla se fue, él también se fue.

Sus viajes de negocios empezaron a alargarse más y más hasta que, al final, la casa de los Hudson se convirtió en mi hogar permanente. Después de eso, la única vez que supe de mi padre fue cuando llegó un cheque por correo. Incluso entonces,

estaba dirigido a Lyle Hudson.

A veces suponía que me había abandonado porque le recordaba demasiado a Camilla. Nunca tuve ocasión de preguntárselo.

A medida que pasaban los años y empecé el instituto, a menudo pensaba en las últimas palabras que me dirigió Camilla. Me dijo que esperaba que la vida me sirviera la porción de sorpresas que me correspondía.

Cuando cumplí diecisiete, creía que la vida ya me había servido una porción muy grande, mucho más de lo que cualquier persona tiene que soportar en toda una vida.

Pero entonces conocí a Derek Novak. Y, de repente, me sentí como si hubiera vivido la vida más predecible del mundo.

Ciertamente, él era una sorpresa mucho más grande...

## Sofía

*«Ahora no. Por favor, ahora no».*

Miré el reloj. Faltaban unos minutos para que empezara el partido de fútbol. Los gritos de ánimo estallaron en las gradas. Era el partido que Ben y su equipo llevaban meses esperando. No podía convertirme en una distracción.

Traté de controlar mi respiración, aunque el corazón se me aceleraba. La sangre se me agolpó en las mejillas.

Creía que iba a ser capaz de aguantar ante la multitud. Ya había estado en varios partidos ese año y lo había superado. Pero ahora que estaba sentada allí, lo único que quería era correr.

El ruido a mi alrededor era ensordecedor: los gritos de ánimo, la música, el estrépito de pisadas. Todo ello resonaba instantáneamente dentro de mi cabeza. El olor dulce y enfermizo del maíz de caramelo de Abigail Hudson me llenaba la nariz, mezclado con el olor ácido de sus patatas con sabor a vinagre. La sensación de sus hombros frotándose contra los míos me hacía sentir claustrofobia. Y, como estábamos sentados en la primera fila, las luces brillaban el doble.

Las palmas de las manos me sudaban cuando las juntaba.

—¿Estás bien, Sofía?

Amelia, la madre de Ben, me miró con preocupación. Sabía que las multitudes me producían ansiedad. Forcé una sonrisa y asentí con la cabeza.

—Estoy bien.

Miré hacia el campo y, cuando mis ojos encontraron a Ben, me obligué a mirarlo fijamente. Intenté bloquear los estímulos que me sobrepasaban y centrarme en él. Mi guapo mejor amigo. Con su físico alto y musculoso, su poderosa mandíbula, sus ojos azul claro... Normalmente, eso era todo lo que se me ocurría como excusa para mirarlo a hurtadillas en casa y en el instituto, pero en aquel momento descubrí que apenas lo veía, y una duda molesta se abría paso en mi mente. Una duda que creía haber superado ya.

*«Nadie más en el estadio tiene problemas. No es normal sentirse así. Quizá me estoy volviendo loca, como mi madre».*

—¿Seguro que estás bien, Sofía? —Esta vez era Lyle, el padre de Ben, mirándome desde su asiento situado a unos pocos pasos.

Me mordí el labio y asentí bruscamente con un movimiento de cabeza, deseando que lo dejara pasar. Todavía no entendían que preguntarme si estaba bien nunca ayudaba a solucionar la situación. En absoluto.

Cuando el pitido del silbato rompió la vorágine de sensaciones en las que ya me estaba ahogando, mi resolución de no derrumbarme se desintegró.

Todo lo que podía hacer para dejar de temblar era esconder la cabeza entre las rodillas.

Pensaba en mi madre, que me había causado los ataques de pánico y los demás aspectos de mi estado mental con los que había aprendido a convivir. Pensaba en esos ojos verdes y en la última vez que recordaba haberla visto. Creía que estaba predestinada a acabar como ella. Lo inevitable de la idea hizo que me precipitara en una espiral descendente. Todo pensamiento racional desapareció y la duda espeluznante se reproducía una y otra vez en mi cabeza.

Sentí que unas manos me tocaban los hombros.

—Sofía. —Era la voz de Amelia.

Aún más estímulos que soportar: su voz y el tacto de sus manos.

Intentó sentarme derecha en el asiento pero me negué. Me deslicé y me arrodillé en el suelo. Sentía la humillación de toda la situación y deseaba desaparecer.

—Sofía. —Esta vez me llamaba una voz diferente.

Una voz profunda y masculina.

La voz de Benjamin Hudson.

Solo su voz destacando entre la ofensiva de ruidos podría haber captado mi atención en el estado en que me encontraba. Levanté los ojos y lo vi corriendo hacia mí, con el balón bajo un brazo y la preocupación pintada en la cara. La culpa me atravesó.

—No, Ben —dije en voz baja—. Vuelve al partido.

Recorrió la distancia que quedaba entre nosotros y, sujetándome por los hombros, me obligó a mirarle de cerca a la cara. A pesar de mi ansiedad, cuando me tocó no pude evitar sentir un cosquilleo bajándome por la columna.

Por encima de su hombro vi que todos los jugadores se habían detenido y miraban fijamente a Ben con frustración y sorpresa en el rostro, al descubrir que su capitán simplemente abandonaba el campo con el balón. Los abucheos y las voces de protesta arreciaron en las gradas.

A pesar de la culpa, mi cuerpo todavía se estremecía y sentía que un velo de pánico se cernía sobre mí. Me tomó la barbilla y me obligó a mirarlo de nuevo.

—Siéntate. —Su voz sonó firme mientras se arrodillaba y colocaba el balón entre sus rodillas.

Sentí como si no pudiera ni controlar mis extremidades.

—No puedo —susurré.

Frunció el ceño, y una mirada de profunda desaprobación ensombreció sus bellas facciones. Su cara estaba ahora a unos centímetros de la mía, y sus ojos azules me miraban con dureza.

—Reconozco una excusa cuando la oigo. No te atrevas a engañarte convenciéndote a ti misma de que eres la víctima, Sofía Claremont.

Casi en cuanto Ben pronunció estas palabras (palabras que me había dicho muchas veces antes), una oleada de alivio me invadió. Sus fuertes manos me

agarraron por los codos mientras me levantaba y me devolvía a mi asiento.

—Vas a estar bien —declaró con voz todavía firme.

Asentí con la cabeza y dejé escapar un profundo suspiro, notando cómo mis hombros empezaban a relajarse y sentía los músculos menos tensos y el pecho más ligero.

Los abucheos rebotaban por todo el estadio y a cada segundo eran más fuertes. Los compañeros de equipo de Ben estaban llamándolo a gritos y habían empezado a correr hacia él.

—Ahora vete —dije, empujándolo lejos de mí.

Una sonrisa le iluminó la cara mientras me apretaba la mano y depositaba un beso en mi frente. Un beso que liberó una docena de mariposas en mi estómago.

Me lanzó una última mirada antes de girarse y volver al campo.

Recorrió con la vista las gradas que lo abucheaban, caminó hacia el centro y levantó la mano derecha, lanzando el puño al aire como una estrella de *rock*.

—¡Los amigos antes que el fútbol! —rugió.

Los abucheos se convirtieron en silbidos de aprobación. Sentí cómo el calor me subía por las mejillas mientras cientos de ojos se fijaban en mí.

Solté una risita.

«Ben. Siempre sabe cómo ganarse a una multitud. O a cualquiera, en realidad...».

—¿Estás bien ahora, Sofía? —Me giré para ver a Abigail, de cinco años, de pie a mi lado, con sus enormes ojos azules de bebé abiertos con preocupación. Sonreí y la besé en la mejilla.

—Estoy bien, Abby —susurré, sin querer atraer más atención sobre mí de la que ya había.

—¿Quieres un poco de mis palomitas? —Su coleta rubia se movió hacia un lado cuando extendió una mano pegajosa que contenía una sola palomita de maíz.

—No, gracias. Vuelve a sentarte con tu mamá.

Lyle y Amelia ya habían regresado a sus asientos y ambos miraban el partido como si nada hubiera sucedido.

Cuando Abby se sentó junto a su madre, me recliné en mi asiento, respirando despacio. Al oír el silbato por segunda vez, fijé los ojos en el campo y vi cómo se reanudaba el juego. Seguí a Ben por todo el campo; gracias su físico musculoso sobrepasó con facilidad a dos jugadores que lo perseguían. También tenía a su favor ser uno de los jugadores más altos.

El fútbol nunca fue mi deporte favorito. Lo veía por Ben, ya que formaba parte del equipo de nuestro instituto. Después de unos cinco minutos de intentar concentrarme y seguir lo que estaba ocurriendo, me distraje con mis propios pensamientos. Lo que acababa de ocurrir se reproducía en mi mente.

Los problemas me habían atormentado durante la escuela elemental y el instituto. La insoportable sensibilización hacia los estímulos externos y los ataques de

ansiedad. Había visitado a innumerables médicos y psiquiatras. Aunque no se ponían de acuerdo a la hora de decidir cuál era realmente el primer problema (cada uno tenía una teoría diferente, que variaban desde el Asperger hasta un trastorno obsesivo-compulsivo), todos ellos habían concluido que ambos problemas estaban relacionados.

Fue Ben, con la sabiduría de sus doce años, quien descubrió lo que ellos no pudieron.

Sonreí al recordar aquel día. Había sido en un partido, muy parecido a este. La única diferencia era que Ben estaba en las gradas con nosotros. La multitud había desencadenado mi proceso de pensamiento negativo, igual que en ese momento. Cuando me hundí en un ataque, Amelia y Lyle dijeron que tendríamos que marcharnos para llevarme al hospital. Profundamente decepcionado por irse antes de que el partido de su equipo favorito comenzara, Ben me había sujetado por los hombros, lleno de frustración, y me había sacudido. Y había pronunciado las mismas palabras que hoy:

—*Reconozco una excusa cuando la oigo. No te atrevas a engañarte convenciéndote a ti misma de que eres la víctima, Sofía Claremont.*

No estaba segura de dónde las había sacado, quizá de una película o un libro. Pero habían hecho mella en mí.

«No estaba haciéndome la víctima» —había pensado. Mis preocupaciones eran auténticas. Después de todo lo que había ocurrido con mi madre, tenía derecho a sentirme así. Pero la verdad era que sus palabras funcionaron. Traspasaron mi ser y me sacaron del ataque. Ben acababa de descubrir la clave para solucionar mis problemas de ansiedad.

Él, con sus doce años repletos de frustración, no podía imaginar cuánto influirían esas palabras en mi vida.

En cuanto a mis problemas sensoriales, hasta el día de hoy no hemos descubierto a qué se deben. Amelia y Lyle habían renunciado a llevarme a más médicos y psiquiatras, ya que todos se contradecían entre sí.

Pero la verdad era que yo podía controlar el problema, fuera cual fuera su origen. Era difícil, a veces abrumador, pero podía luchar y ganar. Solo cuando me dejaba engullir por la autocompasión pensando en mi madre me perdía totalmente.

Me sentí decepcionada por haberme permitido sucumbir a la ansiedad una vez más. En un momento de pánico, había olvidado cómo superaba siempre el problema. Había intentado enseñarme a mí misma a prevenir estos ataques yo sola, porque no podía contar con que Ben estuviera siempre cerca. Y me asustaba lo dependiente que ya era de él. Ben Hudson. Mi mejor amigo. Me gustaba crearme independiente pero, para ser honesta conmigo misma, a veces no podía imaginar mi vida sin Ben en ella.

Un golpecito en el hombro me sacó de mis pensamientos. Una chica de piernas largas con pelo rizado y negro se inclinó sobre mí.

—¿Así que eres la novia de Ben?

El pensamiento me ruborizó.

—No —dije, negando con la cabeza—. En realidad solo somos amigos.

—Bien. —Me lanzó una sonrisa rígida y volvió a su asiento en la fila siguiente a la nuestra. Sus ojos se concentraron de nuevo en el campo, probablemente fijos en Ben, como si yo no existiera.

Volví a mirar a Ben en el campo. Los gritos y chillidos habían estallado en oleadas por nuestro lado de las gradas. Su equipo acababa de marcar. Dos chicos alzaron a Ben mientras él levantaba los brazos al aire. Sus ojos estaban fijos en mí y volví a sentir escalofríos. Sonreí, sintiéndome culpable por haberme perdido el gol.

Me giré para mirar a la chica sentada detrás de mí, que se comía a Ben con los ojos mientras saltaba arriba y abajo y gritaba su nombre.

La emoción y el temor se abrieron paso en mi interior mientras imaginaba cuál podía haber sido mi respuesta a su pregunta si me lo hubiera preguntado unos días después. Los Hudson y yo nos íbamos al día siguiente de vacaciones a Cancún durante dos semanas. Ya había planeado que el primer día, nada más llegar, daría un paseo por la playa con él. Y le diría por fin lo que había estado guardando para mí todo este tiempo... si era capaz de conservar la valentía para hacerlo.

## Sofía

Estaba contenta de haber podido sentarme al lado de Ben en el avión. El aparato iba totalmente lleno, así que Amelia, Lyle y Abby tuvieron que sentarse varias filas más atrás. Me acomodé en el asiento de la ventanilla y Ben se sentó a mi lado.

Tenía los ojos cerrados y la cabeza le caía hacia un lado. Llevábamos una hora de vuelo.

Su equipo había ganado el partido el día antes y Ben se había quedado más tarde de lo debido celebrándolo. Dudaba que hubiera dormido más de tres horas antes de levantarnos y marcharnos al aeropuerto esa mañana. No despertó hasta que una auxiliar de vuelo se acercó a ofrecernos bebidas.

—Una botella de agua, por favor. —Se enderezó, frotándose los ojos y mirándome—. ¿Qué es lo que más te apetece? —preguntó después de una pausa.

«*Dos semanas ininterrumpidas contigo*».

—Las playas, supongo. ¿Y a ti?

—No lo sé... Simplemente, será agradable tomarse un descanso. Un cambio de aires.

Ben sacó un libro de su bolsa y comenzó a leer, y yo también abrí mi libro. Pero no podía concentrarme en las palabras. Estaba demasiado distraída.

Jamás había pensado que llegaría el día en que realmente decidiría contarle a Ben lo que sentía por él. Siempre me había parecido que decírselo era algo muy arriesgado. ¿Y si no compartía los mismos sentimientos hacia mí? Vivíamos juntos en la misma casa. Si él se daba cuenta de que yo quería más, no una simple amistad, y no sentía lo mismo, las cosas se volverían incómodas. Me asustaba que nunca más me mirara igual y arruinara lo que ya teníamos.

Lo miré de soslayo mientras pasaba de página. Ben... él veía a través de mí de un modo que nadie más era capaz. Dudaba que hubiera llegado a ser tan fuerte si no fuera por él. Ben me dedicaba tiempo cuando nadie más —ni siquiera mi padre— lo hacía. Con Ben nunca me sentía invisible... excepto cuando la última de sus novias andaba cerca.

Sí, era una cobarde. Me daba miedo hacer pedazos lo que teníamos confesándole que quería más. Contándole cuánto había deseado besar sus labios durante el último baile del instituto, cuando me sacó a bailar. Cuánto dolor me provocaba verlo abrazado a otra chica en el patio. Cuánto deseaba que sus palmaditas amistosas en el hombro se convirtieran en abrazos apasionados.

Pero algo había cambiado en mi interior en el último año. No sabía lo que era exactamente, pero cada nueva novia con la que lo veía me destrozaba aún más el corazón, hasta que llegó un punto en el que me sentía como si fuera a estallar si no le

revelaba la verdad.

Cuando el avión empezó a descender, me abroché el cinturón de seguridad y guardé el libro en la bolsa, tratando de tranquilizarme, diciéndome a mí misma que todo iba a salir bien. Que, incluso si me rechazaba, podríamos seguir como estábamos.

Pero sabía que era mentira.

Si apretaba el gatillo, era todo o nada.

\* \* \*

Tenía el pulso desbocado cuando llegamos al complejo vacacional, el mismo en el que nos habíamos alojado el año anterior. A los padres de Ben les gustaba porque se trataba de un todo incluido en una ubicación muy céntrica. Lyle y Amelia compartían una habitación, Ben tenía la suya, y Abby y yo compartíamos otra.

Cuando entramos en la habitación, Abby comenzó a saltar en una de las camas con una sonrisa de oreja a oreja. Cuando acabé de guardar todas sus cosas y las mías, ya era hora de cenar.

Bajamos las escaleras con Lyle, Amelia y Ben, y encontramos una mesa en nuestro restaurante favorito, a unos metros de la entrada del complejo. Leímos el menú y comenzamos a pedir. Yo pedí lo más ligero que pude encontrar en la carta, una ensalada César, y no creía tener apetito ni siquiera para eso.

Cuando llegó la comida, Ben me miró con sorpresa mientras atacaba un plato de tacos.

—¿A dieta?

—Es solo que... estoy muy emocionada de estar aquí. Realmente no tengo hambre.

Si iba a tener que pasar por todo aquello, la primera noche era el mejor momento para hacerlo. Si él sentía lo mismo, tendríamos todas las vacaciones por delante para disfrutarlas como pareja. Si no sentía lo mismo... Por el momento aparté de mi cabeza todo pensamiento relacionado con esa posibilidad.

No participé mucho en la conversación. Hablaba Amelia principalmente, insistiendo en cuánto le gustaba el lugar y leyendo un folleto con todas las cosas que haríamos mientras estuviéramos allí.

Cuando Amelia y Lyle pidieron la cuenta, miré a Ben.

—¿Te apetece dar un paseo? —pregunté.

Parecía cansado, pero su cara se animó.

—Por supuesto. —Se giró hacia su madre—. Sofía y yo nos vamos a la playa.

—¿Puedo ir? —preguntó Abby, dando un salto en su silla.

Sentí alivio cuando Amelia se opuso.

—No, Abby. Es hora de acostarte. —Me miró y luego miró a Ben—. De acuerdo,

pero no estéis fuera mucho tiempo y no os alejéis demasiado. Quedaos donde haya turistas.

Nos separamos y salimos caminando hacia la playa. Nos quitamos los zapatos y los sujetamos con la mano mientras caminábamos. Nos dirigimos al océano, disfrutando de la sensación de las olas rompiendo a nuestros pies.

«*Desearía que Ben fuera ya mi novio*».

¡Toda la escena era tan romántica! La luna, las estrellas, las playas de arena como azúcar... Deseaba que, por arte de magia, ya hubiéramos pasado la fase de empezar juntos y que simplemente me tomara entre sus brazos y me besara en ese momento.

Diez minutos más tarde, aunque temía que se me quebrara la voz, no era capaz de esperar más. Cambiando las chanclas de lado, tomé la mano de Ben y entrelacé sus dedos con los míos.

Bajó la vista hacia mí y sonrió, apretándome la mano.

—Gracias por dejar el partido por mí ayer —dije.

Él puso los ojos en blanco.

—No me des las gracias por eso.

Me mordí el labio, volviendo la mirada hacia la arena. La forma en que me daba la mano me hacía sentir escalofríos. Me paré y lo detuve a él también. Me aclaré la garganta.

—Ben, quería decirte algo.

Me miró sorprendido, sonriendo con curiosidad.

—¿Qué?

Sentí cómo se elevaba la tensión en mi cuerpo mientras sus ojos se clavaban en mí.

«*Ni siquiera sé cómo decir esto*».

Frustrada, enterré los pies en la arena.

«*Simplemente escúpelo*».

Respiré profundamente.

—Espero que no te lo tomes de la forma equivocada. Últimamente me he debatido mucho sobre si debía contarte esto o no... Pero me doy cuenta de que, si quiero recuperar la paz, tengo que hacerlo. —Hice una pausa, buscando fuerzas para decirle lo que pensaba—. Ben, yo...

—¡Ben! —Un grito cortó mi frase.

Ben y yo nos giramos para ver quién se aproximaba. El corazón se me hundió hasta el estómago. Tanya Wilson. Una de sus guapísimas exrubias. Corría hacia nosotros con un bikini minúsculo y la larga melena rubia ondeando a su espalda. Estaba empapada cuando llegó.

—Hola, Ben —saludó, tratando de recobrar el aliento. Al principio no me miró. Era como si fuera invisible para ella.

—¿Tanya? ¿Qué haces aquí? —preguntó Ben, abriendo los ojos.

—He venido con mi familia para disfrutar de un pequeño descanso. Nos fuimos

hace unos días, antes de que acabaran las clases para ahorrar dinero... ¿Dónde te alojas?

Ben señaló hacia nuestro complejo vacacional, que era claramente visible incluso desde la distancia a la que estábamos.

—¡Yo también me alojo allí! ¿En qué habitación estás?

—Cincuenta y cuatro —respondió.

Ella le agarró las manos, estirando sus largas piernas para elevarse y plantarle un beso en la mejilla.

—No estoy lejos de ti. Setenta y ocho.

Finalmente, los ojos de Tanya se posaron en mí. El desdén de su mirada casi se podía palpar. Volvió a mirar a Ben.

—¿Podemos hablar en privado?

Ben bajó la mirada hacia mí, dudando.

Tanya le apretó el brazo aún más fuertemente.

—En realidad, me voy dentro de tres días. Significaría mucho para mí que habláramos... Prometo que no te retendré mucho tiempo.

Ben suspiró y asintió.

—De acuerdo. —Me miró con un gesto de disculpa—. Lo siento, Sofía. ¿Te importa si hablamos un momento?

—Claro. Yo... yo me volveré al hotel, supongo.

—Te alcanzaré más tarde.

—Sí...

Con la garganta seca y un dolor en el pecho al abandonar a Ben de pie allí, solo con Tanya luciendo así, me giré hacia el hotel y me alejé caminando.

*«Los amigos antes que el fútbol. Pero no los amigos antes que las amantes».*

## Sofía

Supuse que, desde el momento en que vi a Tanya correr hacia nosotros con su escueto bikini dorado, ya sabía que había perdido mi oportunidad con Ben. Al menos durante esas vacaciones. Cuando Ben me buscó más tarde esa noche, fue para informarme de que se había reconciliado con Tanya y estarían juntos los tres próximos días, tras los cuales ella volvería a California. Lo había invitado a ir a una excursión de buceo durante tres días lejos de la costa de México, partiendo a la mañana siguiente temprano y volviendo el último día.

Mientras me lo contaba, todo lo que yo podía hacer era impedir que se me quebrara la voz y me temblaran los labios de decepción. Intenté mostrar tanta tranquilidad como pude.

Tres días. Eso significaba que no estaría para mi cumpleaños. En sus ansias por liarse de nuevo con la rubia, obviamente lo había olvidado por completo. Y yo no se lo recordé. Ben ya había dejado clara su elección: Tanya era más importante para él que yo. Dudaba mucho que alguna vez olvidara el cumpleaños de *Tanya*. Y, ¿realmente podía culparlo? Al fin y al cabo, yo siempre había estado ahí, en la sombra. Él estaba atrapado conmigo todo el tiempo. Mientras que Tanya era una piedra preciosa que quizá no tuviera mañana. Gracias a mi padre, no era como si tuviera más lugares a donde ir. Imaginaba que en lo más profundo de su interior Ben lo sabía, e incluso aunque no lo hiciera intencionadamente, lo pensaba en su subconsciente y afectaba a sus decisiones y su conducta hacia mí.

Los tres días siguientes transcurrieron lentamente. Al tercer día, supongo que debía estar agradecida porque al menos Lyle y Amelia no se olvidaron de mi cumpleaños. Me llevaron a almorzar a un restaurante que elegí yo y pidieron un pastel. Me sentí mal porque estaba demasiado deprimida para comer mucho de cualquier cosa. Pasé el resto del día con Abby en la playa. Lyle y Amelia estaban tumbados en la playa leyendo y se unían de vez en cuando a nosotras para construir el típico castillo de arena.

Aquella noche me excusé temprano, no deseaba más que la soledad de mi habitación. Logré aguantar todo el día pero, al meterme en la cama aquella noche, no pude evitar que las lágrimas se deslizaran por mi cara. Traté de evitar imaginarme qué había estado haciendo Ben con Tanya todo ese tiempo. Mientras, yo estaba ahí atrapada con Abby y sus cinco años por toda compañía.

Allí tumbada, intenté convencerme a mí misma de que era más difícil acordarse de las fechas durante las vacaciones, ya que no había una rutina que seguir. Los días parecían fundirse entre sí.

Pero era mi cumpleaños. Yo era su mejor amiga. No debería haberse olvidado.

Di muchas vueltas en la cama aquella noche, incapaz de dormir. Siempre dormía con tapones en los oídos para reducir los ruidos a los que era tan sensible, pero aquella noche incluso con los tapones más gruesos me encontraba inquieta y no había ningún signo de que fuera a quedarme dormida pronto, aunque me pesaban los ojos por haber llorado.

Solo quería que el sueño me llevara para alejar los recuerdos del día y, con algo de suerte, me trajera un mañana más brillante.

Pero no pude. Seguía pensando en Ben. Y su exrubia enfundada en su bikini.

Era cerca de la medianoche cuando sentí una mano suave tocándome el hombro. Adiviné que era Ben, así que me quedé quieta como una muerta, con los ojos cerrados como si estuvieran sellados y pretendiendo dormir.

Sentí unos dedos suaves apartándome el pelo de la cara.

—Lo siento, Sofía —susurró.

No sabía si había adivinado que estaba despierta o si simplemente se sentía tan culpable que necesitaba disculparse en ese momento, tanto si estaba despierta como no.

Abrí los ojos y alcé la vista hacia él. Y deseé no haberlo hecho. Sus ojos, de un azul de ensueño mirándome con preocupación, me hicieron anhelarle aún más. Retiré las sábanas y, sin decir una palabra, salí al balcón.

Apoyada en la barandilla y con la vista puesta en el suelo, sentí a Ben aproximándose por detrás.

—No sé cómo se me olvidó.

—Está bien —repuse con voz queda, temerosa de que, si hablaba más alto, la voz se me quebraría.

—No, no está bien. Ya veo que no lo está. Tengo que compensarlo de alguna manera.

Me puso las manos sobre los hombros y me dio la vuelta para verme la cara.

La voz se me quedó atrapada en la garganta. Deseaba ardientemente explicarle, allí y en ese momento, a qué tortura me estaba sometiendo con Tanya. Sentí como si los labios me picaran, pidiéndome que lo soltara todo. Y después podría hacer lo que quisiera con mi declaración.

Pero seguía siendo una cobarde. Seguía pensando en lo hermosa y perfecta que parecía Tanya con Ben. Sentía como si jugáramos en distintas ligas.

Así que corrí.

Al sentir las lágrimas anegándome de nuevo los ojos, entré como un rayo en la habitación antes de que Ben pudiera reaccionar. Todavía tenía puesto el bikini, que se había secado horas antes con el sol de la tarde. Aunque la brisa nocturna era fresca, no quise detenerme más, por si Ben me agarraba e intentaba detenerme.

Tomé un pareo y me lo puse sobre los hombros; salí de la habitación, me lancé por el corredor, bajé las escaleras y salí del edificio.

Cuando llegué a la playa aceleré, sintiendo cómo la arena me golpeaba los talones

mientras corría. Traté de ignorar mis pensamientos y me dejé envolver por la noche. El romper de las olas tranquilizó mis oídos. La piel me temblaba con cada soplo de suave brisa veraniega, y el olor del salitre me llenó la nariz. Perdí la noción de cuánto tiempo estuve corriendo. Cuando se me cansaron las piernas, reduje la velocidad y comencé a caminar.

Me sumergí en el océano hasta que el agua me cubrió por la cintura. Tumbada de espaldas, floté y contemplé las estrellas. El agua parecía ayudar a calmarme los nervios, aunque no apagaba el fuego de mi pecho. Cerré los ojos, dejando que el mar me llevara a la deriva un poco más lejos. Deseaba que aquel instante durara para siempre. Me sentía tan ligera, adormecida...

Me incorporé abruptamente al sentir un viento frío soplando sobre mí, muy inusitado para Cancún. Me devolvió a la realidad.

*«No debería estar fuera sola tan tarde».*

Supuse que, a esas alturas, Ben probablemente estaría buscándome por la playa. Salí del agua y volví a ponerme el pareo.

Miré a ambos lados de la playa. Fijé la vista en las cálidas luces del complejo vacacional que brillaban en la distancia. Aunque deseaba quedarme más tiempo, comencé a caminar de vuelta. Con suerte, el paseo y el baño en el mar me permitirían quedarme dormida rápidamente y me sentiría mejor por la mañana. Quizás incluso me parecería que había reaccionado de forma exagerada.

Recogí las sandalias y empecé a trotar.

Di un salto cuando una voz profunda habló detrás de mí. Las sandalias se me resbalaron de las manos.

—Buenas noches.

Estaba alarmantemente cerca. Había mirado por toda la playa hacía solo unos momentos y no había visto a nadie.

Me giré y los ojos se me abrieron de par en par al observar al extraño. No había palabras para describir con justicia lo sorprendente que era aquel hombre. Era casi hermoso. Sus ojos eran los más brillantes que había visto jamás, de un azul intenso en crudo contraste con su piel pálida y su pelo oscuro. Su altura, sus hombros anchos y su cuerpo esbelto me recordaban a Ben, pero su presencia era mucho más imponente que la de mi mejor amigo.

Posé los ojos en la cara del desconocido. Me estaba inspeccionando con tanta atención como yo a él. Inquieta, di un paso atrás.

—No tenía intención de asustarte —dijo, con una sonrisa jugueteando en sus labios.

—No pasa nada —murmuré, desviando los ojos de él. Recogí mis sandalias, lo rodeé y reanudé mi camino de vuelta al hotel. Centré la mirada en el distante tejado del edificio y aceleré el paso en cuanto el hombre estuvo a dos metros detrás de mí. Volví a recorrer la playa con la mirada. Me había alejado demasiado del área principal para que hubiera gente en los alrededores, y ahora lo lamentaba

profundamente.

—¿Cómo te llamas?

Su voz sonó otra vez demasiado cerca. Lo suficientemente cerca para saber que me estaba siguiendo. Esta vez no me detuve para girarme y verle la cara. Había algo extraño en aquel hombre y no deseaba quedarme para descubrirlo.

Pero parecía que sí me iba a quedar, tanto si me gustaba como si no.

Una mano fría me agarró por el brazo y me retorció el cuerpo para situarme frente a él. Me taladró con sus ojos azules mientras me mantenía quieta en aquel lugar.

—Te he hecho una pregunta.

—Aléjate de mí —jadeé.

Todavía tenía libre la mano derecha, sujetando las sandalias, y se las lancé a la cara. Las esquivó con una rapidez y agilidad que no había visto nunca antes en un hombre. Me sujetó la mano derecha, arrojando lejos las sandalias.

Le lancé una mirada de odio. Respondí, solo con la esperanza de que me dejara ir:

—Sofía.

Sus ojos se encendieron. Tomó mi cara entre sus manos, pasando su pulgar por mi barbilla.

—Sofía. Un placer conocerte.

Agarró la insignia que me había dado Abby horas antes, y que todavía llevaba prendida en el pareo. Decía "*Feliz 17 cumpleaños*". Su sonrisa pareció ensancharse.

Estaba a punto de gritar pidiendo ayuda pero, de repente, las sensaciones que me rodeaban me dominaron. Oía las olas, sentía la arena, olía el salitre, podía saborear la barra de labios de cereza ChapStick que llevaba en los labios, y captaba la apariencia de maníaco del desconocido, cuando me clavó una aguja en el cuello.

El efecto fue instantáneo. Apenas podía jadear, y mucho menos gritar. Pasé de sentirlo todo a no sentir absolutamente nada.

Mi último pensamiento fue que quizá nunca volvería a ver a Ben.

## Sofía

*P*arpadeé varias veces, con la esperanza de ver más claramente. Imposible. Estaba envuelta en la oscuridad.

Mi claustrofobia amenazaba con hacer acto de presencia. Temí encontrarme en alguna clase de espacio cerrado pero, cuando alcé las manos, la sensación fría y aireada de la habitación me aseguró que no era así.

Pronto, al ponerme en pie, me di cuenta de que la falta de luz era la menor de mis preocupaciones. Unos grilletes metálicos me retenían por las muñecas y los tobillos. Intenté tirar de las cadenas. Estaban sujetas a un muro.

Recorrí mi cuerpo con las manos. El pareo y el bikini estaban todavía húmedos. Temblé y acerqué las rodillas hacia el pecho, intentando conservar el calor que aún me quedaba. El frío estaba empezando a filtrarse por mi garganta, causándome dolor. Enfermaría si me quedaba con en esa ropa mucho más tiempo.

A pesar del frío, estaban empezando a formarse perlas de sudor en mi frente.

«¿Dónde estoy?».

—¿Hola? —El eco de mi voz resonó en la cámara.

Mi llamada solo encontró silencio. Los únicos sonidos que me llegaban a los oídos eran el goteo ocasional y mi propia respiración irregular.

Pensé que los ojos se me adaptarían a la oscuridad. Pero un rato después no veía con más claridad que cuando los abrí por primera vez.

Agazapada sobre las manos y las rodillas, extendí las manos por el extraño material sobre el que estaba sentada. Al principio pensé que se trataba de una alfombra áspera, pero ahora que lo palpaba con los dedos, me di cuenta que era paja.

«¿Por qué paja?».

Mi mente empezó a conjurar las imágenes de una mazmorra medieval.

Estaba a punto de volver a gritar, pero la voz se me ahogó en la garganta. Unas pisadas resonaron fuera de la cámara. Unos segundos más tarde, se abrió una puerta. Los destellos de una luz incandescente me cegaron.

Apenas se me adaptaron los ojos al cambio de luz, sentí una mano que me agarraba y me empujaba hacia arriba, poniéndome de pie. Era el desconocido de la playa.

—¿Qué quieres de mí? —grité. No formulé la pregunta para oír la respuesta. Simplemente necesitaba romper el silencio, con la esperanza de ocultar el latido errático de mi corazón.

Cuando forcejeé me sujetó con más fuerza todavía. Levantó la mano y apartó un mechón de pelo de mi cara. Su tacto me hizo estremecer. Me empujó contra el muro y me levantó contra él. Traté de tomar aliento, ya que su peso me aplastaba.

—Bienvenida a La Sombra, Sofía. —Se inclinó, acercándose y lanzando su frío aliento contra mi oreja—. Eres toda una belleza, ¿verdad?

Salido de sus labios, sonaba más como un insulto que como un halago.

La ira estaba reemplazando rápidamente al miedo. Reuní todas las fuerzas que pude para intentar apartarlo de nuevo. Mientras forcejeaba, el muro de cemento que había detrás de mí rasgó el delicado pareo y me arañó la piel.

El hombre sonrió cuando no pude ni siquiera moverle ligeramente.

—Quítate de encima.

Con una mano me agarró del pelo, y con la otra por la mandíbula. Acercó su rostro aún más al mío; las puntas de nuestras narices casi se tocaron.

—No estás en posición de hacer este tipo de peticiones. —Sus manos aflojaron mi pelo y se alejaron de mi mandíbula antes de comenzar a tantear mi cuerpo por lugares en los que nadie que no fuera yo me había tocado antes. Sus ojos nunca abandonaron los míos mientras intentaba zafarme de sus tocamientos.

—No hay escapatoria. Si quieres sobrevivir, debes comprender que en este reino tú existes para obedecer. Haz lo que te digan y quizá te permitamos vivir.

«¿Reino? ¿Qué?».

Le escupí en la cara. Era el único acto de desafío que podía llevar a cabo, con su peso contra mí.

Mi sentimiento de victoria duró alrededor de un segundo. Se limpió la cara con el dorso de la mano y me agarró por el cuello.

—Me has preguntado qué quería de ti. Realmente, solo hay una cosa que puedas darme, Sofía.

Le lancé una mirada de odio, decidida al menos a acabar con dignidad y respeto por mí misma.

—¿Qué?

Su respuesta me produjo escalofríos en la espalda.

—Tú.

Los colmillos le sobresalían de la boca. Me empujó la cabeza hacia un lado, dejando mi cuello al descubierto. Me sentía como en un sueño pero, por mucho que intentara pellizcarme para despertar, no había forma de escapar.

Estaba convencida de que, o me habían drogado con un alucinógeno, o la enfermedad de mi madre por fin me había alcanzado, porque en ese momento creía que estaba a punto de ser devorada viva por un vampiro.

## Sofía

Antes de que me perdiera en otro ataque, una voz estridente de mujer resonó en la cámara.

—¡Lucas!

El borde afilado de sus colmillos acababa de empezar a rasgar mi piel. El hombre gruñó de frustración y me empujó lejos. Con la sacudida, me golpeé la cabeza contra el muro de cemento.

Lo maldije en susurros.

«*Así que te llamas Lucas*».

—¿Qué estás haciendo? —preguntó la voz femenina.

Me esforcé por ver quién era mi salvadora, pero Lucas me bloqueaba la visión.

—¿Qué crees que estoy haciendo, Vivienne? —Su pecho subía y bajaba, y el hombre parecía preparado para arrancar la cabeza a esa tal Vivienne—. Siento mucho todo esto, Sofía, querida —dijo Lucas girándose hacia mí. Me miró como si yo fuera su aliada—. Parece que mi hermana no puede dejar las cosas en paz.

«*Hermana*».

El corazón se me hundió.

—Te dije que la pusieras en Las Celdas con las demás —le recriminó Vivienne—. No es para que tú te des un festín.

—Yo la encontré —gruñó Lucas.

—La encontraste para Derek.

Lucas apretó los puños.

—Siempre me quedo con las chicas que encuentro en mis cacerías.

—Ya tienes muchas en tus dominios. No necesitas quedarte con esta. Corrine dejó claro que las mujeres jóvenes que se encontraran hoy deben reservarse para cuando Derek despierte.

Lucas me miró detenidamente. Su nuez subía y bajaba al tragar saliva, desposeído del bocado que ansiaba con desesperación.

Me agarró de nuevo la cara con la mano y pasó su pulgar por mis labios.

—Esta pequeña y frágil ramita no puede ser la elegida —murmuró, y sus ojos se oscurecieron—. No entiendo por qué todo el mundo parece adorar el suelo que pisa Corrine. Da igual lo que diga esa bruja, el Bello Durmiente no ha mostrado señales de despertarse pronto.

—Derek se despertará en breve. Cuanto antes lo aceptes, mejor será para todos.

Lucas hizo una pausa, con la mandíbula en tensión.

—¿Por qué lo eliges constantemente a él por delante de mí?

—No tengo tiempo para esto...

—¿Qué hace para que le seas tan leal? —Los hombros de Lucas se balancearon. El silencio cayó entre los hermanos. Vivienne suspiró.

—A pesar de lo que piensas, no tiene nada que ver con el hecho de que sea mi gemelo. Tiene todo que ver con quién eres tú y quién es él. Te quiero, Lucas, pero debes aceptar que no estabas destinado a gobernar. —Sus palabras eran firmes, aunque no carecían de un matiz afectuoso.

Los ojos de Lucas mostraron un atisbo de dolor. Y después rabia, que descargó sobre mí. Cerró una mano sobre mi cuello, restringiendo mi respiración. Una garra sobresalía de su pulgar. Gemí cuando la pasó por mi labio inferior, haciéndome un corte.

—Lucas. Detente —gritó Vivienne.

Me soltó, permitiéndome recuperar el aliento. Se hizo atrás, separándose de mí y mirándome fijamente, como si fuera la cosa más desagradable que había visto en su vida.

—Solo estoy intentando ayudarte a despertar a tu querido Derek, Vivienne. Llévate a esta pequeña descarada y haz que bese al Bello Durmiente. Probablemente el sabor de su sangre despertará al príncipe. —Lucas comenzó a caminar hacia la puerta, pero se detuvo para lanzar una mirada de odio a su hermana—. ¿No es así como crees que va a funcionar todo cuando Derek se despierte? ¿Como en un cuento de hadas?

El alivio me recorrió cuando finalmente salió con paso airado, dando un portazo tras él. Por primera vez miré detenidamente a Vivienne, que estaba al otro lado de la sala.

Si pensaba que Lucas podía ser hermoso, era mucho más impresionante contemplar a Vivienne. Era unos centímetros más baja que su hermano, pero tenía el mismo pelo oscuro y tez pálida. Sus ojos, sin embargo, eran diferentes. Con la luz de la habitación casi parecían violetas.

Me observó con detenimiento y cautela, como si fuera una pesada carga que tenía que soportar.

—Gracias —jadeé. Le di las gracias de verdad, apartando momentáneamente el pensamiento de los horrores que Vivienne podía tener reservados para mí.

—Entiende, niña, que tú aquí no eres nada. No eres más que un peón, una pieza que se usa para hacer que el tablero se mueva. Tu mejor oportunidad de sobrevivir es ganarte el afecto de Derek. Y, teniendo en cuenta todo lo que sé de él, ni siquiera estoy segura de que eso sea posible.

«¿Un peón? ¿Una pieza? ¿Ganarme el afecto?».

Unas pocas horas antes, era una turista caminando por una playa. Aunque no entendía de qué estaba hablando, sus palabras asestaron el golpe de gracia a mis esperanzas.

Fuera lo que fuera este lugar llamado "La Sombra", no contaba con ningún aliado. Ningún amigo. Solo podía depender de mí misma. Y me di cuenta de que ese era el

aspecto más aterrador de mi situación. Al fin y al cabo, ¿cómo podía depender de alguien en quien no confiaba?

## Sofía

La mujer me dejó sola en la mazmorra antes de que tuviera oportunidad de hacerle una sola pregunta. Tiré de las cadenas y grité mientras ella salía, rogándole que me dejara marchar. Cinco minutos más tarde, al escuchar pisadas al otro lado de la puerta, pensé que había vuelto a por mí. Pero cuando la puerta se abrió, mis ojos se posaron en un hombre alto y rubio con ojos extraños de color ámbar. Llevaba una capa negra con un broche rojo prendido. Tenía la tez pálida, como Lucas y Vivienne.

Se deslizó por la sala a una velocidad imposible, con las llaves tintineando en la mano mientras me soltaba. Me abalancé sobre la puerta, pero unas manos fuertes y frías como el hielo me agarraron por las muñecas antes de que pudiera recorrer un solo metro.

—¿Qué estás haciendo? —dije sin resuello, forcejeando para liberarme.

Me contestó sujetándome los brazos a la espalda y esposándome. Encadenó las esposas a su cinturón y comenzó a caminar hacia adelante, tirando de mí como si fuera un perro con una correa. Tenía que intentar mantener su ritmo o me arriesgaba a caer y a que me arrastrara detrás de él.

Al salir de la cámara, nos encontramos en un pasaje largo y oscuro. Las paredes estaban hechas de granito áspero. Era más como un túnel. Nuestras pisadas resonaban en las paredes.

—¿Qué eres?

Me dirigió una mirada de odio sin despegar los labios.

Cuando dimos la vuelta a una esquina, me agarré a la pared con las dos manos, introduciéndolas a la fuerza en una grieta y empujando para separarme de él. Pensé que el movimiento al menos lo detendría temporalmente, pero no fue así. Siguió la marcha al mismo paso, como si nada lo retuviera. La piedra áspera me raspó las palmas de las manos al empujarme hacia atrás. Se detuvo solo una vez, cuando tropecé y me golpeé con el suelo. Ni siquiera notó que había intentado agarrarme a la pared.

«¿Qué son estas personas?».

Sujetándome por los hombros, tiró de mí y me puso de nuevo en pie. Al verme las rodillas amoratadas, me miró frunciendo el ceño. Sus manos se enroscaron en mi cintura y lo siguiente que supe es que me había cargado al hombro, colgando boca abajo.

Intenté patearlo, pero simplemente me agarró más fuerte, aplastándome el estómago contra su hombro afilado y dificultándome la respiración. No tenía más opción que ceder.

Era difícil ver a dónde íbamos llevándome en esa posición tan extraña. Pero

pronto el hombre empezó a descender por una escalera de caracol. El estómago me daba vueltas a medida que bajábamos. No había ninguna barandilla bordeando la escalera y, en más de una ocasión, pude vislumbrar un abismo negro más allá de la escalera, que se extendía por... no sé cuántos cientos de metros. La temperatura parecía descender a cada paso que daba.

Finalmente abandonó la escalera y, después de recorrer varios metros por otro pasaje, oí el chirrido de una puerta al abrirse.

El hombre entró y, solo cuando la puerta se cerró, me volvió a depositar de pie en el suelo. La sangre me bajó de repente desde la cabeza, me sentí mareada y me agarré a la pared intentando estabilizarme. Estábamos en otra cámara parecida, en penumbra.

Cuando las cosas se aclararon, mis ojos se posaron en una cara familiar. Vivienne. Estaba de pie, al lado de otros dos hombres pálidos, ambos con ropas idénticas a las del hombre al que estaba encadenada: capas negras con broches rojos.

Vivienne me miró brevemente antes de girarse hacia mi escolta.

—Bien —dijo—. Ahora puedes ayudarnos a reunir a las otras.

Mi carcelero me empujó hacia adelante, detrás de ellos. Vivienne abrió una puerta y pasamos. Una oleada de aire rancio me sacudió y nos encontramos al final de un corredor largo y ancho, no más luminoso que la estancia que acabábamos de abandonar. Había barrotes de hierro alineados a ambos lados. Los muros de piedra devolvían el eco de gritos y gemidos. A medida que mi escolta me empujaba hacia adelante y pude mirar a través del primer grupo de barrotes, mis ojos se detuvieron en una celda que contenía una docena de hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Estaban agazapados tan lejos de la puerta de la celda como era físicamente posible. Tenían las ropas sucias y rasgadas. Bajo sus ojos se apreciaban profundas ojeras y todos estaban tan delgados que me preguntaba cuánto tiempo habría pasado desde la última vez que comieron.

Cuando los dejamos atrás se oyó un suspiro de alivio, que fue reemplazado por otro estallido de llantos al aproximarnos a la siguiente celda. Con Vivienne aún a la cabeza, nos desplazamos de celda en celda hasta que llegamos a la quinta, y en ese punto nos detuvimos. A través de los barrotes, señaló a una chica de cabello largo y rubio que estaba encogida de miedo en una esquina.

—Esa.

Uno de los hombres que estaba al lado de Vivienne abrió la reja y entró. Cuando la levantó me di cuenta de que parecía tener la misma edad que yo. Se defendió y arañó cuando el hombre la forzó a salir y le colocó las esposas. Las ató a su cinturón, del mismo modo que mi carcelero había hecho conmigo.

Crucé una mirada con la chica. Parecía tan aterrorizada como yo. Nuestro contacto visual se rompió cuando su carcelero dio un tirón a su cadena, forzándola a mirar hacia adelante.

Vivienne se detuvo de nuevo en la siguiente celda y señaló a otra joven con el

cabello oscuro y los ojos grises. Tenía la cara manchada de mugre y estaba más esquelética que la rubia. Quizá llevaba más tiempo prisionera. El tercer hombre, que aún no tenía a nadie encadenado a él, la sacó.

Nuestra siguiente parada fue en una celda del extremo del corredor. Otra chica de pelo rubio. Empujándome hacia adentro con él, mi carcelero la levantó, la puso en pie y la encadenó al otro lado. Deseé que estuviera a mi lado; me habría gustado sentir su calor, tener otra persona junto a mí, aunque las dos estuviéramos igual de indefensas.

Cuando el hombre nos condujo hacia la puerta, una mujer anciana chilló y se aferró a la chica en un intento de retenerla. La chica gritó cuando el guardia levantó una mano y arrojó a la mujer al suelo con un golpe. Se cayó y se oyó el ruido sordo de su cráneo al golpear el suelo.

—¿Por qué haces esto? —pregunté con voz ahogada.

Quien respondió no fue mi guardia, sino la mismísima Vivienne. Se giró hacia mí.

—No hagas preguntas. Se te proporcionará información si y cuando sea necesario.

Se dio la vuelta y continuó llevándonos hacia adelante.

Cuando nos detuvimos otra vez, en el exterior de la última celda del lado opuesto de la prisión, habíamos recorrido un círculo completo. Después de que uno de los guardias sacara a otra mujer joven, Vivienne deslizó la mirada por cada una de nosotras. Me estremecí cuando también sentí a los hombres comiéndonos con los ojos.

—Cinco serán suficientes —declaró Vivienne—. Al menos por ahora.

Los guardias nos pasaron los brazos por la cintura y nos cargaron al hombro; mi carcelero nos llevaba a mí y a la rubia delgada. Salimos de la prisión y empezaron a correr a una velocidad que, una vez más, me hizo luchar para mantener la respiración. Intenté vislumbrar algo de los alrededores, pero estaba todo borroso. No sabía a dónde íbamos o si los demás venían con nosotros.

Cuando finalmente el hombre se detuvo y me bajó al suelo, me hundí sobre mis rodillas, agarrándome la cabeza e intentando recuperar el equilibrio.

Fue entonces cuando me percaté de que estaba sentada sobre suave hierba. Una brisa fresca me acarició la cara. Mi visión estaba volviendo a enfocarse, y lancé una mirada alrededor. Vivienne, junto con los demás carceleros y las chicas, estaban a unos metros. Las chicas parecían encontrarse en un estado similar de confusión cuando sus escoltas las pusieron de pie. Nos encontrábamos en un claro de hierba con muy poca luz. Examiné detenidamente una enorme puerta de roble que había detrás de nosotros, ligeramente entreabierta. Estaba anclada a un muro de piedra gris. Mis ojos se dispararon hacia arriba. Entonces me di cuenta de que no se trataba de un muro ordinario. Estábamos al pie de una montaña coronada por afilados picos por encima de nosotros. Me quedé muda cuando comprendí la realidad. La red de túneles que acabábamos de abandonar estaba excavada en una vasta cadena montañosa.

Mi carcelero me obligó a ponerme de pie y mirar hacia adelante. Había árboles

bordeando los límites del claro. Eran tan altos que apenas podía ver las copas. Un grito murió en mi garganta. Eran secuoyas gigantes. Jamás había visto nada similar en los libros.

—Sigamos adelante —apremió Vivienne.

El guardia tiró de las cadenas, forzándonos a mí y a la chica que estaba a mi lado a seguir caminando hacia adelante. Cuando cruzamos el claro y penetramos en el bosque, perdí pie y me sujeté al brazo de la chica que caminaba al otro lado de mi carcelero. Me dirigió una cara aterrorizada. La retrasé un poco para acomodarla a mi paso. Estaba a punto de hablar con ella, pero el guardia ya se había dado cuenta de mi intento. Nos agarró de los brazos y nos volvió a separar.

Los hombres nos cargaron de nuevo y comenzaron a correr por el bosque, aunque ligeramente más despacio que cuando estábamos en la red de la prisión. Pude hacerme una idea mejor de los alrededores. En ese punto, el bosque era tan espeso y las copas de los árboles tan densas, que todo estaba completamente negro, excepto por unos destellos de la luna que se colaban entre ellos. Salvo por el crujido de los pies de los carceleros sobre los matorrales, la noche era sobrecogedoramente silenciosa. Mis oídos se llenaron del suave murmullo del viento en los árboles, el gruñido ocasional de algún extraño animal salvaje y la pesada respiración de los hombres a medida que avanzaban a la velocidad del rayo.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

De nuevo me ignoraron. Pero la chica que tenía a mi lado me lanzó otra mirada desde nuestra postura boca abajo a hombros del corpulento carcelero.

—Soy Gwen —susurró.

—Sofía.

Parecía demasiado asustada de que el guardia nos fuera a castigar si continuábamos hablando y, después de aquello, no volvió a despegar los labios. De todas formas, era imposible mantener una conversación muy larga colgando en ese ángulo y siendo sacudidas como si fuéramos un pedazo de carne.

El hombre aminoró la marcha hasta detenerse y volvió a arrojarme al suelo. Agarrando con las palmas sudorosas la cadena que me sujetaba al hombre, fijé la mirada en un claro que acababa de aparecer a la vista entre los troncos de los árboles. Unas cálidas luces brillaban allí y, cuando salimos a un camino de tierra, me encontré con el primer signo de civilización real que veía desde que me secuestraran en Cancún.

—Esto, niñas —explicó uno de los carceleros en voz alta, sin molestarse en ocultar la forma en que nos lanzaba miradas lascivas—, es El Valle.

El camino de tierra conducía a una calle empedrada, iluminada por antorchas que ardían colgadas en el exterior de los edificios. Mis ojos se abrieron de par en par, intentando comprender el sentido de la escena que se desplegaba a mi alrededor. Los edificios alineados a lo largo de la calle eran como las casas que se podían encontrar en cualquier ciudad moderna. Sin embargo, a medida que nos adentramos en la

ciudad recorriendo distintas calles, parecía que otros edificios se habían quedado anclados en la Edad Media. Lucían muros de piedra basta y tejados de paja. Era como si allí el pasado se fundiera con el presente. No pude evitar preguntarme cuánto tiempo había pasado desde que surgiera este lugar por primera vez.

Una multitud de hombres y mujeres de piel pálida se arremolinaban en las calles, como si pasear a esa hora infame de la noche fuera lo más normal del mundo.

Giramos media docena de veces a través del laberinto de calles, hasta que llegamos a una plaza. Vivienne nos detuvo en el exterior de un edificio de dos plantas con altas ventanas de cristal tintado y muros de color azul.

Vislumbré la reacción de Gwen, pero la chica estaba demasiado paralizada contemplando el edificio en el que estábamos a punto de entrar como para mirarme. A través de unas puertas de cristal, nos hicieron pasar a una pequeña sala de techo redondo. Una fuente con gemas incrustadas fluía en el interior. El suelo casi me hizo resbalar. Estaba hecho de mármol brillante. Había en el aire un aroma embriagador a aceites esenciales.

Una mujer de mediana edad con abundante pelo castaño se afanaba en la sala. Detuvo su mirada en cada una de nosotras antes de saludar con un gesto a Vivienne y a los guardias.

—Ahora me voy —anunció Vivienne, agarrando el brazo del hombre que me sujetaba—. Ya sabes a dónde llevarlas. No llegues tarde.

El estómago me dio un vuelco cuando vi a Vivienne apresurándose al exterior. Después de que los guardas nos quitaran las cadenas, la mujer morena se hizo cargo de nosotras. Reuniéndonos a todas, nos hizo bajar por un tramo de escaleras. Nos encontramos en una cámara subterránea. Parecía... una terma romana. Las columnas esculpidas se elevaban hasta el techo. Había una piscina, varios *jacuzzis* humeantes, mesas acolchadas para masajes, instrumentos de manicura y pedicura, cubos de cera e innumerables frascos de aceites alineados en los estantes de las paredes.

Sentía la boca tan seca que apenas podía tragar saliva sin que me doliera.

—Ya podéis iros —ordenó la mujer, mirando fijamente a los hombres.

Los guardias nos lanzaron una última mirada antes de volver a subir las escaleras. El eco de un ruido seco resonó por la gran cámara cuando la puerta se cerró de golpe.

Todas dirigimos la vista hacia la mujer, pero ella se había dado la vuelta y caminaba dándonos la espalda hacia el borde de una de las bañeras.

—Katya, Marie —llamó, y su voz rompió el silencio de la cámara cavernosa—. Están aquí.

Dos mujeres jóvenes se apresuraron al interior de la sala, transportando unas bolsas negras. Las depositaron al lado de las mesas de masaje y comenzaron a sacar las toallas.

La mujer morena nos dio una bata gruesa a cada una y nos señaló los *jacuzzis*.

—Es hora de que todas entréis.

Ninguna de nosotras hizo nada. Di un paso al frente, agarrando a la mujer por el

antebrazo. Estaba caliente, a diferencia de las criaturas que acababan de marcharse. Experimenté el primer destello de esperanza real desde que llegué a este lugar de locos. Pero apenas abrí la boca para hablar, la mujer se llevó un dedo a los labios y me hizo callar.

—No estoy aquí para decir nada. Solo cumplo mi obligación, ¿entiendes?

—Por favor, déjenos marchar. —La chica rubia se adelantó, con la frente perlada de sudor.

—No puedo. Y os sugiero que dejéis de presionarme. Los guardias esperan arriba. Les he dicho que se vayan solo para ofreceros un poco de intimidad, pero puedo llamarlos para que vuelvan a bajar y, creedme, estarán encantados de venir.

Nos hizo pasar a los baños. Las dos mujeres jóvenes, Katya y Marie, se metieron con nosotras y nos frotaron con esponjas. Salimos envueltas en las batas. Por lo menos parecía que ahí abajo estábamos a salvo. Cuanto más tiempo permaneciéramos allí, mejor.

Después de secarnos, la mujer morena, Katya y Marie nos guiaron a través de una serie de tratamientos de belleza: masaje, manicura, pedicura y tratamiento facial. Después de que nos rociarán con un perfume embriagador, entramos en un vestidor, donde otra mujer nos dio paquetes de ropa.

El estómago se me encogió cuando toqué la lencería de encaje y el vestido de color blanco perla que encontré en mi paquete. El corazón me martilleaba en el pecho.

Fuera quien fuera ese tal Derek, nos estaban preparando para él.

Temblaba mientras me deslizaba en las ropas, viendo cómo el vestido destacaba mis curvas en los lugares precisos. No recordaba haberme sentido más hermosa que en ese momento y, sin embargo, solo sentía pavor.

—Estás preciosa —dijo Marie mientras me ayudaba a subir la cremallera de la espalda de mi vestido.

—¿Para qué es todo esto? —susurré con voz ronca. Marie parecía más habladora que la mujer mayor, así que probé suerte.

—Estás destinada a formar parte del harén del príncipe —explicó—. Todos los miembros de la Élite de La Sombra tienen su propio harén. Vosotras, niñas, tenéis la suerte de haber sido elegidas para servir al mismísimo y legendario Derek Novak.

—¿Q-quié es Derek Novak?

—Lo siento. No puedo desvelarte nada más... Pero, un consejo: no te puedes permitir desagradarle. —Pasó los dedos por mi pelo—. No te preocupes tanto. Tienes un aspecto impresionante. Dudo que tengas dificultades para complacerlo.

Dicho esto, se marchó.

«*Complacerlo*».

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Con la cabeza ardiendo de pánico, me apresuré tras ella.

—Espera —llamé, alcanzándola y agarrándola por el brazo—. Por favor...

—Es hora de marcharse —dijo una voz áspera de hombre a mi espalda.

Me giré para ver a los guardias entrar en el vestidor. El hombre de los ojos de color ámbar me alejó de la mujer y me encadenó a él de nuevo. Me arrastró fuera de la sala junto a las demás chicas. Mientras salíamos de las termas, forcejeé con él, pero solo conseguí que me agarrara con más fuerza. Bajó la vista hacia mí mientras volvíamos por las calles empedradas de El Valle.

—El príncipe es un bastardo con suerte —murmuró para sí.

Nos apresuramos de vuelta al bosque y caminamos en silencio hasta que llegamos a otro claro. En el centro de un patio había un edificio magnífico de mármol; parecía un templo de algún tipo, con el exterior de un blanco inmaculado y el tejado lleno de gemas engarzadas. Bajo la luz de la luna, brillaba en la negrura de la noche.

Después de quitarnos las esposas, nos hicieron atravesar de la puerta principal. Al entrar en un corredor alumbrado con antorchas tragué saliva. De pie, ante nosotros, estaban Vivienne y Lucas. Cuando Lucas fijó sus ojos en mí, algo se retorció en mi interior. Esbozó una sonrisita y dijo:

—Bienvenidas a Santuario.

## Derek

Nada más abrir los ojos, pude oír, oler y sentir todo en un radio de 400 metros. Estaba seguro de que esa sensación haría que mi cuerpo entrara en estado de *shock*, hasta que mi vista se posó sobre un rostro familiar. Una voluptuosa belleza de piel canela y bucles de pelo castaño cayendo en cascada. La mujer en la que había confiado lo suficiente para que me ayudara a huir de todo eso.

—¿Cora?

Lo último que recordaba era el rostro de Cora mientras me desvanecía en el sopor. Parecía que solo había dormido unos instantes antes de que me despertaran con una sacudida. Me preguntaba si algo había salido mal con el hechizo.

Me sorprendió que la bruja pareciera más joven. Ella negó con la cabeza.

—No soy Cora. Soy Corrine.

Me levanté de la losa de piedra que me había servido como lugar de descanso; no sabía durante cuánto tiempo, solo podía hacer conjeturas. Me encontraba en un salón iluminado por velas, con suelos de mármol y columnas gigantes. La primera palabra que me vino a la mente cuando examiné el lugar fue *santuario*.

Miré con detenimiento a la mujer joven, receloso de sus intenciones. Me llevó unos instantes detectar sus extrañas ropas. Quizá había pasado más tiempo del que pensaba. Pero, en ese momento, aquello no importaba.

Se suponía que no iba a despertarme. Jamás.

Molesto por haberme despertado cuando había ordenado muy explícitamente que se me proporcionara una evasión eterna, grité una orden como príncipe de La Sombra.

—Quiero ver a Cora. Tráemela.

Odiaba el tono autoritario que mi voz adquirió de forma natural. ¿Quién era yo para dar órdenes? No era ningún príncipe, y mucho menos el salvador que Vivienne quería hacer de mí.

La profecía de la que había hablado poco después de convertirnos en vampiros me obsesionaba.

*El más joven gobernará sobre el padre y el hermano, y solo su reinado puede proporcionar verdadero santuario a los de su especie.*

Todavía recordaba la cara de Vivienne cuando pronunció esas palabras. Y la expresión de resentimiento de mi padre y mi hermano.

Me obligué a abandonar mi ataque de nostalgia e hice un gesto de sorpresa a la mujer que tenía ante mí.

«¿Por qué no se mueve?».

A pesar de mis celos sobre gobernar, no estaba acostumbrado a que los demás

no me obedecieran. Después de cien años luchando para sobrevivir y conducir mi aquelarre a La Sombra, me había habituado a que me reverenciaran y me siguieran. No estaba seguro de que me gustara esa parte de mí, pero las cosas eran así.

—¿Os gustaría que excaváramos en su tumba, Alteza? Dudo que su cuerpo os sea de mucha utilidad.

Hice una mueca. *Alteza*. Un recordatorio del día en que mi padre se tomó en serio la estúpida idea del aquelarre de nombrarse a sí mismo Rey de La Sombra. Pero el título no me preocupaba tanto como la noticia del fallecimiento de Cora. Tragué saliva con fuerza, agarrándome a los bordes de mi cama de piedra.

Las palpitaciones de mis venas dejaban perfectamente claro qué era lo que mi cuerpo pedía a gritos. Sangre. Estaba famélico. Otro recordatorio amargo de ese pasado del que trataba de escapar cuando di permiso a la bruja para que me lanzara el hechizo de sueño.

—¿Quién eres?

—Soy la bruja de La Sombra, descendiente de la gran hechicera, Cora.

Hice una pausa, sin apartar la mirada de la mujer. Esa información por sí misma exigía mis respetos. Si era la descendiente de Cora, era mejor conservarla como aliada que tenerla como enemiga.

Dejé escapar un suspiro, sin estar seguro de si quería oír la respuesta a mi siguiente pregunta.

—¿En qué siglo estamos?

—El veintiuno.

Desvié los ojos hacia el suelo, asimilando sus palabras.

«*Cuatrocientos años. Escapé durante cuatrocientos años*».

Corrine comenzó a dar vueltas a mi alrededor. Podía sentir su desconfianza. Me estaba sometiendo a un escrutinio, preguntándose quizás qué significaba mi despertar para La Sombra. Deseaba decirle que no significaba nada, porque tenía la intención inquebrantable de volver a escapar de todo aquello.

Pero había muchísimas preguntas agolpándose en mi cabeza.

—¿Por qué estoy despierto?

—Es la hora.

Apreté los puños.

—¿Hora de qué?

—De que Derek Novak deje de actuar como un cobarde y se enfrente a aquello que está destinado a hacer. Gobernar.

La mandíbula se me puso tensa.

—Yo no pedí esto.

—Tampoco ninguno de nosotros, pero si su Alteza acaricia la idea de retornar a su refugio de sueño, os sugiero que la abandonéis ahora, mi Príncipe. Hasta que no hayáis cumplido con vuestra parte, no hay escapatoria. Cora estaba segura de eso.

—¿Qué...?

Antes de que pudiera terminar la pregunta, las puertas de acacia se abrieron. Mi hermano mayor y mi hermana gemela atravesaron la cámara.

Lucas me dirigió un gesto brusco con la cabeza. Se lo devolví. Eso era lo más cercano a afecto fraternal que nos mostrábamos nunca. Vivienne, sin embargo, arrojó sus brazos a mi cuello.

—Estoy tan contenta de que estés despierto —susurró.

—Eres la única. —No pude contenerme y le dije exactamente lo que sentía.

Y entonces ocurrió.

El estómago se me encogió. El olor era abrumador, embriagador. Maldije a la persona que tuvo la idea de someterme a esa clase de crueldad.

Cuando mi hermana se hizo a un lado, lo recordé todo. Recordé por qué era tan importante para mí estar dormido.

Cinco bellas jóvenes, inocentes y no mayores que yo cuando me convertí en vampiro, estaban de pie ante mí. Sentí su miedo, pero el depredador que había en mi interior luchaba desesperadamente por liberarse.

Me odié por ello y, sin embargo, lo único que deseaba era extraer hasta la última gota de sangre de cada una de ellas.

## Sofía

No podía apartar la mirada del hombre joven abrazado a Vivienne. En mi cabeza no cabía la menor duda de que era él. Era para quien yo estaba allí.

Era Derek Novak.

Compartía las hermosas facciones de su hermano: una poderosa mandíbula, brillantes ojos azules y cabello casi negro. Pero había en él algo más refinado. Deduje al instante que era más joven que Lucas. Había un rastro infantil en su cara. Albergué la esperanza de que quizás me fuera mejor a su merced que con Lucas. Sin embargo, las palabras que me había dirigido Vivienne previamente aquella noche todavía me acechaban.

*Tu mejor oportunidad de sobrevivir es ganarte el afecto de Derek... Ni siquiera estoy segura de que sea posible.*

—¿Qué significa esto? ¿Por qué me las habéis traído? —se quejó Derek. Su voz era profunda y poderosa—. Llevadlas lejos de mí.

—No podemos hacer eso. —Vivienne sacudió la cabeza—. Tendrás que aprender a controlarte. Pronto te proporcionaremos sangre para que te alimentes pero, por ahora, debes mantenerte a raya cuando estés entre las chicas.

—Si no quieres que mueran, ¿para qué me las traes ahora? —Su voz retumbó por la cámara cavernosa como si fuera el inicio de un terremoto.

Todo en su actitud, en el modo en que su pecho palpitaba, en la forma de cerrar los puños, dejaba claro que estaba intentando por todos los medios evitar atacarnos.

Me estremecí ante la demostración de temple del joven. Vivienne no parecía en absoluto desconcertada.

—Tú y yo sabemos que, si vas a tener que enfrentarte a lo que te espera, debes ser capaz de controlar el hambre. Estas mujeres han sido elegidas una a una para formar parte de tu harén. Son las más bonitas de una cacería reciente.

Lucas soltó una risita.

—Es un castigo cruel y poco frecuente, Vivienne. Derek no ha tomado sangre en los últimos cuatrocientos años. No se puede esperar que no quiera arrancarles la cabeza a estas chicas. Demonios, yo llevo alimentándome los últimos cuatrocientos años y aun así quiero hacérmelo con ellas.

Derek le dirigió una mirada esquiva y feroz antes de recorrernos una a una con la mirada.

—¿Un harén? ¿Una cacería? ¿Desde cuándo hacemos esas cosas? ¿Quiénes son estas chicas y dónde las "cazasteis" exactamente?

Lucas, Vivienne y otra mujer que estaba presente en la estancia intercambiaron miradas incómodas. Vivienne fue la que contestó.

—Son humanos abducidos del mundo exterior. Cazamos humanos para convertirlos en esclavos aquí, para trabajar. Aquellos que se demuestran inútiles los usamos para alimentarnos. La Élite conserva a las cautivas más extraordinarias y bellas para formar parte de lo que dimos en llamar harén. Algunos de los huéspedes que disfrutaban de nuestro favor también poseen una o dos bellezas. Los humanos que forman el harén son mantenidos con vida durante un año y, quienquiera que los posea, tiene potestad para decidir su destino final después de ese tiempo.

—En realidad es solo una excusa para disfrutarlos en su plenitud —añadió Lucas con una mueca.

Por la mirada en la cara de Derek, se adivinaba que no estaba complacido. Nos miró con detenimiento; la distancia que nos separaba era de apenas unas zancadas.

—Sé lo que estás pensando y no, no puedes dejarlas marchar. —Lucas habló como si estuviera enseñando a un niño de cinco años—. Han visto La Sombra. O se quedan o mueren.

La expresión de Derek se tornó en repugnancia.

—No pueden ser mayores que nosotros cuando fuimos convertidos.

—Lo sé. —Lucas esbozó una sonrisa burlona—. Todas tienen diecisiete.

—Los caballeros y los guardias las toman a esa edad porque su sangre tiene un gusto más sabroso cuando cumplen dieciocho —explicó Vivienne.

Lucas se mofó.

—¡Por favor! Da igual. Pero, de verdad, Derek, disfrútalas. Solo mirarlas ya es un festín. Cuando termine el año, imagina todas las cosas perversas que podrás hacer con ellas.

Derek se irguió hasta alcanzar su altura total, unos centímetros por encima de su hermano mayor, y comenzó a caminar hacia nosotras. Contuve el aliento, segura de que las rodillas estaban a punto de fallarme. Cambié el peso de un pie al otro y mi mano acarició la mano de la chica rubia que estaba de pie junto a mí. Estaba temblando. Le tomé la mano y se la apreté con la esperanza de proporcionar consuelo y, a su vez, recibirlo de ella.

El movimiento atrajo la atención de Derek. Nunca me había sentido tan vulnerable como cuando los ojos de color azul eléctrico de Derek Novak se detuvieron en mí.

Yo era un cordero, un cordero listo para el sacrificio.

## Derek

No podía apartar los ojos de ella. Quería detenerme, pero me descubrí acercándome lentamente.

Era la más hermosa de contemplar, no porque me atrajera su apariencia por encima de las demás. No. Era preciosa porque justo en ese momento, en el que tenía todo el derecho a estar aterrorizada, se las arregló para mostrar compasión hacia otra persona que lo necesitaba.

En cuanto tomó la mano de la chica que tenía a su lado, las demás palidieron en comparación.

Me mostró la humanidad a la que ansiaba retornar.

Pero yo era el depredador. Ella era mi presa. Y, aunque la admiraba por ese sencillo gesto, batallaba en mi interior para impedirme saborear la dulce delicia que era ella para los de mi especie.

Maldije para mis adentros. Vivienne conocía mi lucha por mantener el control de mi apetito.

Los ojos color esmeralda de la joven se posaron audazmente en mí. Unos bucles castaño rojizo le caían en cascada por los hombros y enmarcaban su rostro delicado. Había una inocencia en el ligero rubor de sus mejillas pecosas que me hizo sentir una punzada de dolor. Sus ojos resueltos, fijos en mí, me provocaron el deseo de huir de ella.

Sabía que me estaba estudiando, y habría dado cualquier cosa por descubrir qué le pasaba por la cabeza mientras me observaba.

Un dolor familiar llenaba mi pecho con cada paso que me acercaba a ella. Era todo lo que yo ya no era. Representaba todo lo que perdí cuando mi padre me convirtió en este monstruo.

Me acerqué a medio metro de ella e inmediatamente me arrepentí. La visión y la fragancia de una minúscula gota de sangre en su labio inferior se transformaron en mi perdición.

Con la velocidad de la luz y una fuerza que había olvidado que poseía, estrellé su espalda contra una columna de mármol. La culpa me inundó por causarle dolor, pero había claudicado a mi naturaleza, desesperado por saborear su sangre.

Tragué saliva con fuerza mientras mis ojos se fijaban en el corte de su labio. En cuanto la probara no podría controlarme. No habría marcha atrás.

—Derek, no...

Mi respiración irregular y el latido errático de mi corazón ahogaron las protestas de mi hermana. En lo que a mí me concernía, no había nadie más con nosotros. Éramos solo yo y esta inocente criatura, la inocente criatura que estaba a punto de

destruir.

Pasé un brazo alrededor de su fina cintura y la levanté contra el pilar, aguantando su peso con mis caderas. Ella intentó empujarme para liberarse de mis manos, pero no tardó mucho en darse cuenta de que no había escapatoria. Yo era demasiado fuerte y estaba a mi merced. Ella lo sabía. Yo lo sabía. Y me odié a mí mismo porque, en ese momento, no había una sola gota de piedad corriendo por mis venas privadas de sangre. No había nada en mí, excepto una necesidad primitiva que exigía satisfacción: el hambre.

## Sofía

Sentí una punzada de dolor en la espalda cuando Derek Novak me sujetó contra una columna, levantándome para mirarme directamente a la cara. Mi espalda sufría con el maltrato que estaba recibiendo, primero a manos de Lucas y ahora de su hermano.

Lucas tenía razón al llamarme "frágil ramita". Con Derek aplastándome me sentía exactamente así, y todos mis intentos por liberarme fracasaron miserablemente. No estaba segura de que fuera consciente de lo fuerte que era, pero exudaba un poder que no había experimentado ni siquiera con Lucas. Me sentí como una muñeca de porcelana, a punto de hacerme añicos en cualquier momento.

Todo lo relativo a Derek Novak me nublabo los sentidos: la sensación de sus músculos presionando contra mí, el frío de su aliento contra mi piel, el sonido de su respiración áspera y su ligero perfume de almizcle mezclándose con la mirra de mi cuello.

Me miró fijamente y le devolví la mirada. Casi podía ver cómo giraban los engranajes en su cabeza, y cada detalle de su comportamiento denotaba lo profundo de su conflicto interior acerca de lo que deseaba hacer. Y, sin embargo, había también una determinación en sus ojos azules que me permitió aferrarme a un atisbo de esperanza.

Cuando la mano que tenía libre me agarró la cabeza y la empujó hacia un lado, dejando mi cuello expuesto a sus colmillos desnudos, todo lo que se me ocurrió hacer fue rogar.

—Por favor... no.

—Derek, no quieres hacer eso. Puedes controlarte —gritó Vivienne.

Derek se apretó contra mí y se inclinó hacia adelante; sus colmillos rozaban mi cuello.

Aunque mis cinco sentidos empezaban a acusar el bombardeo de sensaciones, logré recordar las palabras de Ben. Esas palabras que me dijo en el partido de fútbol el día de su duodécimo cumpleaños. Las palabras con las que me había salvado tantas veces desde entonces. Palabras que necesitaba en ese momento para no hundirme en otro ataque.

*«Reconozco una excusa cuando la oigo. No te atrevas a engañarte convenciéndote a ti misma de que eres la víctima, Sofía Claremont».*

Intenté empujar a Derek una vez más, pero sucumbí a la certeza de que no servía para nada. En lugar de eso, apreté mi mejilla contra la suya, y la calidez de mi piel se desvaneció en la frialdad de la suya.

—Puedes controlarte. No me hagas esto —le susurré al oído.

Para mi sorpresa, justo cuando sus colmillos estaban a punto de producirme sangre, se detuvo. Los colmillos se retrajeron hasta que solo sus labios oprimían mi cuello.

—No puedo —dijo con voz ronca—. Tu sangre es demasiado tentadora, demasiado dulce.

Las lágrimas empezaron a surcarme las mejillas. Todo lo que había ocurrido se me vino encima. Suspiré por Ben mientras repetía sus palabras en voz alta.

—Reconozco una excusa cuando la oigo. No te atrevas a engañarte convenciéndote a ti mismo de que eres la víctima, Derek Novak.

Un jadeo ahogado escapó de los labios de Derek cuando pronuncié las palabras. Me soltó la cintura. Siguió presionando sus labios contra mi cuello mientras me bajaba para que pudiera volver a apoyar los pies. En cuanto toqué el suelo me fallaron las rodillas y, para mi horror, me encontré apoyándome en él en busca de ayuda. Me rodeó con su brazo y me sostuvo en pie.

—Dime tu nombre —susurró lo suficientemente alto como para que solo yo lo oyera. Su cara estaba todavía a unos centímetros de la mía.

Me estremecí deseando rechazarlo, pero no me quedaba energía para empezar una pelea.

—Sofía... Sofía Claremont.

Se hizo el silencio en la cámara mientras él continuaba mirándome fijamente. Su mirada era tan intensa que resultaba agotador sostenerla. Desvié los ojos hacia el suelo.

Finalmente, volvió a hablar. Esta vez más alto, ya que se dirigió al resto de los presentes en la sala.

—Sofía será mi esclava personal.

Sus hermanos intercambiaron una mirada.

—¿Y las otras? —preguntó Vivienne.

Derek ni siquiera las miró.

—Vosotros decidís.

Siguieron hablando, pero ya no los oía. El pavor me oprimía la boca del estómago.

«¿Qué quiere decir con "esclava personal"?».

## Derek

«*Cuatrocientos años. Idos. Así de simple*».

Mientras Lucas y Vivienne me conducían fuera de Santuario, que se había convertido en la morada de Corrine, no pude evitar maravillarme al ver cómo habían transformado La Sombra en los últimos cuatro siglos. Antes del hechizo de sueño, la isla que habíamos llamado La Sombra no era sino una fortaleza rodeada de secuoyas altas como torres. Abrimos un claro en el bosque y lo llamamos El Valle. Fue allí donde comenzamos a planear en qué se convertiría La Sombra. Nunca pensé que fuera posible materializar esos planes, pero ahí estaba, justo delante de mis ojos, más asombroso aún de lo que había imaginado.

Cuando abandonamos Santuario y penetramos en lo que ya era El Valle, formulé pregunta tras pregunta para satisfacer mi curiosidad y ayudarme a olvidar el hambre. Sofía y las otras esclavas caminaban detrás de nosotros, escoltadas por los guardias. Aún era consciente de la proximidad de Sofía, atraído por la fragancia de su sangre.

—¿Qué ocurrió con los animales salvajes? —pregunté. Habíamos hecho planes para establecer nuestras residencias en las copas de las secuoyas, debido a lo molesta que resultó la fauna salvaje.

—Están por ahí —explicó Vivienne—. Cora nos ayudó a alejar a la mayoría. Aunque algunos de los más fieros están enjaulados en Las Celdas.

—¿Las Celdas?

—Las prisiones —interrumpió Lucas—. Están situadas en las Cumbres Negras. Ya sabes, la cordillera. Las mazmorras y las dependencias de los esclavos están allí.

Levanté las cejas.

—¿Sofía?

Los ojos de Vivienne se volvieron hacia mí como un rayo. Sabía que estaba intrigada por el interés que mostraba hacia la chica. Aunque quisiera, no sabría cómo explicarle lo que veía en Sofía. La verdad era que yo tampoco lo entendía del todo.

—Los harenes se alojan en Las Residencias con sus guardianes —aclaró Vivienne.

Hice un gesto de asentimiento.

—¿Y qué son exactamente Las Residencias?

—Lo descubrirás a su debido tiempo —dijo Lucas. Había cierto engreimiento en el tono de mi hermano. Imaginaba que estaba encantado de tener la experiencia y el conocimiento de cuatrocientos años de los que yo carecía.

Miré alternativamente a mi hermana y a mi hermano, preguntándome cuántos conocimientos habrían acumulado durante todo ese tiempo. Mi hermano y yo nunca habíamos tenido una relación cercana. Mi padre siempre nos azuzaba al uno contra el

otro, pero Lucas no parecía más sabio que cuando caí bajo el hechizo de Cora. Vivienne, sin embargo, desprendía un aura de sabiduría, y no pude evitar un sentimiento de veneración hacia ella.

Empezaba a preguntarme dónde estaría mi padre. El hecho de que no sintiera un deseo acuciante de verlo decía mucho de mis sentimientos hacia él. Supuse que estaría en la Fortaleza Carmesí, dentro de los sólidos muros que me aseguré de construir para proteger La Sombra antes de buscar un medio de evasión. Me descubrí preguntando si la fortaleza todavía se tenía en pie con la misma solidez y si Xavier, el fiero guerrero de siempre, estaba allí.

—La fortaleza es más poderosa que nunca. Tenemos caballeros, guardias y exploradores en sus muros —me aseguró Vivienne.

—¿Caballeros? ¿Exploradores?

—Los caballeros son miembros de la Élite que también ejercen de guerreros —explicó Lucas—. Los exploradores son aquellos a los que enviamos al mundo exterior en busca de suministros o de sangre nueva.

No estaba seguro de mi opinión sobre todo aquello. Siempre había albergado la esperanza de encontrar una forma para que nuestra especie sobreviviera sin tener que cazar humanos. El mero hecho de pronunciar este pensamiento en voz alta sería calificado como sacrilegio por mi padre.

—¿Y Padre?

—Está reunido con los jefes de los otros aquelarres para planear cómo detener a los malditos cazadores de una vez por todas —explicó Vivienne.

La mandíbula se me tensó con la sola mención de los cazadores. Los humanos estaban decididos a acabar con nuestra especie. Recordaba un tiempo en que yo era uno de ellos. Pero eso había sido mucho tiempo atrás.

—¿Todavía suponen una amenaza? —pregunté.

—Más que nunca —respondió Lucas—. Somos el aquelarre más fuerte que queda. Muchos de los ciudadanos de La Sombra escaparon de aquelarres que descubrieron y aniquilaron los cazadores. Los llamamos huéspedes.

Vivienne parecía percibir mi agitación.

—Los cazadores son un tema para más adelante.

Acabábamos de llegar a las afueras de El Valle y en ese momento entrábamos en una parte distinta del bosque de secuoyas. Me admiré de lo que había cambiado La Sombra. Antes del hechizo de sueño, apenas se podía llamar pueblo. Era nuestro refugio frente a los cazadores, que amenazaban con expulsar de la Tierra a todos los miembros de nuestra especie.

Si no hubiera tenido padre, hermano y hermana, me habría entregado a los cazadores, dejando que mi vida encontrara su fin en sus crueles manos. Pero no pude soportar hacerle eso a mi familia, no a Vivienne. El aquelarre me necesitaba pero, una vez hube cumplido mi parte del trato y los traje a este refugio seguro, ganando la protección de Cora para nuestra causa, supe que no podía vivir un segundo más con

sangre en las manos. Tenía que ponerle fin.

Pero fui un cobarde. Pensar en lo que ocurriría una vez muerto me había aterrorizado.

«¿Qué pasa con los muertos vivientes cuando mueren?».

Me estremecí. Era extraño que los no muertos tuvieran tanto miedo de la muerte y, sin embargo, era así.

Tuve miedo de morir, así que, en lugar de eso, me dormí.

Mientras recorríamos los espesos bosques, dije lo que pensaba.

—Debéis odiarme por lo que hice. Abandonaros a todos.

La mandíbula de Lucas se crispó y un destello de resentimiento apareció en sus ojos. No necesitaba una respuesta para saber lo que se le cruzaba por la cabeza. Me odiaba.

Vivienne fue mucho más amable.

—No, Derek, no. Hiciste lo que debías para protegernos a todos nosotros, incluso sin saberlo. Tu estado de reposo ha hecho que adquieras energía durante los cientos de años que has estado bajo el hechizo de Cora. Gracias a esto, probablemente seas el vampiro más fuerte y poderoso que existe hoy.

Las palabras de Vivienne resonaron en mi interior.

«El vampiro más fuerte y poderoso».

Me vino a la cabeza el recuerdo de cómo había aplastado a Sofía contra esa columna.

El estómago se me encogió. Me había parecido muy delicada en mis manos y, sin embargo, muy valiente. Yo estaba muerto y la había mirado directamente a los ojos. Ella me había devuelto la mirada sin apenas pestañear.

Ahora caminaba detrás de mí. Oía sus pisadas y el tintineo de los grilletes en sus muñecas. Todavía podía oler y casi saborear la sangre de sus labios. Me preguntaba si ese era el efecto que antes tenían las mujeres en mí. No lo recordaba.

Me detuve y la llamé.

—Sofía. —Los demás dejaron de caminar en cuanto hablé.

Su juventud se traslucía en la forma de responderme.

—¿Qué?

Sin necesidad de mirar hacia atrás, supe que estaba a punto de sufrir las consecuencias de su insolencia. El guardia que nos seguía levantó la mano para golpearla.

—No la toques —ordené—. Sofía, camina a mi lado.

Todos contuvieron el aliento durante el silencio que se produjo a continuación. Sentía su pensamiento, sopesando los pros y los contras de lo que ocurriría si me desafiaba. Entonces los grilletes volvieron a tintinear y se adelantó para ocupar el espacio libre que había a mi lado.

No me atreví a mirarla. Tenerla tan cerca ya estaba pasando factura a mi autocontrol. La visión del rubor de sus mejillas me recordaba su sangre y mi anhelo

de beberla.

—Liberadla de esas sujeciones. No tiene a donde huir.

—Hermano —empezó a protestar Vivienne—. Si usa la libertad que le das para levantar una mano contra ti, probablemente no puedas controlarte...

—No me alimentaré de ella —afirmé con más convicción de la que sentía—. Haced lo que os digo y quitadle las cadenas.

Mi orden fue obedecida inmediatamente. Era otro recordatorio de quién había sido antes, de cuánto me temían todos. Esperé hasta que le quitaron las esposas antes de seguir adelante, y el grupo continuó a mi paso.

Lucas y Vivienne intentaron entablar una conversación mientras seguíamos el sendero a través de los oscuros bosques, pero yo ya no prestaba atención. Estaba demasiado distraído con Sofía, consciente de todos sus actos. Ella se frotó las muñecas mientras observaba los alrededores, absorbiendo cada detalle y mostrando miedo mezclado con admiración en sus ojos brillantes. Antes de que pudiera contenerme, le agarré la mano y entrelacé mis dedos con los suyos.

Ella se estremeció con mi tacto. No tenía derecho a tomarme ese tipo de libertades con ella, pero me hice esa concesión. Deseaba sentir su calidez.

Pude adivinar lo que pasaba por su mente porque, en un momento determinado, me apretó la mano de la misma forma que a esa otra chica cuando estábamos en Santuario.

No sabía cuánto significaba eso para mí.

## Sofía

Su mano estaba tan fría... Un escalofrío me recorrió el brazo desde la mano hasta el codo. No alcanzaba a comprender por qué hacía eso, tomarme de la mano. Pero, por extraño que parezca, el gesto me trajo consuelo cuando más falta me hacía.

Mientras nos dirigíamos hacia dondequiera que estuvieran los dominios del príncipe, mantuve los ojos abiertos tratando de buscar un modo de escapar. Acabábamos de abandonar El Valle y ahora nos conducían hacia otro bosque tenebroso, aunque estaba segura de que aparecería un claro de algún tipo que nos mostraría otro aspecto de La Sombra que me dejaría asombrada.

Sin embargo, en ese momento no había nada a la vista, a excepción del mismo bosque oscuro iluminado únicamente por las antorchas que portaban los guardias: altos árboles y rocas bordeaban el sendero de tierra y había matorrales de espinos dispersos aquí y allá.

Mis pensamientos vagaron hacia las personas que había visto en El Valle. Era sencillo ver la diferencia entre los vampiros y los humanos. Siempre había imaginado a los vampiros vestidos de cuero negro ajustado o con largos abrigos negros, pero llevaban ropa de diseño recién salida de las páginas de *Vogue*. Los humanos, sin embargo, llevaban uniforme: sobretodo gris de algodón para los hombres y guardapolvo de algodón blanco para las mujeres.

Estaba claro que la mayor parte del trabajo lo realizaban los humanos, mientras los vampiros paseaban por el lugar o pasaban tiempo entre ellos, con uno o dos humanos trotando a sus espaldas preparados para satisfacer su más mínimo capricho. Estaba bastante segura de que nosotros, los humanos, éramos la mano de obra que mantenía ese lugar en funcionamiento. Éramos el sudor y la sangre de La Sombra.

Mientras nos arrastraban más allá de El Valle, vi cómo un vampiro golpeaba a un joven en la cara y lo tiraba al suelo. Me habría gustado hacer algo. Pero solo podía mirar. Un rato antes estaba encadenada detrás de los vampiros, cautiva como un animal.

Y ahora me encontraba apretando la mano de Derek. Era un instinto, una reacción al recuerdo, pero cuando me di cuenta de lo que había hecho y lo miré esperando su reacción, podría haber jurado que vi gratitud en sus ojos.

—Ya estamos aquí —anunció Vivienne, deteniéndose en medio del bosque—. Bienvenido a El Pabellón, Derek.

Fruncí el ceño y miré a mi alrededor. Solo veía troncos de árboles.

Derek parecía tan confuso como yo.

—No comprendo...

—¿No fue sugerencia tuya que construyéramos Las Residencias en lo alto de los

árboles? —soltó Lucas con una risita.

Antes de que su comentario se abriera paso en mi mente, Lucas subió de un salto. Alcé la vista hacia el cielo. Me quedé boquiabierta.

Brillando en lo alto de las secuoyas gigantes había una red de casas. Aunque, por lo que podía apreciar desde el suelo, llamarlas casas habría sido una gran injusticia. Eran modernas villas de lujo conectadas por pasarelas cubiertas de cristal y puentes colgantes. Cómo habían sido capaces de construir todo aquello allá arriba escapaba a mi comprensión, pero ahí estaban: lujosas mansiones construidas en árboles. La sola idea de tener que subir allí me aceleró el corazón.

Salí de mi asombro en cuanto vi la cara de Derek. Sus ojos se habían suavizado al admirar Las Residencias.

—Te acordaste —dijo con voz temblorosa.

Vivienne sonrió.

—¿Cómo podía olvidarlo?

Me quedé de pie allí, presenciando el vestigio de afecto y humanidad que había entre ellos. Por un momento, incluso sentí celos de lo que compartían Derek y Vivienne. Veía cuánto se adoraban.

No intercambiaron más palabras porque no eran necesarias. Ellos se entendieron y, de algún modo extraño, yo también.

Vivienne saltó en el aire, al igual que Lucas unos instantes antes. Entonces me di cuenta de que no había escaleras. Ni siquiera una escalera de mano a la vista. Abrí la boca, preguntándome cómo diablos iba a subir ahí arriba, pero, antes de que me brotaran las palabras, una chispa de diversión brilló en los ojos de Derek.

No se molestó en pedirme permiso. Simplemente me rodeó la cintura con sus fuertes brazos y me atrajo hacia él. Antes de que pudiera prepararme para lo que estaba a punto de ocurrir, dio un salto que me dejó intentando recobrar el aliento y me aferré fuertemente a él para conservar la vida.

Solo me atreví a abrir los ojos cuando me depositó de pie en lo que parecía una tarima de madera noble.

Caminé hasta el borde de una amplia terraza y me encontré contemplando uno de los paisajes más magníficos sobre los que nunca había puesto los ojos. Miles de brillantes estrellas titilaban en el lienzo absolutamente negro que era el cielo. Las estrellas y los rayos de la luna llena eran la única luz que adornaba el paisaje. No me atreví a mirar directamente abajo. Pero adivinaba que ese era uno de los árboles más altos de toda la isla. Un mar de copas se extendía a mis pies a lo largo de kilómetros. Y a lo lejos, en la distancia, surgían las montañas, tan altas que sus cumbres estaban cubiertas de nieve. Casi no podía imaginar lo asombroso que sería el lugar al amanecer.

Una ráfaga de viento me golpeó la cara. A pesar de la altura a la que me encontraba, no podía ver el final del bosque. Ni rastro de la costa. Ni la más mínima pista de en qué dirección debía correr si lograba zafarme de las manos de Derek. Me

quedé sin respiración.

—Es hermoso, ¿verdad? —La voz de Derek era ronca. Debió pensar que me había quedado muda de admiración.

Asentí con la cabeza mientras apoyaba mi peso sobre el pasamanos de madera, intentando distraer mi mente del dolor que me retorcía el estómago.

Derek tomó mi mano y me arrastró con él cuando Vivienne y Lucas nos guiaron a sus dominios.

—Este es uno de los cuatro áticos que componen El Pabellón, construido especialmente para los Novak —explicó Vivienne mientras abría la puerta de roble de un suntuoso ático—. Hay uno para cada uno de nosotros: tú, Padre, Lucas y yo.

Mientras avanzábamos hacia la casa del árbol, me quedé mirando las ventanas gigantes, maravillada. Si lo que sabía de los vampiros era correcto, ¿no pondrían reparos a toda la luz del sol que se colaría por ellas?

Ya en el interior, el ático parecía aún más grande. Nos condujeron a lo que supuse que era el salón. Un televisor de pantalla plana, chimenea, cuadros de pintura abstracta sobre las paredes de color crema, sofás de cuero negro... No era precisamente como había imaginado el castillo de Drácula.

Dirigí una mirada recelosa a los vampiros que me rodeaban. A pesar mi asombro por la belleza de La Sombra, debía recordar que me encontraba allí en contra de mi voluntad. No podía confiar en ninguno de ellos: ni en Lucas, ni en Vivienne ni, especialmente, en Derek.

Había tres entradas a nuestro alrededor, aparte de la que ya habíamos utilizado. Cada una de ellas tenía una puerta de cristal que conducía a otras pasarelas con techo de cristal que llevaban al resto de las estancias del ático.

—¿Y las Élites viven aquí? —inquirió Derek.

—Las otras Élites viven en casas en lo alto de los árboles parecidas a las nuestras —explicó Lucas con una sonrisita—, pero estas, por supuesto, son más lujosas porque, admitámoslo, un Novak se merece solo lo mejor.

Lucas me observó con detenimiento. Intenté retroceder un paso, pero las manos de Derek me mantuvieron en el mismo lugar, anclándome a él.

—Los áticos de El Pabellón cuentan con más habitaciones de las que puedo recordar —explicó Vivienne—. Está el salón, el comedor, la cocina, una biblioteca, varios baños, una piscina cubierta, una sala de entretenimiento, un cine, el dormitorio principal, varios dormitorios de invitados y las dependencias de tu harén. Hay varias habitaciones que hemos dejado sin tocar, por si se te ocurre algo que te gustaría hacer en ellas.

—Una sala de música —dijo Derek.

Abrí los ojos. Nunca habría adivinado que sintiera inclinación hacia la música. Por supuesto. —Vivienne sonrió—. Me ocuparé de que los exploradores consigan todo lo que necesites. ¿Quieres que te muestre tu dormitorio?

Derek hizo un gesto de negación.

—Ya me arreglo solo.

El corazón se me encogió. La idea de quedarme a solas con él en aquel lugar era inquietante. Intenté liberar mi mano de su apretón, pero me sujetaba con fuerza.

Vivienne parecía notarlo, pero no le dio importancia. En lugar de eso, se acercó a su hermano y le dio un abrazo. Derek me soltó la mano para devolvérselo.

Retrocedí. Fue entonces cuando noté que Lucas miraba fijamente la mano que Derek acababa de soltar. Parecía que quisiera estrujarla.

Cerré los puños y las oculté tras la seda del vestido que llevaba puesto. Los ojos de Lucas recorrieron cada curva de mi cuerpo. Deseaba echar a correr.

—Solo faltan unas pocas horas para la mañana. Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Vivienne—. Daré instrucciones a los guardias para que lleven a las chicas a sus dependencias... A no ser que tengas otros planes.

Derek sacudió la cabeza.

—Llevalas allí. Excepto a Sofía. Ella se queda en el dormitorio más próximo al mío.

Vivienne me dirigió una mirada inquisitiva, como si se preguntara qué tenía yo de especial. Con ella ya éramos dos.

—Muy bien. Te veo mañana, Derek —asintió.

En el momento que cerraron la puerta tras de sí, quise alejarme de Derek, pero no podía moverme de aquel lugar. Él se giró, estudiando todo lo que le rodeaba, hasta que su mirada se detuvo en mí.

—Estás ahí, de pie.

Lo miré con furia.

—¿Qué esperas que haga?

—¿Por qué no me temes? —Derek empezó a acercarse.

Quería correr, de la misma forma que debería haberlo hecho cuando Lucas se me acercó por primera vez en la playa.

—¿Qué demonios te hace creer que no te tengo miedo?

—Pensé que a lo mejor eras una de esas chicas.

—¿Qué chicas?

—Esas que están fascinadas con nuestra especie. —Derek se detuvo a unos pasos de mí, casi como si temiera acercarse más—. Chicas que quieren ser como nosotros.

—Podría describir a los de tu especie con muchas palabras —le solté—. Pero fascinante no es una de ellas. ¿Es así como crees que sois realmente?

Se detuvo, observándome con detenimiento. Movié la cabeza mientras una sonrisa amarga se formaba en sus labios.

—No. Nada más lejos de la verdad.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Qué vas a hacer conmigo?

—Deberías descansar un poco.

—No me vas a dejar marchar.

Derek negó con la cabeza.

—No puedo dejarte ir. Has visto demasiado.

Apreté los dientes.

*«No puedes retenerme aquí para siempre».*

Tenía la firme intención de intentar escapar, y me imaginé que por la mañana sería el mejor momento. Mientras recorríamos el camino hacia nuestros dormitorios, me asaltó una certeza: tenía que escapar al amanecer.

Pero había subestimado La Sombra y su afición a las sorpresas. Me quedé dormida en una cómoda cama redonda cubierta de pieles, con la esperanza de ver el amanecer de la mañana siguiente a través de las ventanas del dormitorio.

Para mi horror, cuando desperté era una noche oscura y profunda.

## Derek

Nada más tumbarme en la cama con dosel de la habitación que había elegido para mí, el primer pensamiento que me vino fue:

«¿Qué diablos estoy haciendo?».

Me acababa de despertar de un sueño de cuatrocientos años. No necesitaba dormir más.

En lugar de eso, pasé la noche en la biblioteca con la esperanza de ponerme al día y recuperar el tiempo perdido los últimos cuatro siglos. Encontré información muy importante, aunque apenas había arañado la superficie. Me di cuenta de lo valiosa que me resultaría Sofía para familiarizarme con el mundo tal y como era en ese momento.

Tomé la cuarta copa de sangre que me había traído una de las chicas del harén. Un regalo de Vivienne.

Cuando la chica, Gwen, entró con la primera copa, no pregunté de quién era la sangre. Simplemente la tragué. Tenía que satisfacer el hambre si quería evitar matar a las chicas que vivían en mi casa.

Le ordené que me trajera más. Ella asintió, aunque los labios le temblaban mientras se alejaba de mí.

Me pregunté por que no me sentía atraído por ella como lo estaba por Sofía. Era tan agradable a la vista como la pelirroja que dormía en el aposento contiguo al mío y, sin embargo, ese gesto de Sofía en Santuario, cuando tomó a Gwen de la mano para reconfortarla, de algún modo la había consolidado en mi opinión como más valiosa que todas las demás juntas.

Cuando terminé la cuarta copa, descubrí que anhelaba comprobar cómo se encontraba mi hermosa prisionera. Me levanté y recorrí una pasarela cubierta de cristal que permitía ver el cielo iluminado por las estrellas. Sonreí. Cora se había apuntado un buen tanto eliminando el sol de La Sombra.

Cuando llegué al dormitorio de Sofía, tomé aliento bruscamente. No comprendía por qué estaba tan nervioso. Solo era una chica. Ya había tomado mi ración de sangre. No había motivos para estar ansioso.

Llamé a la puerta y esperé. Nada. Llamé de nuevo.

—¿Sofía?

Algo iba mal. Abrí la puerta. No estaba cerrada con llave. Por alguna razón, aquello me molestó.

«¿Es tan estúpida como para confiar en un desconocido como yo, un vampiro, y ni siquiera cierra con llave su puerta?».

Empujé la puerta y examiné la habitación. No la veía por ninguna parte.

—¿Sofía? —Entré, y la verdad empezó a abrirse paso.

El estúpido había sido yo al confiar en ella. Ni siquiera me había molestado en apostar guardias en la puerta de su habitación. Por supuesto, había escapado. Habría sido tonta de no intentarlo.

## Sofía

Abrí los cajones de mi dormitorio, rebuscando cualquier cosa que pudiera ponerme en lugar de ese vestido largo de seda. La ropa que había allí era aún peor. Vestidos cortos de cóctel y más lencería de encaje. Lo único un poco informal que encontré fue una sudadera con capucha que parecía extrañamente fuera de lugar. Mientras sentía cómo la sangre palpitaba en mis venas, agarré la sudadera y corrí al baño. Examiné la encimera de mármol y abrí un armarito colgado sobre el lavabo. Cualquier cosa ligeramente afilada me serviría. Mis ojos se detuvieron en un cepillo de dientes, un tubo de pasta de dientes y un par de pequeñas tijeras de uñas.

Tomé las tijeras, me senté en el borde de la bañera y las clavé en la tela de mi vestido para hacer un agujero. Era bastante fina, y no me costó mucho esfuerzo cortar todo el largo. Arrojé la tela que había cortado a la bañera y me miré al espejo.

Me peiné recogiendo mi pelo en un moño alto atado con una goma que encontré en el armarito. Tenía la piel más pálida que nunca y los labios resecaos. Encontré bálsamo para los labios en un cajón lleno de maquillaje, y lo extendí sobre mis labios, esperando que aliviara las dolorosas grietas. Ya no podía perder más tiempo allí. Cada segundo que permanecía en aquella habitación era un segundo menos para escapar antes de que Derek decidiera ir a controlarme.

Era desconcertante lo perfectamente equipada que estaba la habitación para una mujer. Todo lo que necesitaba parecía estar allí... ¡incluso toallitas íntimas! Me preguntaba cuántas habitaciones como esta habría en total en los dominios de Derek. Y cuántas chicas habrían estado en esa habitación antes que yo.

Deslicé los pies en el par de zapatillas de plástico que encontré en la esquina cerca del lavabo y caminé con suavidad, tan en silencio como pude. Me puse una mano en la boca para acallar mi respiración entrecortada y levanté la otra hacia el pomo de la puerta. Lo giré y sentí alivio al comprobar que no me había encerrado.

Cuando salí, casi había decidido dejar la puerta abierta, por si hacía ruido al cerrarla. Pero pensé que, a la larga, probablemente me iría mejor si la cerraba, por si alguien pasaba por el corredor de camino a otra parte del apartamento y atraía innecesariamente su atención.

Nada más cerrar la puerta, me deslicé hacia adelante. Me detuve al llegar a un distribuidor del que partían cuatro pasarelas. La boca se me quedó seca cuando me di cuenta de que no recordaba por cuál había llegado.

Me apresuré por la pasarela más alejada de la izquierda, rezando para haber elegido la correcta. No tenía tiempo para perderme en esa casa tan extensa en lo alto de un árbol. Casi había recorrido la mitad de la pasarela cuando me quedé helada y me tiré al suelo. Una de las chicas caminaba por una pasarela paralela a la mía

portando una copa de sangre. Parecía que no había advertido mi presencia. Sentí una necesidad momentánea de atraer su atención, quizá de invitarla a intentar escapar conmigo. Pero habría sido como un ciego guiando a otro ciego.

Cuando llegué al vestíbulo, volví a dejarme caer al suelo y repté por él mirando a mi alrededor. Las manos me temblaban cuando me aferré a la manija de la puerta y la empujé hacia abajo. Estaba firmemente cerrada. *Con llave.*

Registré la habitación.

«*La llave. Necesito la llave.*».

El corazón se me encogió al pensar que probablemente la única llave que había estaba en poder de Derek. Tanteé las ventanas del vestíbulo e intenté abrirlas. También estaban cerradas con llave. Me apresuré hacia la cocina y empecé a buscar por los cajones. Los Hudson siempre guardaban las llaves en los cajones de la cocina... Entonces me fijé en la ventana sobre el fregadero. Estaba abierta.

Me subí a la encimera con cuidado de no hacer ruido y abrí un poco más la ventana. Luché para reprimir un estornudo cuando la fuerte fragancia de las hojas de las secuoyas me llenó la nariz. El corazón me martilleaba en el pecho al mirar hacia abajo, a la abrupta caída. Miré a mi izquierda, donde comenzaba la terraza, a un metro de distancia. Había una cornisa estrecha bordeando el ático, de apenas el tamaño de mi pie. Pero no había tiempo para el temor o para pensar. Escalé a través de la ventana y me descolgué. Las piernas me temblaban al intentar agarrarme a la cornisa con los pies. Me deslicé todo lo que pude hacia la izquierda mientras todavía me mantenía aferrada al alféizar de la ventana de la cocina. Pero pronto llegué a un punto donde debía soltarme.

Tenía que arriesgarme a saltar en ese momento o no lo haría nunca.

Así que salté.

Me golpeé las manos al intentar aferrarme a la barandilla, y después la solté. Si no hubiera sido por la rama que había bajo el balcón, sobre la que aterricé justo en el ángulo adecuado, la caída me habría matado.

Agarrándome a la rama para salvar la vida, logré balancear las piernas e impulsarme hacia la barandilla. Mis piernas parecían haberse convertido en gelatina y todo mi cuerpo era una ruina temblorosa, pero tenía que darme ánimos para seguir hacia adelante.

Me arrastré por la barandilla y me dejé caer sobre las tablas del suelo.

Mientras me recomponía, descubrí algo que había al otro lado del balcón y que no había notado antes. Parecía un ascensor. Me apresuré hacia él y entré. Solo había dos botones: arriba y abajo. Me pregunté por qué se molestaban en tener ascensores, si ellos podían salvar esas alturas sin esfuerzo de un salto. Supuse que era para el uso de los esclavos humanos.

El descenso en ese ascensor me procuró no menos tensión que balancearme en la rama. No tenía ni idea de lo que me iba a encontrar cuando llegara abajo. La puerta se abrió. Salí e intenté ver en la oscuridad. Cuando no encontré nada a la vista, empecé a

correr. No podía ir por el camino de tierra, no fuera a ser que me topara con alguien, y no me quedó más remedio que correr a través de la maleza.

No pasó mucho tiempo antes de que me empezaran a salir ampollas en los pies debido a las zapatillas de goma, y las afiladas hojas y zarzas me arañaban las piernas. Apreté los dientes. Tenía que soportar el dolor. No podía parar.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido, suponía que unas dos horas. Ciertamente, daba esa sensación. Empezaba a sentir que mi corazón se acercaba al agotamiento.

Por fin apareció un claro. A través de él, la pálida luz de la luna se filtraba e iluminaba el bosque. Llegué a trompicones a la pradera cubierta de hierba. Entonces me tambaleé hacia atrás y el corazón me dio un vuelco. Unos metros más allá había un muro imponente.

Lancé una mirada al bosque. Y luego volví a mirar el muro.

*«No puedo retroceder y tampoco puedo seguir hacia adelante».*

Aunque las piernas me pedían un descanso a gritos, meforcé a caminar hasta el borde del muro.

*«Si hay una forma de entrar, tiene que haber una forma de salir».*

Repetí esas palabras para mis adentros una y otra vez, como en una plegaria.

Entonces una ramita crujió detrás de mí.

—¡Jonas! —dijo una voz en un tono demasiado agudo para un hombre.

Otra voz más áspera y profunda respondió:

—A mí me parece la cena, Evan.

*«No».*

Dos figuras surgieron entre las sombras de los árboles. De repente, fui consciente de la sangre que manaba de mis arañazos. Me había convertido en carnaza para aquellas criaturas. Basándome en las ropas que llevaban (el mismo atuendo negro con blasones rojos de los vampiros que nos escoltaron la noche anterior), supuse que ambos eran guardias.

—¿Qué haces aquí afuera, tan lejos en una noche tan oscura? —inquirió Evan.

—Dar un paseo —mentí—. Mi amo me dijo que podía.

Me sentí enrojecer.

—¿De verdad? ¿Ahora? —Esta vez era Jonas el que hablaba—. ¿Y también te dijo que te llenaras de sangre y estuvieras lista para convertirte en su desayuno mientras paseabas?

—¿Quién es tu amo, preciosa? —Ahora Evan estaba justo a mi lado. Levantó la mano y me agarró el pelo, inspirando profundamente. Estaba a punto de decirle que era una posesión de Derek Novak y que dañarme sería un gran error, cuando habló Jonas.

—¿A quién le importa? Cualquiera que camine más allá del bosque y llegue a la fortaleza está a nuestra merced. Estoy seguro de que su dueño nos dará las gracias por enseñarle una lección a esta esclava insolente. Su dedo recorrió uno de los arañazos

de mis piernas, extrayendo más sangre con una de sus protuberantes garras. Gemí de dolor. Él olfateó la sangre y sonrió antes de probarla.

—Dulce. —La respiración de Evan se aceleró. De repente, parecía inquieto—. A lo mejor no deberíamos tocarla. —Pero todavía tenía los ojos fijos en mí y, con la mano que tenía libre, me recorrió el brazo en toda su longitud.

Dominada por la adrenalina, me vino a la memoria el recuerdo de una lección de autodefensa a la que asistí una vez con Ben. Dejándome caer al suelo, balanceé una pierna por debajo de Jonas, haciéndole perder el equilibrio. Aprovechando la sorpresa de Evan, retrocedí y corrí hacia el bosque.

Apenas había recorrido unos metros cuando ambos me alcanzaron. Jonas me agarró por la cintura y forcejeó conmigo para tirarme al suelo. Evan me sujetó los brazos mientras Jonas me agarraba los pies.

—Has cometido un gran error, querida —dijo Jonas con una sonrisa burlona.

Sacó los colmillos y yo cerré los ojos, tratando de ser fuerte. Supuse que gritaría de dolor en cuanto sintiera sus colmillos clavándose en mí.

Sin embargo, sus manos se aflojaron.

Cuando abrí los ojos, vi surgir a unos pasos de mí una silueta imponente que agarró a los dos guardias por el cuello.

Derek Novak.

—¿Alguno de vosotros ha probado su sangre? —inquirió Derek con voz amenazadora. La forma en que se elevaban sus hombros y sus músculos se ensanchaban al ritmo de su respiración me decía que estaba tratando de controlar su cólera desesperadamente.

—Alteza, y-yo no quería... —Jonas temblaba tanto que apenas podía entender sus palabras—. No sabía...

Lo que ocurrió a continuación fue completamente diferente a cualquier cosa que hubiera presenciado jamás, ni siquiera en la pesadilla más aterradora. Derek soltó el cuello de Jonas y, sin dudarle un solo instante, le clavó las garras en el pecho. La carne se desgarró cuando Derek arrancó el corazón de Jonas, que todavía latía.

Sentí las rodillas aún más débiles y, finalmente, caí al suelo. Entonces Derek se giró hacia Evan, que estaba soltando chillidos histéricos de disculpa.

—Cállate —ordenó Derek.

Evan no tardó ni un segundo en cerrar la boca.

—No toques jamás lo que es mío —gruñó Derek—. Sofía Claremont es mía. Quien le haga daño responderá ante mí. ¿Comprendido?

Evan asintió con la cabeza.

—Por supuesto, M-Majestad.

Derek soltó la garganta de Evan y el guardia se escabulló lejos del príncipe. Arrojó el corazón al suelo y, a continuación, se frotó las manos manchadas de la sangre de Jonas en la camisa del guardia muerto. Se levantó y, finalmente, sus ojos se detuvieron en mí. Pensé en retroceder, pero en seguida comprendí que era inútil.

Estaba agarrotada por el miedo.

—Levántate, Sofía.

Me puse en pie, tambaleándome. Suponía que iba a sufrir algún tipo de castigo doloroso. Sin embargo, lo descubrí mirándome las piernas con los ojos llenos de preocupación. Extraje una daga que llevaba escondida en la manga. Me quedé mirándola, preguntándome si la iba a utilizar para darme una lección de alguna clase. Pero no. La usó para cortarse la palma de su propia mano.

—¿Qué estás haciendo? —No podía apartar los ojos de la sangre que se derramaba por su mano.

—No deberías haber intentado escapar. —Levantó la mano y la dirigió directamente hacia mi boca—. Bebe.

Los ojos se me abrieron de par en par al mirar la palma de su mano, sucia y sangrienta.

—No puedo.

—Lo harás. Te curará los arañazos —insistió—. Si te llevo de vuelta a Las Residencias con todos esos arañazos, te convertirás en una diana andante para cada vampiro con el que nos crucemos.

Le lancé una mirada de incredulidad, preguntándome si también él quería beber mi sangre.

—Bebe, Sofía —repitió, esta vez con voz más severa—. La palma de mi mano cicatrizará en un par de segundos. No me obligues a cortarme de nuevo.

Le miré la palma, incapaz de creer lo que estaba a punto de hacer. Sujeté su muñeca con una mano y sus dedos con la otra. Nada más tocarle, la boca se le crispó. Tragué saliva antes de hacer lo impensable: empecé a chupar la sangre de su mano hasta que el tajo que se había autoinflingido se cerró. Retrocedí con el sabor a cobre de su sangre abrumando mis sentidos. Tuve que reprimir el deseo de vomitar.

—Bien —dijo, a la vez que me limpiaba con su manga el líquido rojo que me goteaba por las comisuras de los labios.

Revisé los arañazos de mis piernas. Tal y como dijera, habían desaparecido todos. Todavía no podía hacerme a la idea de que acababa de beber sangre, la sangre de un vampiro. Ni siquiera sabía que tuvieran sangre.

Derek se acercó más y frotó su pulgar contra mi mejilla.

—¿Estás bien?

Me quedé quieta, con los ojos clavados en el cuerpo del guardia que estaba en el suelo.

—Lo has matado —dije.

Derek dejó escapar un profundo suspiro, y una expresión estoica se apoderó de su rostro.

—Tenía que convertirlo en un ejemplo. El otro guardia se encargará de que todo el aquelarre sepa que no debes sufrir ningún daño. De este modo estarás más segura. Además ese había probado tu sangre. Tenía que morir.

Continué mirándolo, asombrada.

—Iba a matarte. Había probado tu sangre, Sofía. Dudo que tuviera suficiente autodominio para abstenerse de devorarte del todo. —Derek arqueó las cejas—. Por la expresión de tu cara justo cuando estaban a punto de hundir sus dientes en ti, estoy seguro de que no habrías podido convencerlos para que no se alimentaran de ti como hiciste conmigo.

Los recuerdos de la noche anterior me inundaron la mente. Recordé el conflicto interior que había dejado traslucir Derek cuando me levantó contra esa columna. Era evidente que no había ningún conflicto de esa clase en el vampiro que acababa de matar.

De repente, descubrí que Derek me intrigaba mucho. Era una paradoja, una contradicción andante. Me desconcertaba cómo podía cometer un acto tan violento sin dudarle y al momento siguiente ser amable conmigo.

Sentí cómo sus ojos recorrían todo mi cuerpo.

—Llevas horas corriendo, ¿verdad?

Asentí mientras me mordía el labio.

—Aunque hubieras pasado el muro, estás en una isla. A no ser que puedas nadar varios kilómetros entre tiburones para regresar al continente, no hay forma de salir de aquí.

Antes de que pudiera responder, me tomó en sus brazos y, en cuestión de minutos, estábamos de vuelta en el ático. Me llevó a mi dormitorio y me tumbó en la cama.

—Tomaremos el desayuno en media hora. Date un baño y ponte algo de ropa que no sea eso. —Miró directamente a mi vestido rasgado.

Antes de dar media vuelta, preguntó:

—¿Necesitas algo?

«*Tengo que salir de aquí*».

Hice una mueca de negación.

Inclinó bruscamente la cabeza y se dirigió a la puerta. Se detuvo justo cuando iba a abrirla, me miró fijamente a los ojos y me lanzó una última advertencia.

—Si intentas escapar, lo único que arriesgarás será tu vida, Sofía. Así que hagámoslo fácil. No vuelvas a intentarlo jamás.

## Derek

A pesar de todos mis esfuerzos, seguí mirándola fijamente. Estaba sentado a la mesa contemplando a Sofía moverse por la cocina con un vaporoso vestido amarillo que realzaba perfectamente su figura. Se estaba preparando el desayuno: dos rebanadas de pan que introdujo en un artilugio al que llamó tostadora. Tomó un frasco de mermelada de bayas y un poco de mantequilla del "frigorífico de dos puertas" que, aparentemente, era un armario de refrigeración para la comida.

Mientras untaba mantequilla sobre una rebanada de pan, levantó los ojos para encontrarse con los míos. Abandonó lo que estaba haciendo y me contempló con detenimiento.

Me resultaba bastante perturbador que me mirara de aquel modo. No alcanzaba a comprender por qué.

«Solo es una chica, Novak. ¿Cuándo te ha alterado tanto una chica?».

—¿Qué? —pregunté.

—Le dijiste al guardia que era tuya. No lo soy.

Admiré su audacia. Me hablaba como si fuera mi igual; nunca se refrenaba de decir lo que pensaba y, sin embargo, lo hacía con una gracia femenina que encontraba encantadora. Debatí en mi interior si debía responder a su declaración. Ella era mía. Era la simple verdad y no importaba cuánto le gustara creer que las cosas eran distintas, seguían siendo así. Suspiré y lo dejé pasar.

«Que crea lo que quiera».

—Aquí nunca es de día. ¿Por qué? —Cambió de tema, dándose cuenta de que no iba a obtener una respuesta de mí.

—El hechizo de una bruja mantiene alejada la luz del sol. —Miré por la ventana—. Aquí, en La Sombra, es de noche para siempre. No he visto el sol en quinientos años.

Cuando levanté la vista para mirarla, la expresión de sus ojos me desconcertó. Parecía como si tratara de ver a través de mí, como si me estuviera estudiando.

—¿Tienes quinientos años? —preguntó después de una pausa.

Negué con la cabeza.

—Tengo dieciocho. Siempre tendré dieciocho.

—¿Esa es la edad que tenías cuando... te convirtieron?

Asentí con un gesto.

—¿Quién te convirtió?

Desconcertado por el aluvión de preguntas, me puse de pie.

—Primero tomemos el desayuno.

Me alivió que no siguiera haciendo preguntas curiosas. Tomó su plato y me siguió

hacia la zona de comedor. Sonreí cuando encontré una copa de sangre esperándome en la mesa.

Ella se quedó mirando la copa mientras se sentaba. Descubrí que me divertía la expresión de su cara y me senté enfrente, al otro lado de la mesa. Probé un sorbo de la copa. Ella me observaba con los ojos abiertos de par en par, con una mezcla de fascinación y terror.

—Nunca me acostumbraré a esto —murmuró.

—¿Acostumbrarte a qué? —preguntó una voz profunda desde una esquina de la sala.

Sus ojos se dirigieron rápidamente hacia el lugar del que provenía la voz, pero a mí no me hizo falta mirar para saber quién era.

—Lucas —dije con voz monótona.

—Mataste a un vampiro, a un guardia. —Lucas miró a Sofía con curiosidad—. Por ella.

—Te has enterado.

—Evan lleva toda la mañana gritándolo a los cuatro vientos. —Lucas tomó asiento al lado de Sofía.

No hacía falta mucha perspicacia para notar que se sentía incómoda cerca de él. Conociendo a mi hermano, no me habría sorprendido que ya hubiera intentado algo con ella.

Lucas fijó la vista en ella mientras pasaba un brazo por el respaldo de su asiento.

—¿Y qué tiene Sofía, por muy deslumbrante que sea, que valga la vida de uno de los nuestros, Derek?

—Es mía —repetí, mirándola directamente—. El guardia la asaltó, probó su sangre. Se lo merecía.

La cara de mi hermano se crispó.

«¿Desea a Sofía?».

—Comprendo que eso podría haber sido un problema. Esa chica tiene algo que hace que se nos antoje a los vampiros. —La mirada de Lucas viajó de su cara a su cuello—. Ese hombre no se habría podido resistir.

La lujuria era inconfundible. Prácticamente la estaba desnudando con los ojos y me di cuenta de que Sofía lo notaba por la forma de sentarse, inmóvil y tensa. Quería patear a mi hermano por los suelos, pero con eso solo conseguiría que Sofía se granjeara su ira.

—¿Por qué estás aquí, Lucas?

Aquello devolvió su atención hacia mí.

—Por mucho que me gustaría decir que te echaba de menos, hermanito, la verdad es que no es así —suspiró—. Vivienne me pidió que te invitara a una gira por la isla el próximo viernes, concretamente para hablar detenidamente de todo lo que te perdiste mientras estuviste dormido. Ahora que has despertado, debes saber a qué te enfrentas.

Hice un gesto de asentimiento, aunque se me retorcía el estómago. Agradecí que mi hermana me diera al menos un tiempo para serenarme antes de sumergirme de nuevo en los asuntos de la isla.

Lucas hurgó en su bolsillo buscando algo y lo arrojó en mi dirección. Lo atrapé y lo miré. Parecía algún tipo de pizarra de metal. No tenía ni idea de para qué servía.

—¿Qué es esto?

—Es un teléfono celular. Se usa para llamar a gente o enviarles mensajes de texto. Un dispositivo de comunicación. Seguro que tu amorcito adolescente puede enseñarte a usarlo.

Frotó el dorso de su mano contra la mejilla de Sofía. Ella se estremeció ante su tacto. Eso, por supuesto, divirtió aún más a Lucas. Yo hervía de furia en mi interior. Me agarré al borde de la mesa.

—Te agradecería que no la tocaras. Como ya dejé claro esta mañana, no me gusta que los demás enreden con lo que es mío. —Había un tono afilado en mi voz que mi hermano conocía muy bien. La expresión de diversión de la cara de Lucas desapareció y la atmósfera se tornó tensa.

—Y si sigo tomándome libertades con ella, ¿qué harás, Derek? ¿Te levantarías contra tu hermano por ella?

Sabía que estaba poniendo a prueba mis lealtades, pero yo también sabía jugar a ese juego. Deseaba creer que, después de todo, aún éramos caballeros.

—Ten esa gentileza conmigo, Lucas. No sé por qué, pero me siento atraído por ella. Considérala tu regalo para mí.

Lucas se echó atrás.

—Es lo más apropiado, supongo —logró decir después de una pausa—. Después de todo, yo la encontré.

Dedicó una última mirada a Sofía y retiró el brazo de su asiento. Su atención se concentró en mí.

—¿Y qué tienes planeado hacer con mi regalo?

Por la forma de mirarme, deduje que también Sofía deseaba conocer la respuesta a esa pregunta.

—Todavía no lo sé.

## Sofía

Nada más entrar Lucas en la habitación, perdí el poco apetito que hubiera podido tener. Y ahora que se había marchado a causa de las palabras de Derek, apenas podía percibir ninguna señal de que estuviera mejorando. Aparté el plato y levanté los ojos hacia aquel joven. Todavía tenía la mirada puesta en mí, igual que cuando entré en la habitación.

Su forma de mirarme fijamente era desconcertante. No comprendía qué era lo que encontraba tan interesante en mí.

Observó detenidamente el plato que yo había apartado.

—No estás comiendo nada.

—¿Qué quieres de mí?

Me miró pensativo, pero no contestó.

Empujé la silla hacia atrás y salí de la habitación. Corriendo por los larguísimos pasillos, me alejé del comedor y me encerré en mi habitación.

Traté de calmar mi respiración agitada.

Por mucho que me desconcertara, al compararlo con su hermano no pude negar que había algo diferente en Derek Novak. Ni siquiera cuando me aplastó contra la columna me había sentido tan ultrajada como me acababa de sentir solo con la mirada de Lucas.

Pero no podía borrar de mi mente lo que habían dicho las mujeres en las termas. Iba a formar parte del harén de Derek. Sus hermanos lo habían confirmado. Ese era el propósito de aquel dormitorio... si no, ¿por qué iban a disponer una habitación tan grande para una esclava? ¿Por qué toda esa lencería? No sabía en qué parte del enorme apartamento tenían cautivas a las demás chicas, pero sospechaba que sus dormitorios eran como el mío. Preparadas y esperando hasta que ese hombre nos reclamara. Por alguna razón había pedido que yo me alojara en el dormitorio más cercano al suyo. Quizá deseaba empezar por mí.

Me estremecí.

¿Cómo no iba a saber todavía lo que quería de mí? Estaba mintiendo, de eso estaba segura. No era cuestión de qué quería de mí. Era cuestión de cuándo lo quería.

No sabía por qué se molestaba en ocultarlo y no me lo decía con franqueza. Al fin y al cabo, disfrutaba de un control absoluto sobre nosotras. No podíamos hacer nada para detenerlo si, de repente, se abalanzaba sobre nosotras.

Me acerqué a la ventana y observé la isla oscura. Las copas de los árboles se balanceaban suavemente con el viento, como en un baile.

De una cosa estaba segura: no podía arriesgarme a volver a escapar hasta que tuviera un plan realista. Estaba claro que, al menos de momento, viviría más segura

bajo el ala de Derek que en el exterior. No tenía ni idea de durante cuánto tiempo seguiría siendo así.

Odiaba sentirme tan indefensa. Derek podría dominarme aunque yo tuviera un cuchillo o una pistola, pero la idea de poseer algo para defenderme hacía que me sintiera menos débil.

Registré la habitación una vez más. Ya había revuelto los armarios cuando buscaba ropa antes de mi intento de huida.

Entré en el baño. El contenido de los cajones consistía principalmente en maquillaje, pastillas de jabón, champú, perfume... mis ojos se detuvieron en un par de tijeritas. Las tomé y las empecé a abrir y cerrar. Hice una mueca al comprobar lo patéticas que eran.

Después de cinco minutos más rebuscando por los armarios del baño, estaba claro que no había nada en mis aposentos que pudiera usarse contra un vampiro.

Tenía que llegar a la cocina. Allí había cuchillos.

Corrí a la puerta y miré por el ojo de la cerradura. Dos guardias vampiros caminaban por el corredor hacia la entrada principal. Tomé aliento, recliné la cabeza contra la puerta y me dejé resbalar hacia el suelo mientras revivía en mi mente todo lo que había sucedido en las últimas veinticuatro horas.

Todavía me parecía una pesadilla. Seguía pensando que me despertaría de repente, de vuelta en el complejo vacacional con Ben sentado junto a mí, disculpándose por haberse ausentado en mi cumpleaños. Cerré los ojos, intentando hacer que el recuerdo pareciera más real.

Pero eso era precisamente lo único irreal: la esperanza de no estar de verdad en la isla.

«*Vampiros*».

Nunca había pensado que se les pudiera matar o herir, si es que existían realmente. Según las historias que había leído y las películas que había visto, eran muertos vivientes y no se les podía matar.

Pero yo estaba allí cuando Derek mató a aquel guardia, y le había visto derramar sangre. Demonios, incluso había probado la sangre de Derek.

Era tranquilizador saber que se les podía matar, pero también extrañamente aterrador. Por muy desesperada que estuviera por encontrar alguna forma de defenderme, no podía evitar preguntarme:

«*¿Realmente tengo lo que hace falta para matar a alguien?*».

## Derek

Le había dicho a Vivienne que quería que la pelirroja fuera mi esclava. Pero todavía no estaba seguro de para qué la quería exactamente.

Cuando Sofía abandonó la mesa, me levanté y me dirigí al estudio. Me senté en el escritorio, apartando los libros que me habían mantenido despierto hasta tarde la noche anterior.

«¿Qué tiene Sofía?».

Yo mismo no lo sabía, y por eso me resultaba imposible explicarles a mis hermanos lo que veía en ella.

Todo lo que sabía era que, cuando me desperté del hechizo de Cora, suponía que volvería a hundirme en la misma oscuridad de la que había tratado de escapar siglos atrás.

Esperaba despertarme ante una noche negra como el carbón... En su lugar, me desperté ante ella.

Podría decirse que la mejor forma de describir a Sofía era como un rayo de luz, con su silenciosa belleza y su cálido cabello castaño rojizo.

Me sentí atraído por ella instantáneamente. Como una polilla a una llama. Pero no me había detenido a pensar qué quería realmente de ella.

Sabía a qué pretendían destinarla Lucas y Vivienne. Había sido etiquetada como miembro de mi harén incluso antes de que me despertara. Pero, ¿era eso en lo que realmente quería que se convirtiera? ¿En mi cortesana?

No lo sabía. Me sorprendí al darme cuenta de que ese pensamiento no se me había ocurrido hasta ese momento. El deseo de su sangre me había consumido al despertar, y después su calidez, su luz...

Aunque quisiera, no creía que pudiera tratarla de la misma forma que a las innumerables mujeres que la habían precedido. Parecía demasiado valiosa para eso. Me preocupaba que tocarla de esa forma arruinara justo lo que me atraía de ella.

No quería arriesgarme a romperla.

De momento, que mis hermanos pensarán lo que quisieran sobre lo que estaba haciendo con ella. Pero, después de una hora sentado a solas en el estudio, me di cuenta de la verdad: no me importaba lo que hiciera ella.

Simplemente la quería conmigo.

## Sofía

Solo después de unas horas de silencio en el exterior de mi habitación reuní el valor suficiente para abrir la puerta. Miré a ambos lados del corredor y suspiré de alivio al ver que estaba vacío.

Ya conocía un poco mejor el apartamento y logré no perderme de camino a la cocina. Aunque me llevó más tiempo del que suponía. Me detenía y seguía adelante cada vez que mis oídos detectaban el ruido más ligero.

Una vez tuve la cocina a la vista, me arrodillé y repté el resto del camino. Me puse en pie de nuevo al llegar a la encimera. Me dirigí directamente al cajón de la cubertería y lo abrí, revolviendo su contenido tan en silencio como pude, buscando el cuchillo más afilado que pudiera encontrar.

Solo había uno y estaba enfundado. Era más bien grande, pero tendría que servir. Me levanté el vestido y lo sujeté lo mejor posible a mi ropa interior.

Me di cuenta de que sería una proeza sacarlo lo suficientemente rápido si me atacaban. Tendría que pensar algo cuando volviera a la habitación. Eché un último vistazo a la cocina por si había algo más que pudiera servir para protegerme. Estaba a punto de marcharme cuando una voz profunda resonó a mis espaldas.

—Me preguntaste qué quería de ti.

Sentí que la sangre abandonaba mi cabeza al girarme y encontrarme cara a cara con Derek Novak. Estaba de pie junto al marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre su pecho.

No estaba acostumbrada a que se me acercaran a hurtadillas. Normalmente percibía el más mínimo ruido. Aparentemente, los vampiros poseían un gran sigilo.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba vigilándome. Recé para que no hubiera visto el cuchillo. Si lo había visto, no había reaccionado... todavía. Me quedé mirándolo fijamente, intentando descifrar su expresión.

—¿Qué? —tartamudeé, aunque no estaba segura de estar preparada para oír la respuesta.

Entró en la cocina y dio una palmada en la mesa, dejando tras de sí el teléfono celular. El mismo que vi cuando se lo dio Lucas.

—Enséñame a usar esto.

«Ah».

Con el corazón todavía martilleándome el pecho, supuse que tendría que estar agradecida por su respuesta. Bajé la vista hacia el teléfono y luego hacia su gran mano, que descansaba sobre la mesa a escasos centímetros de este.

Volví la mirada a sus centelleantes ojos azules, dudando. Me preguntaba qué ocurriría si rehusaba cumplir su petición. Pero no me pareció inteligente hacerlo. Lo

que más me interesaba era congraciarme con él durante tanto tiempo como me fuera posible.

Tragué saliva y tomé el teléfono, intentando ocultar el temblor de mis manos al recogerlo y examinarlo. Derek acercó un taburete y se sentó frente a mí, vigilándome de cerca.

Era difícil concentrarse en algo con esos ojos fijos en mí. Tuve que desentrañar cómo se usaba el dispositivo antes de enseñarle a él. Ni siquiera estaba segura de la marca del teléfono. No tenía ningún logotipo. En casa yo tenía un iPhone y no estaba acostumbrada a usar otras marcas. Sin embargo, resultó ser un *smartphone* y no fue difícil aprender a usarlo.

Me acerqué a la mesa que estaba a su lado, y los dedos me temblaron cuando apunté al botón de encendido.

—Pulsa este botón para encenderlo y apagarlo. —Se lo mostré mientras continuaba. Cuando apareció la pantalla de inicio, señalé el icono del teléfono que estaba en la esquina inferior derecha de la pantalla—. Es un dispositivo de telecomunicación, y si pulsas...

Mi voz se apagó cuando comprendí lo estúpida que era por no haberme dado cuenta antes.

*«Un teléfono.*

*Tengo un maldito teléfono en la mano.*

*Derek no tiene ni idea de cómo se usa esta cosa. Nació en el siglo diecisiete, por Dios. A lo mejor puedo ponerme en contacto con alguien capaz de rastrear mi ubicación. Ojalá pudiera hablar con alguien...».*

—Un momento —dije—. Nunca he usado ninguno de esta marca...

Pasé los dedos por las teclas. No tenía ni idea de dónde estaba esta isla. No sabía qué código de área tenía. No tenía más elección que probar lo que fuera. Probablemente solo tendría una oportunidad antes de que Derek se diera cuenta de lo que estaba intentando. Tenía que elegir de forma inteligente el número que iba a marcar.

Podía llamar a Ben y rezar para que contestara.

*«Si sabe que soy yo y que he desaparecido, puede ir a la policía; probablemente tendrán la tecnología necesaria para rastrear de dónde proviene el número...».*

Me recosté en la silla para que Derek no pudiera ver la pantalla y simulé estudiarla. Marqué el número y pulsé llamar. Me lo puse al oído, e inmediatamente un estridente pitido me martilleó los tímpanos. No había línea. Probé con mi propio número. Tampoco.

Maldije para mis adentros.

*«A lo mejor el "hechizo" del que hablaba Derek también impide la comunicación con el mundo exterior».*

Estaba muy decepcionada. El rayo de esperanza que había nacido en mí había sido tan real, tan tangible, que ya me había imaginado escapando... Habría

helicópteros de policía descendiendo sobre La Sombra y sacándonos a mí y a las chicas fuera de allí para llevarnos a la seguridad de nuestras casas.

Me pareció que Derek había notado la decepción en mi cara. Arqueó las cejas.

Aunque lo único que deseaba era romper a llorar, me obligué a recobrar la compostura y continué enseñándole cómo usarlo.

De nuevo me concentré en el teléfono para que Derek no pudiera ver las lágrimas que pujaban por salir. Le enseñé cómo hacer llamadas, porque ya había unos cuantos contactos en el teléfono. “Lucas”. “Vivienne”. “Xavier”... Le mostré la función de texto y cómo acceder al buzón de voz.

Se mantuvo en un silencio tal durante mi demostración que al final levanté la vista, preguntándome si realmente me estaba escuchando.

Lancé un suspiro de frustración al comprobar que no estaba prestando la más mínima atención a lo que le estaba mostrando. Tenía los ojos fijos en mi cara, exactamente igual que cuando bajé la vista por primera vez hacia el teléfono. Me pareció que no se había enterado de una sola palabra.

—¿Me estás prestando atención?

—Sí, Sofía. Te escucho.

Empujé el teléfono hacia él.

—Bien, entonces muéstrame lo que te acabo de enseñar.

Temblé cuando sus fríos dedos acariciaron los míos al tomar el teléfono.

Lo encendió como le había enseñado, y después fue cambiando entre las funciones de marcación, texto y buzón de voz.

Aprendía rápido.

Creía que no había nada más que enseñarle del teléfono. Me imaginaba que no encontraría útiles las fotos o los juegos.

—No hay mucho más que pueda enseñarte —dije. Todavía sentía vivamente el cuchillo bajo mi vestido e hice un movimiento para levantarme.

—¿Te gusta leer? —preguntó de repente.

Fruncí el ceño.

—Sí... ¿Por qué?

Me tomó la mano, envolviéndola con la suya, y me sacó de la habitación. Tuve que trotar para mantenerme a su paso mientras me conducía de habitación en habitación. Cuando llegamos al final de un corredor de cristal, se detuvo en una puerta. Al abrirla, hizo un gesto con la cabeza indicándome que entrara y dio un paso atrás.

Mirándole con precaución, pasé al interior. Ahogué un grito en la garganta. Me encontraba en una biblioteca bellamente amueblada. No había ni un centímetro libre en las paredes. Estaban cubiertas de estantes de libros. Me quedé de pie en el centro de la sala, sin habla, absorbiendo su belleza.

—Toma lo que quieras. —Su voz sonó muy cerca de mí. Me giré para comprobar que había entrado y contemplaba mi reacción.

Lo miré tímidamente, y luego me volví hacia las estanterías. Caminé hacia ellas, deslizando los dedos por los polvorientos lomos de los libros. La mayoría eran clásicos. De no ficción había varios libros de tecnología. Supuse que Vivienne los había puesto allí para ayudar a Derek a ponerse al día con la época moderna.

No creía que mi mente se encontrara en un estado que me permitiera concentrarme lo suficiente en un libro pero, aún así, estaba agradecida. Si lograba centrarme en las palabras de la página, eso me ayudaría a pasar el tiempo. No me sentiría tan sola en ese gran dormitorio.

Cuando hube elegido los libros que quería, salí de la biblioteca y, como Derek no protestó, me apresuré a volver a mi habitación.

Después de cerrar la puerta con llave, apilé los libros en la cama. Saqué el cuchillo de mi ropa interior y lo coloqué sobre el colchón. Quité la funda para comprobar su filo. Mientras volvía a revolver en los armarios, esta vez buscando un cinturón, no pude evitar preguntarme si al fin y al cabo necesitaría el cuchillo para defenderme de Derek.

## Sofía

Encontré un cinturón y, con algunas de las gomas del baño, pude sujetarme el cuchillo al muslo de forma que fuera más accesible. Después de eso, me sentí aliviada al comprobar que era capaz de enfrascarme en los libros aquella noche. Al principio fue difícil pero, en cuanto meforcé más allá de las tres primeras páginas de *Las mil y una noches*, logré perderme en la historia. Siempre había sido una de mis favoritas.

Perdí la noción del tiempo, pero debieron pasar horas y pronto sentí cómo me pesaban los párpados. Mantener los ojos abiertos se estaba convirtiendo en una lucha. Puse el libro en el tocador y, cerrando los ojos, estaba a punto de quedarme dormida cuando oí un llanto distante.

Me senté de un brinco, alargando instintivamente la mano hacia el cuchillo que me había sujetado en la parte interior del muslo. Un escalofrío me recorrió la piel mientras el llanto continuaba. Era una de las chicas, estaba segura.

Salí de la cama y me arrastré hasta la puerta. Al abrirla, miré a izquierda y derecha del corredor. Estaba vacío. Como el llanto continuaba, me apresuré hacia el sonido. Me condujo a una parte del apartamento en la que nunca había entrado. Cuando llegué a la puerta donde el sonido se oía más alto desde fuera, llamé.

—¿Hola? —susurré.

Tuve la sospecha de que todos los vampiros de esa casa del árbol habían oído el llanto, igual que yo. Sin embargo, no había señales de que hubiera nadie en los alrededores.

Agarré la manija y empujé la puerta.

Estaba cerrada con llave.

El llanto se apagó mientras yo seguía girando el pomo de la puerta.

—¿Estás bien? —pregunté.

—¿Q-quié hay ahí? —Se oyó una voz temblorosa.

—Sofía. ¿Quién eres tú?

—Gwen.

—Gwen... ¿Qué ocurre?

—Estoy terriblemente asustada, Sofía. He tenido una pesadilla. Odio estar encerrada aquí, sola.

Miré a ambos lados del corredor. Seguía sin haber ningún vampiro a la vista.

Dudé de mi propia cordura al hablar a través de la puerta.

—Bien. Gwen, espera aquí. Voy a intentar sacarte.

—D —de acuerdo. ¡Gracias!

Tomando aliento, volví por el corredor hacia mi lado del apartamento y me

detuve frente a la puerta de Derek.

«¿Qué estoy haciendo? ¿De verdad voy a llamar a esa puerta y lo voy a molestar?».

Aunque me sentía aterrorizada, no podía ignorar el sufrimiento de Gwen. A pesar de que yo estaba tan desvalida como ella, intenté hacer algo.

Cuando llegué a la puerta, llamé con los nudillos.

Unas pisadas resonaron unos instantes más tarde y la puerta se abrió con un chirrido.

Derek estaba ante mí con su imponente altura, desnudo de cintura para arriba, con los párpados medio cerrados y el pelo desordenado. Tardé unos segundos en desviar la vista de su torso increíblemente esculpido y levantarla hacia su rostro, recordando por qué había llamado a su puerta.

—S-siento molestarte —tartamudeé—. Es Gwen. Ha tenido una pesadilla. ¿Puedes abrir su puerta para que pueda consolarla?

Al llegar a la puerta parecía irritado. Pero sus ojos parecieron suavizarse al mirarme.

Desapareció en su dormitorio y reapareció unos instantes después con una bata negra anudada a su cintura.

—Espera aquí —ordenó.

Se alejó por el oscuro corredor. Temblé, escuchando cómo el sonido de sus pisadas desaparecía rápidamente. Di un paso atrás con la esperanza de echar un vistazo a su habitación, pero había cerrado la puerta tras él.

No tuve que esperar mucho tiempo. Unos instantes más tarde, Derek apareció por el corredor llevando a Gwen en sus brazos. Estaba pálida como un fantasma cuando la depositó en el suelo. Gwen tenía los ojos enrojecidos y el pelo le caía por el rostro sudoroso. Se arrojó a mi cuello. Estaba a punto de volverme directamente a mi habitación pero, antes de que Derek se retirara a la suya, me adelanté y le toqué el brazo.

Se estremeció y volvió la vista tan rápido como si hubiera sufrido una descarga eléctrica.

—Gracias —dije, retirando rápidamente la mano.

Mientras retrocedía con Gwen, sentí que me seguía con los ojos. Le lancé una última mirada antes de cerrar mi puerta.

No estaba segura de lo que había visto en esos ojos suyos. Al principio creí que era un deseo anhelante, pero no del tipo que me asustaba o me hacía sentir en peligro. Era de esa clase que me hacía sentir casi... lástima por él. Como si estuviera sufriendo por algo.

La mirada de sus ojos me había hecho desear acercarme y tocarle. Tranquilizarle de algún modo... la locura de ese pensamiento tardó un instante en inundarme.

Aún no estaba segura de estar haciéndole ningún favor a Gwen al traerla a dormir conmigo en un dormitorio más próximo a Derek Novak, pero, a decir verdad, me

alegraba su compañía. La metí en la cama de al lado y la rodeé con el brazo, acariciando su pelo y plantando un beso en su frente.

—Todo irá bien —susurré, intentando encontrar convicción en mis propias palabras—. Vamos a estar bien.

## Derek

Sofía Claremont. Era una maravilla.

No podía dejar de mirarla mientras entraba con Gwen en su dormitorio, con su brazo alrededor de la cintura de la otra chica, susurrándole al oído palabras de consuelo aunque ella tuviera tantos —si no más— motivos para estar aterrorizada.

Cuando desapareció en la habitación, sacudí la cabeza tratando de salir del trance que me había provocado ese sencillo gesto.

Verla llamar a mi puerta me había conmocionado. Al principio no entendía por qué lo había hecho. Pero debería haber sospechado que había sido porque el llanto de Gwen la había alterado.

Me preguntaba qué habría pensado antes de cerrar la puerta. No sabía qué tenían sus ojos. Había algo distinto en la forma en la que me miraba, en comparación con las otras chicas. Con incertidumbre, sí. Pero no con miedo exactamente. Era más como una curiosidad morbosa.

Me preguntaba por qué.

Volví a la cama, aunque no tenía deseos de dormir. Me quedé mirando el techo.

Al día siguiente, Vivienne vendría a por mí y de nuevo me vería envuelto en los asuntos de la isla. De vuelta a la vida de la que había tratado de escapar.

Descubrí que el pensamiento de dejar sola a Sofía durante horas en la casa del árbol me producía gran ansiedad. Dudaba que ninguno de los guardias le hiciera daño, no después de haber convertido a Jonas en un ejemplo. Pero la idea de que le ocurriera algo malo me preocupaba. Todavía no estaba convencido de que no volvería a intentar escapar.

Puede que mis guardias fueran leales, pero, ¿qué ocurriría si otro vampiro decidía aventurarse... uno que no estuviera totalmente bajo mi control? Mis pensamientos volaron hacia mi hermano, y otra vez me sentí hervir de ira por la forma en que se comía a Sofía con los ojos. Había aceptado que Sofía era su regalo para mí. Pero no descartaba que, a pesar de ello, intentara algo con ella.

Sofía era tan frágil. Solo hacía falta un vampiro para fulminarla y la perdería para siempre.

De repente, me pareció que ella era lo más valioso que poseía o que había poseído jamás. Y, sin embargo, no tenía elección. Debía cumplir mis obligaciones en la isla. No podía aplazarlo más tiempo.

Una solución se abrió paso en mi mente durante las primeras horas de la madrugada. Y, cuando surgió, me pregunté cómo no se me había ocurrido antes. Ciertamente, no era un plan infalible, pero al menos la ayudaría de algún modo. No sería un objetivo tan vulnerable. Podría respirar algo más tranquilo cuando no la

tuviera a la vista.

Hice una mueca al imaginar lo que pensarían mi padre y mis hermanos por permitir que la idea siquiera se me pasara por la cabeza. Pero no me importaba lo que pensarán. Era mía y la tenía que proteger.

## Sofía

Aquella noche dormí mucho mejor de lo que esperaba. Supuse que era por tener la compañía de Gwen. No me había soltado en toda la noche. Aún me rodeaba fuertemente con sus brazos cuando me desperté a la mañana siguiente. Tuve que separarla de mí.

Gwen también parecía de mejor humor. Tenía un ligero rubor en sus mejillas. Nos turnamos para usar el baño y ducharnos antes de vestirnos y dirigirnos a la cocina. Sentí su temblor al acercarnos al salón. Le apreté el brazo.

—No pasa nada.

Llegamos a la cocina sin encontrarnos con nadie. Revolví por el refrigerador y los armarios buscando ingredientes.

—¿Qué te parecen panqueques? —pregunté.

Ella asintió.

—Los panqueques me recuerdan a mi casa.

Me ayudó a mezclar los ingredientes. Los cociné mientras Gwen preparaba una macedonia. Teniendo en cuenta que aparentemente los vampiros solo consumían sangre, el refrigerador estaba sorprendentemente bien provisto para las necesidades de un humano.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste bien? —le pregunté con la boca llena.

Ella sacudió la cabeza.

—Desde que llegué aquí he estado totalmente aturdida. En realidad no me acuerdo.

—¿Dónde te raptaron? —pregunté.

—Estaba de vacaciones en Florida con mis padres —me explicó en voz baja. Las lágrimas empezaron a anegarle los ojos con el recuerdo.

—¿Y tú?

—Cancún —suspiré.

Aunque sentía curiosidad por preguntarle a Gwen más cosas de su vida antes de venir a La Sombra, no quería disgustarla y que nos deprimiéramos las dos. Así que no lo hice. Intenté buscar temas de conversación más intrascendentes mientras terminábamos el desayuno.

Me recliné en la silla con el estómago plenamente satisfecho por primera vez desde que llegamos a la isla. Lo recogimos todo y estaba a punto de volver a la habitación con Gwen cuando Derek Novak apareció en la puerta, bloqueando la salida.

Llevaba una larga capa negra sobre unos *jeans* y una camisa. Parecía estar a punto de irse a algún sitio.

Gwen se ocultó detrás de mí. Pero no era necesario. Tenía los ojos puestos en mí, y solo en mí.

—Ven conmigo, Sofía.

—¿Por qué?

Hizo una pausa, con una mirada de impaciencia asomándole a los ojos, como si estuviera decidiendo si molestarse o no en darme una respuesta. Se acercó hacia mí de una zancada y me tomó la mano.

—Tengo que enseñarte algo —dijo.

Empezó a empujarme hacia fuera de la cocina.

—Espera... Gwen. Primero tengo que llevarla de vuelta a nuestro dormitorio. Tiene miedo de ir sola.

Derek soltó un bufido de impaciencia. Entonces levantó a Gwen, la cargó sobre su hombro y él mismo la transportó a nuestra habitación. Adiviné que aquello le provocaría a la pobre Gwen otro ataque de pánico. Pero por lo menos ya estaba de vuelta en la habitación. Esperaba que se distrajera con los libros que Derek me había dado mientras yo estaba ausente... donde fuera que quisiera llevarme ese vampiro.

Su mano fría envolvió de nuevo la mía al sacarme del apartamento. Cuando llegamos a la terraza, me levantó en sus brazos y, saltando al estrecho pasamanos que bordeaba la terraza, se zambulló en el aire. El estómago se me revolvió. Era cien veces peor que la montaña rusa más brutal. Me quedé completamente sin aliento; era increíble que no vomitara todo lo que acababa de comer.

Aterrizó tan suavemente como un gato. Me temblaban las rodillas cuando apoyé los pies en el suelo mientras él se recolocaba la capa.

—Gracias por la advertencia —murmuré entre dientes.

Él ignoró mi comentario y me levantó otra vez, sujetándome con un brazo por la cintura y con el otro por debajo de las rodillas.

—¿A dónde vamos?

No contestó. Tenía la mirada fija al frente y empezó a correr por el bosque. Todo a nuestro alrededor estaba borroso, y lo único que podía hacer era aferrarme a él como si estuviera a punto de ser arrastrada por el viento que nos azotaba, aunque parecía que viajábamos por un bosque muy oscuro.

De repente, redujo la velocidad y un ruido de charla me inundó los oídos. Me estiré para ver a un grupo de cuatro jóvenes vampiras caminando hacia nosotros por el bosque. Miraban a Derek con temor reverencial.

—Derek Novak. —Una de ellas se adelantó e hizo una reverencia. Todas las demás la imitaron.

A medida que se aproximaban, Derek me apretaba aún más contra su pecho. No me gustó la forma de examinarme de una de ellas. Parecía que yo le irritaba tanto que iba a sacarme los ojos.

—¿Me recordáis, mi Príncipe? —Una preciosa vampira de cabello negro dio un paso hacia nosotros—. Soy Heidi.

Derek miró a la vampira como si no fuera más que una molestia.

—Ahora no.

La cara de Heidi se avinagró cuando Derek pasó entre ellas, arrollándolas. Me estremecí al notar todas sus miradas fijas en mí.

Ya me había ganado la ira de Lucas y quizás también la de Vivienne, a juzgar por la cautela con la que siempre me miraba. Pero tenía la sensación de que me granjearía aún más enemigos mientras fuera la musa del príncipe.

Dejando de lado su destreza física, todavía me preguntaba por qué todos lo reverenciaban tanto.

Cuando volvió a ganar velocidad, me agarré a su cuello con las manos.

Pronto abandonamos el bosque y llegamos a un campo abierto de tierra con numerosas marcas blancas. Derek empezó a caminar hacia un edificio de piedra sin ventanas situado en el límite del campo. Sacó un juego de llaves de debajo de su capa, abrió la cerradura y empujó las pesadas puertas de roble.

Me encontré entrando en un salón. Era mucho más grande por dentro de lo que parecía por fuera. Unas tenues antorchas se alineaban en los muros, proyectando sombras sobre paredes y más paredes llenas de armas. Espadas, dagas, incluso algunas armas de fuego. Pero, más que ninguna otra cosa, vi estacas de madera.

—Bienvenida a la armería de La Sombra —dijo Derek, mientras se aproximaba a la pared más cercana a nosotros y descolgaba una estaca que parecía especialmente afilada.

Me la pasó. La miré con cautela, examinando la punta de aspecto desagradable.

—El cuchillo que llevas bajo el vestido es inútil contra los vampiros. Puedes tirarlo.

Sentí cómo la sangre me subía a las mejillas mientras él me miraba con firmeza.

*¿Cómo lo sabe?*

Lo único que pude suponer fue que me había visto aquel día en la cocina.

Asentí tragando saliva. Metí la mano por debajo del vestido, solté el cuchillo de la parte interior de mi muslo y lo puse en una mesa de madera.

—Si le haces un corte a un vampiro solo conseguirás ganarte su cólera —continuó, levantando la mano hacia otra estaca—. Lo mismo que si agitas un palo delante de un perro rabioso. —Tomó mi cuchillo de la mesa y empezó a afilar su estaca con él—. A no ser que tengas garras y la fuerza necesaria para desgarrar su pecho, la forma más segura de matar a un vampiro es traspasarle el corazón con una estaca.

Se puso detrás de mí. Cuando pasó los brazos a ambos lados de mi cuerpo, sentí su pecho contra mi espalda. Cerrando las palmas de sus grandes manos sobre el dorso de las mías, colocó la estaca para que apuntara en un ángulo de treinta grados.

Di un paso hacia adelante para alejarme de él y me quedé mirándolo.

—¿Por qué me enseñas todo esto?

—Porque no siempre estaré cerca. Me sentiré mejor al dejarte sola si sé que tienes

al menos algún conocimiento de cómo defenderte de los de mi especie. Como ya he dejado claro —me miró a mí directamente—, no me gusta que la gente toque lo que es mío.

Sus últimas palabras me molestaron. Iba a corregirle otra vez, recordándole que no era suya, pero me cortó.

—Vamos —me apremió, agarrándome de la mano y empujándome fuera del salón. Caminó conmigo hasta el campo y se detuvo. Me puso una estaca en la mano y dejó caer la otra al suelo.

—Coloca las manos de la forma que te acabo de enseñar.

Me quedé mirando el instrumento de madera que tenía en las manos e intenté obedecerlo.

—Con más ángulo —dijo, inclinándola hacia arriba—. Así.

Se puso más cerca de mí. Me quedé boquiabierta cuando arrojó lejos su capa y se arrancó la camisa. Los músculos de su brazo y de su estómago se tensaron al acercarse a medio metro de mí.

Cuando se aproximó hice un movimiento para bajar la estaca, pero él la sujetó en alto.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, subiendo la voz con impaciencia—. Te acabo de enseñar la posición correcta. Mantenla así.

Mi respiración se volvió irregular y volví a colocar el arma en posición.

Siguió acercándose hasta que el borde afilado de la estaca arañó su piel. Sujetó la punta y movió la estaca hacia arriba. Señaló el área de su pecho, justo encima del corazón, que yo estaba pinchando.

—Una puñalada certera e incluso tú podrías acabar conmigo con una estaca como esta, si aprietas lo suficiente. El truco está en hacerlo con el ángulo correcto para clavarla en el lugar adecuado.

Con un nudo en la garganta, asentí.

Intenté centrarme en el lugar que señalaba Derek pero, para mi vergüenza, descubrí que mi mirada seguía recorriendo su torso desnudo.

—De acuerdo —dije sin aliento. Hice un movimiento para soltar la estaca, pero Derek volvió a tomarme los brazos, manteniendo la estaca contra su pecho.

Sus ojos azul eléctrico centelleaban sin miedo, fijos en los míos. Era casi como si me desafiara a clavársela.

—¿Por qué no me matas ahora? —susurró—. La estaca está afilada. Sería mucho más fácil de lo que crees.

Supongo que era una pregunta perfectamente válida. Pero no estaba segura de que tuviera una respuesta sencilla. Por lo menos, no una respuesta completa. No se me había pasado por la cabeza matarlo en todo el tiempo que llevábamos allí de pie. Ni siquiera una vez.

Me agarró los brazos con más fuerza, haciendo una marca aún más profunda en su piel con la punta de la estaca.

—¿Por qué crees que debería hacerlo? —pregunté.

—¿No te he dado ya suficientes motivos para despreciarme?

Abrí la boca, pero las palabras no me salieron. ¿Despreciarlo? A lo mejor debería despreciarlo. Pero, por motivos que no alcanzaba a comprender, de alguna forma me parecía una palabra demasiado fuerte para describir lo que sentía por él.

Antes de que pudiera responder, me arrancó la estaca de un golpe, y lo siguiente que supe es que me golpeé la espalda contra el suelo. Arrastrándose sobre mí, me aplastó contra la tierra con su pecho, duro como una roca. Me sujetó las muñecas con sus manos y las agarró por encima de mi cabeza mientras sus labios vagaban por mi cuello y se detenían en la parte más sensible, justo detrás de mi oreja. La respiración se me entrecortó al sentir la punta de su lengua fría y después sus colmillos raspándome la piel. La opresión de su cuerpo contra el mío, su ligero perfume de almizcle y el sonido de su pesada respiración volvieron a abrumar mis sentidos.

Al principio estaba demasiado conmocionada para gritar, y mucho menos forcejear.

Intenté liberar mis manos y empujarle lejos de mí pero, después de unos segundos, cuando me di cuenta de que sus colmillos no habían desgarrado mi piel, me atreví a susurrar:

—¿Derek?

Su pecho palpitaba como si ya no pudiera hacer nada más para contenerse y no devorarme.

Separó lentamente su cabeza de mi cuello y se levantó, alejándose de mí.

—No dudes nunca —dijo con voz ronca. Tenía los ojos entrecerrados todavía fijos en mi cuello, casi como si lamentara no haber probado un sorbo cuando estaba encima de mí—. Golpea con la estaca cuando tengas una oportunidad. Porque no tendrás otra.

Me tendió una mano para ayudarme a ponerme de pie y la tomé. Con las manos aún temblorosas, recogí la estaca.

—De acuerdo —dije.

—Ponte otra vez en posición —ordenó, forzándose a apartar la vista de mi cuello y mirándome con decisión a los ojos.

Hice lo que me pedía.

—Separa más las piernas. No... Mucho más.

Puso la mano en mi muslo derecho y lo movió hasta que las abrí de la forma que quería. Cuando me coloqué así, no pude negar que era mucho más fácil sostener la estaca.

Apreté la punta de la estaca contra su pecho hasta que volví a encontrar la marca. En cuanto tuve confianza en encontrarla con él quieto, Derek colocó una capucha de plástico en la punta para enseñarme a encontrar la marca cuando estaba en movimiento. Se movía casi a la velocidad de la luz, y empecé a pensar que era una tarea imposible. Siempre conseguía aproximarse a mí demasiado rápido y demasiado

cerca para que yo encontrara la marca, y logró quitarme la estaca de un golpe.

Pero dos horas más tarde empecé a acostumbrarme. Incluso golpeé la marca dos veces, lo que por lo menos indicaba una mejoría con respecto a mi récord previo de cero veces.

Derek todavía no parecía contento con mis progresos pero, como después de dos horas yo empezaba a mostrar signos de agotamiento, no insistió en continuar.

Me senté jadeando en el suelo, sosteniendo la estaca con la capucha puesta.

Levanté la vista hacia Derek, que estaba volviéndose a poner la camisa y a atarse la capa.

—Todavía tienes mucho que aprender —me dijo.

—Deberías permitir que las otras chicas también tomaran lecciones —dije, mientras levantaba la estaca para dársela.

No dio muestras de haber oído el comentario que acababa de hacer.

—Quédate con esta estaca —dijo mientras me la devolvía—. Y equiparé tu habitación con dos más. Guarda una al lado de la cama, otra en el baño y la última junto a la puerta.

Estaba a punto de repetir mi petición relativa a las otras chicas cuando una voz de mujer sonó al otro lado del campo.

—Derek.

Se giró en dirección al sonido. Era Vivienne. Lucas estaba a su lado. Caminaban rápidamente hacia nosotros, acortando la distancia que nos separaba.

Nada más sentir los ojos de Lucas en mí, instintivamente me levanté y me puse detrás de Derek. Él pareció sentir mi desazón. Su brazo se deslizó por mi espalda hasta reposar en la zona lumbar, atrayéndome más hacia él. Aferrada a su fuerte brazo, me sentí más protegida que nunca delante de Lucas.

Supuse que era una de las ventajas de no haber corregido a Derek cuando me dijo que era suya. Ser suya significaba que estaba a salvo, al menos por el momento.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Vivienne con ojos asombrados, mirando la estaca de mi mano.

—Enseño a mi chica a defenderse. —Derek devolvió una mirada firme a sus hermanos.

«*Mi chica*».

A pesar de que me molestaba que hablara de mí como de una posesión, sentí un extraño cosquilleo en mi pecho al oírlo. Que un hombre como Derek Novak viera algo tan valioso en mí... todavía no tenía ni idea de por qué.

—¿Qué? —espetaron los dos hermanos a la vez.

—¿Por qué la entrenas para luchar? —preguntó Vivienne—. Es una esclava. No tiene sentido.

—Pretendo quedármela mucho tiempo —replicó Derek con calma—. Debe saber cómo defenderse.

—¿Cómo puedes confiar en que no usará eso contra ti? —le soltó Lucas.

—No lo haré. Puedo confiar en ella. —Derek bajó la vista hacia mí—. ¿Verdad, Sofía?

Aquello tenía más de afirmación que de pregunta. Le devolví la mirada.

Confiaba en mí lo suficiente para desnudarse ante mí, para creer que no clavaría esa estaca en su corazón como me acababa de incitar a hacer.

*«Si confía en mí lo suficiente para que no le quite la vida, a lo mejor yo podría confiar en él lo suficiente para creer que él no me quitará la mía».*

Hice una pausa, preguntándome si viviría para arrepentirme de las palabras que iba a pronunciar.

## Sofía

Había llegado la hora de la gira de Derek por la isla. Me condujo de vuelta a su ático con las tres estacas y me dejó en el salón. Vivienne y Lucas, que nos siguieron de regreso, todavía parecían estupefactos por su confianza en mí.

—Ahora tenemos muchas cosas de que hablar —declaró Vivienne, mirándome directamente a mí.

Los ojos de Derek se detuvieron en mí un par de segundos antes de decir:

—Puedes irte, Sofía.

—¿Y hacer qué? —pregunté sin poder contenerme.

—Haz lo que desees, pero quédate en el ático. Tienes a las otras chicas a tu disposición. Encuentra algo que hacer.

Arqué las cejas, aún sorprendida de que confiara en mí después de haber intentado escapar. Estaba a punto de abandonar la habitación cuando me asaltó un pensamiento.

—Vivienne dijo que todavía quedaban habitaciones que podemos... ¿decorar? ¿Puedo quedarme una de esas habitaciones?

Me miró con curiosidad pero, aparentemente, no vio nada malo en mi petición.

—Por supuesto. Seguro que Vivienne se ocupará de ello. ¿Verdad, Vivienne?

Vivienne asintió con la cabeza después de dedicarme una mirada rápida y fugaz.

—Por supuesto.

Incluso Lucas y Vivienne obedecían las órdenes de Derek. De nuevo me pregunté qué era lo que hacía que todos los habitantes de la isla le temieran y honraran de aquella manera.

Me marché, deseosa de alejarme de mis captores y de ver cómo le iba a Gwen. Me abrí paso a través de las pasarelas hasta que llegué a mi habitación. Llamé dos veces.

Se produjo un sonido de pasos apresurados y después una voz desmayada dijo:

—¿Quién es?

—Sofía.

La puerta se abrió al instante. Gwen se quedó en el umbral de la puerta con un libro en una mano, *La Princesita*, creo, y la otra alrededor de mi cuello. Me besó en la mejilla.

—Estoy tan contenta de que hayas vuelto —dijo, casi sin aliento—. ¿Estás bien? ¿Qué ha ocurrido?

—Estoy bien. Él... me enseñó a usar una estaca.

Gwen frunció el ceño cuando empecé a colocar las estacas por nuestro dormitorio: una en el baño, otra al lado de mi cama y la tercera cerca de la puerta,

como Derek me había indicado.

—¿Por qué haría algo así?

—Me dijo que se sentiría menos preocupado al marcharse del apartamento si sé cómo defenderme... Gwen, tengo que darme una ducha.

Me sentía pegajosa después del ejercicio por el que me había hecho pasar Derek. Tomé un camisón limpio del armario, me encerré en el baño y me lavé el pelo. Cuando salí, Gwen estaba tumbada boca abajo en la cama leyendo el libro.

Me envolví el pelo mojado con una toalla a modo de turbante y dije:

—Creo que deberíamos ir a buscar a las otras chicas. Quiero ver cómo les va.

—Yo también. —La cara de Gwen se iluminó.

—¿Sabes dónde las tienen prisioneras?

—Sí. Unas puertas más allá de donde yo estaba encerrada.

Salimos de la habitación y, tomándome de la mano, Gwen me guio por un corredor más allá de la puerta cerrada de los aposentos de Derek, hasta que llegamos a otro corredor con dos guardias paseándose de un lado a otro.

En cuanto nos vieron, vinieron hacia nosotras y nos bloquearon el paso. Gwen me apretó el brazo y se escondió detrás de mí.

—Tengo permiso del príncipe para hacer lo que quiera en este apartamento —dije con confianza.

Los guardias intercambiaron una mirada. Uno hizo un gesto con la cabeza al otro y se fue en busca de Derek, o eso creí. No tenía más opción que esperar. Estudié con detenimiento al guardia que se había quedado.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Pareció sorprendido de que me atreviera a hablarle.

—Adelante.

—¿Quién es Derek Novak exactamente?

—Creía que, después de que consiguieras lo imposible y te ganaras su favor tan rápido, sabrías más sobre él que nadie. Debes haberlo complacido enormemente si mató a un guardia por ti.

Lo miré fijamente.

—¿Qué quieres decir con *complacerlo*?

—¿Qué otra cosa podrías haber hecho desde que llegaste?

Sentí cómo el calor me subía por las mejillas. Hice un gesto de negación. Ahí estaba yo, todavía virgen, siendo objeto de un rumor sobre la noche de placer que había proporcionado al príncipe recién despertado.

—Quieres decir que tú no...

—¡No!

El guardia soltó una risita. Seguía mirándome como si no me creyera, pero me sentí aliviada cuando dejó el tema.

—Me llamo Samuel.

El hombre rubio de complexión delgada y barba incipiente era solo unos

centímetros más alto que yo, aunque me imaginaba que habría tenido veintitantos cuando lo convirtieron.

—Sofía —contesté.

—Como si no lo supiera. —Me guiñó el ojo—. El príncipe es exigente con las mujeres. El hecho de que te preste tanta atención te ha convertido en casi una celebridad por aquí.

No estaba segura de cómo reaccionar a eso. Estaba acostumbrada a ser invisible.

—Para contestar a tu pregunta —continuó—, tu propietario es una leyenda. Derek Novak hizo realidad La Sombra. Muchos vampiros sobrevivieron a los cazadores gracias a su liderazgo. Encontró esta isla, construyó la Fortaleza Carmesí y ganó a Cora, la bruja más poderosa de su tiempo, para nuestra causa. Probablemente sea el vampiro más poderoso del planeta.

Había tantas cosas en esta breve declaración que la cabeza me daba vueltas. Pero, sobre todo, estaba desconcertada con Derek. Sabía que era importante para la isla, pero no me esperaba esta historia.

—¡Increíble!

—Sí, es increíble. —Samuel asintió con la cabeza.

Iba a preguntarle qué quería decir exactamente con "cazadores" e indagar más sobre esa "bruja", pero, antes de que pudiera hacerlo, el segundo guardia volvió. Se encogió de hombros.

—El príncipe me ha dado instrucciones de que, siempre y cuando no abandone el ático, debemos hacer lo que ella diga.

Samuel me dedicó una sonrisa burlona.

—Parece que tenemos una nueva princesa.

—Sam —dijo el otro guardia—, creo que hacerte amigo de la musa del príncipe no es bueno para tu salud.

—Relájate, Kyle. Ella está perfectamente.

Para entonces, Gwen había aflojado las manos con las que se aferraba a mi brazo. Dirigí a los vampiros una mirada divertida. Tenía la extraña sensación de que aquellos dos me iban a gustar.

Nos condujeron por el corredor y se detuvieron frente a una puerta. Sam la abrió y aparecieron las otras chicas. Gwen y yo entramos en la habitación, sin saber muy bien qué esperar. Cuando entramos, tres pares de ojos cayeron sobre nosotras. Sus pálidos rostros reflejaron alivio cuando nos vieron a Gwen y a mí. Aunque éramos desconocidas para ellas, las tres chicas se arrojaron a nuestros brazos.

—¿Estáis bien?

—¿Qué os ha hecho?

—No os ha... forzado, ¿verdad?

—¿Sabéis lo que van a hacer con nosotras?

—¿Volveremos a casa algún día?

—¿Habéis visto lo que hay fuera? ¿Hay alguna forma de escapar?

Nos dispararon pregunta tras pregunta antes que pudiéramos dar una sola respuesta. Intenté tranquilizarlas para poder hablar.

—Estamos bien. No nos ha forzado, ni nos ha hecho daño, ni se ha alimentado de nosotras. Y creo que... no lo hará. Tengo la sensación de que, mientras estemos en esta isla, nuestra mejor oportunidad de sobrevivir es congraciarnos con Derek Novak.

## Derek

Después de dar permiso a Kyle para obedecer las órdenes de Sofía, abandoné el ático con mis hermanos. Primero nos dirigimos a la Fortaleza Carmesí. Vivienne estaba deseando mostrarme cómo la habían fortificado durante los últimos siglos. Lo que antes era simplemente un muro que rodeaba la isla, ahora era el hogar de trescientos guardias y exploradores, vampiros que habían buscado refugio en La Sombra y habían jurado defenderla.

En varios puntos estratégicos de la fortaleza habían construido casas de piedra con torretas en punta jalonando la muralla. Me contaron que varios de los hombres y mujeres pertenecientes a la Élite estaban entrenados para la batalla y eran conocidos como caballeros. Las casas eran suyas, y las usaban cuando eran llamados a cumplir con su deber en la muralla.

La Élite consistía en los veinte clanes originales que habían jurado fidelidad a nuestra familia. Habían luchado y derramado su sangre por nosotros, y habían sido perseguidos por los cazadores hasta que finalmente encontramos santuario en La Sombra. Todos los demás, guardias, exploradores y huéspedes, vinieron cuando la muralla ya estaba construida y el hechizo de Cora proporcionaba protección permanente a La Sombra.

—¿Dónde se alojan los humanos?

—Aparte de las bellezas que nos reservamos en nuestras casas para nuestra diversión, todos los humanos se alojan en Las Cumbres Negras. —Lucas siempre había tenido inclinación por las jovencitas.

—¿Las montañas? —pregunté.

—Dividimos la red de cuevas que encontramos allí entre Las Celdas y las dependencias para los esclavos. Los prisioneros y los cautivos humanos recién capturados son enviados a Las Celdas antes de ser asignados. Los humanos viven en las viviendas de los esclavos. Ellos las llaman Las Catacumbas —explicó Vivienne.

—¿Las Catacumbas?

—Ya veo que has perdido el sentido de la ironía. —Lucas puso los ojos en blanco—. En La Sombra, los vivos son los que residen en Las Catacumbas.

Examiné la altura de la muralla que nos protegía.

—Todo parece estar en orden. No comprendo por qué era necesario despertarme de mi sueño.

—Los cazadores son más poderosos que nunca —explicó Vivienne—. Han avanzado tecnológicamente y tienen el apoyo de personas ricas e influyentes. La Sombra ya no es un secreto en las comunidades de vampiros, y otros aquelarres han amenazado con atacarnos o dejarnos al descubierto si no los acogemos.

Hice una mueca. Aquellos eran los mismos aquelarres que nos habían vuelto la espalda y nos habían abandonado para que muriéramos cuando necesitamos su ayuda contra los cazadores. ¿Ahora nos amenazaban con derramar nuestra sangre si no los salvábamos?

—¿Qué medidas hemos tomado con respecto a este tema?

—Padre se va a reunir con los dirigentes de otros aquelarres. Lo último que oímos es que todos los aquelarres enviarían a sus líderes, o al menos a un embajador, para hablar de un compromiso.

—¿Y tengo que estar despierto durante estas conversaciones porque...?

—Exactamente lo que yo pensaba —murmuró Lucas entre dientes.

Le dediqué una mirada de preocupación, preguntándome cómo era posible que no hubiera madurado ni siquiera un poco en todo ese tiempo. Obviamente, en su cabeza seguíamos compitiendo... no tenía ni idea de por qué.

—Impones respeto en todos los demás aquelarres de una forma que ninguno de nosotros podríamos lograr. Saben lo que hiciste. Te escucharán —afirmó Vivienne—. Y no es solo eso. Realmente, no creo que podamos mantener en secreto La Sombra por mucho tiempo. Ni siquiera con Corrine, que conserva el hechizo de Cora. Los cazadores se preguntan a dónde van todos esos vampiros que desaparecen. Y como necesitamos a los humanos y tenemos que capturarlos solo para mantenernos con vida... no van a esfumarse sin más. Hay agencias de seguridad investigando a todas esas personas desaparecidas. No podemos mantener todo esto así durante mucho más tiempo.

Apreté los puños.

—¿Qué te hizo pensar que yo sabría cómo arreglarlo, Vivienne? Ya hice lo que me tocaba. Os traje a un santuario, tal y como predijo la profecía. ¿Por qué no puede ocuparse de esto cualquier otro? ¿Por qué no Padre?

—La profecía decía que solo tu reinado puede proporcionar verdadero santuario a nuestra especie. La Sombra ha sido un santuario para un número limitado de los nuestros, pero no será un verdadero santuario hasta que encontremos un modo de sobrevivir sin necesitar humanos o...

—¿O qué? —Lancé una mirada severa a mi hermana.

—Debemos acabar con los cazadores de una vez por todas.

Me mofé de ella.

—Estás hablando de una guerra y un derramamiento de sangre que ni siquiera podemos imaginar. ¿Hace cuánto que los guardias de La Sombra no luchan en una batalla real?

Todo lo que obtuve de mi hermana fue su silencio.

Continuamos nuestra visita por la isla, dejando el asunto en el aire. Aquello me preocupó mucho el resto del tiempo que pasé con ellos. No comprendía por qué tenía que presentarme como el líder. Era más joven que muchos de los allí presentes.

Estaba listo para volver a casa y retirarme a mi soledad; no deseaba estar

alrededor de esclavos humanos. Ni siquiera Sofía. Era demasiado humana, un recuerdo de quién había sido yo antes de que me transformaran.

Cuando ya había tomado la decisión de volver a mis dominios, Vivienne me atrajo hacia ella. Me condujo a través de las pasarelas hasta que llegamos a una habitación vacía. Abrió la puerta y vi una mujer inconsciente tumbada en el centro de la cama.

—Era una cazadora, una de las más novatas y débiles. La traje uno de los huéspedes como pago por permitirles a su hermana y a él refugiarse en La Sombra.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —pregunté, incapaz de negar que la mujer que yacía con las extremidades inertes sobre la cama que tenía delante de mí era atractiva.

—Pensé que estarías cansado de beber sangre de una copa y disfrutarías con una comida fresca. —Vivienne sonrió, complacida consigo misma.

Sabía que el hecho de que fuera una cazadora hacía aún más atractiva la perspectiva. Me lamí los labios y me aproximé. Vivienne se lo tomó como una señal de aprobación y salió de la habitación.

—Disfruta —dijo, antes de cerrar la puerta.

No hubo titubeo por mi parte. La oscuridad de mi interior tomó el control de mi ser. Me puse al lado de la mujer, la atraje hacia mí y hundí los colmillos en su cuello. El sabor de la sangre caliente que bombeaba a las venas su corazón todavía vivo era vigorizante. Bebí, decidido a dejarla seca. Todos esos años había odiado ser un vampiro, pero eso era lo que era y no había escapatoria.

Cuando estaba tragando el último sorbo, el que detendría su corazón, tuve un momento de lucidez. Por motivos que no alcanzaba a comprender y que no estaba seguro de querer comprender, me pareció que todo el tiempo que sostuve en brazos a esa hermosa desconocida, alimentándome de ella, había estado traicionando a Sofía.

## Sofía

Las chicas —Gwen, Ashley, Paige y Rosa— y yo estábamos en la cocina preparando la cena. En realidad, lo estábamos pasando bien. Ya les había dicho que no había forma de escapar, al menos hasta que tuviéramos un buen plan, así que hicimos lo que Derek nos sugirió: entretenernos. Vimos una película, leímos libros e hicimos planes para la habitación extra que Derek me había permitido tener. Incluso los guardias, Sam y Kyle, parecían disfrutar con nuestra compañía.

Cuando Derek irrumpió en la casa gritando mi nombre, no tenía ni idea de qué había ido mal. Cuando me aproximé a él, estaba muy asustada.

Estaba de pie en medio del salón, con los músculos tensos y la sangre goteándole por las comisuras de los labios, con el aspecto más amenazador que le había visto jamás. Mientras caminaba hacia mí, sus músculos se tensaban cada vez que tomaba aire.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

Me agarró por los hombros y me levantó del suelo. Gemí para mis adentros, temiendo que otra vez me golpeará la espalda contra la pared. Sin embargo, me empujó sobre un sofá mientras él caminaba de un lado a otro delante de mí. Me agarré a los brazos del sofá, preparándome para el estallido de lo que fuera que ese vampiro me iba a hacer sufrir.

Mirando a Derek, me pregunté si todos los vampiros eran como él. Inquietante. Intenso. Incapaz de reír. Sam y Kyle parecían haber estado de muy buen humor ocupándose de nosotras aquella tarde. Me preguntaba por qué ellos podían estar tan relajados y, sin embargo, los Novak eran tan estirados.

Derek dejó de caminar y se quedó de pie justo delante de mí. Se sentó en el borde de la mesita de café y descansó los codos sobre sus rodillas, con las manos juntas y los ojos bajos.

—Lo que me dijiste aquella noche... en el Santuario, cuando me viste por primera vez... ¿Por qué lo dijiste?

Me costó recordar lo que le había dicho. Su presencia era tan sobrecogedora, tan agotadora que parecía llenar toda la habitación.

—No lo recuerdo.

—Iba a alimentarme de ti —añadió con impaciencia—. Te dije que no podía evitarlo. Tú dijiste...

—... Que reconozco una excusa cuando la oigo y que no deberías hacerte la víctima.

—¿Soy una víctima?

Lo miré fijamente durante un par de segundos, preguntándome si se daba cuenta

de lo demencial que sonaba su pregunta. Yo era la que había sido capturada y hecha prisionera. En un ático impresionante, debía admitirlo, pero estaba prisionera al fin y al cabo. Él era el señor de los vampiros: temido, reverenciado y admirado. ¿Cómo diablos podía ser una víctima?

Lo estudié con detenimiento, preguntándome qué se le pasaba por la cabeza.

—Te has alimentado de alguien.

De nuevo, apretó los puños.

—No era mucho mayor que tú. Dieciocho o diecinueve. Era una cazadora. Era el enemigo. Disfruté chupando cada gota de su sangre. —Levantó sus ojos azules buscando los míos, y una ligerísima sonrisa de satisfacción asomó en sus labios—. La disfruté de la misma forma que te habría disfrutado a ti.

El estómago se me revolvió.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

El dolor crispó sus bellas facciones.

—Porque no quiero disfrutarlo. Echo de menos ser la víctima, pero esa noche... me viste como alguien haciendo el papel de víctima. ¿Por qué?

Lo pensé con detenimiento.

«¿Por qué dije eso?».

A pesar de la presencia amenazadora del vampiro, no pude evitar sonreír cuando el recuerdo de Ben a los doce años me vino a la mente.

Me atreví a poner mi mano sobre la suya antes de responder.

—Porque... Supongo que no creo que seas un esclavo del ser en el que te has convertido. No creo que no puedas controlarte.

Me miró con tal intensidad que empecé a preguntarme si había dicho algo malo. Cuando levantó una mano fría y rozó con ella mi mejilla, se me cortó la respiración. Al principio no estaba segura de lo que hacía pero, entonces, me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y bajó el brazo.

—Eres una maravilla.

Lo miré con el ceño fruncido. Me habían llamado muchas cosas en mi vida. Pero, con toda certeza, maravilla no era una de ellas.

—No comparada contigo —fue lo único que se me ocurrió decir.

—¿Qué quieres decir?

—Los guardias nos contaron que eres una leyenda, el salvador de los vampiros... Parecía bastante impresionante.

Derek apartó la mirada, como si mis palabras lo alteraran.

—Salvador de los vampiros —se burló—. Se supone que tengo que gobernar a los de mi especie. Dicen que mi reino traerá el verdadero santuario para los vampiros. Ni siquiera estoy seguro de que nos merezcamos ser salvados. Después de todo lo que hemos hecho... Después de todo lo que todavía hacemos... —bajó la vista hacia sus pies—. Mira lo que te estamos haciendo a ti.

No sabía cómo responder. Echaba mucho de menos a Ben. No había habido un

solo instante desde mi llegada en el que no le hubiera tenido presente, en el que no me preguntara cómo le afectaba mi desaparición. Me preguntaba cuántos humanos allí cautivos habían sido separados de sus seres queridos.

—¿Cómo... cómo te convertiste en esto? —pregunté.

Su mirada se oscureció. No sabía si iba a responder. Pero entonces, se sentó a mi lado y se aclaró la garganta.

—Mi padre era granjero —dijo—. A eso se dedicaba antes de que nos convirtiéramos en *esto*. Cultivábamos trigo y vegetales. Era una existencia humilde, pero éramos felices. —Hizo una pausa, tragando saliva con fuerza—. Entonces, una noche, Lucas y mi padre fueron a la ciudad a vender nuestra cosecha. Vivienne y yo salimos a buscar leña. Cuando volvimos, nuestra madre estaba muerta, con la sangre chupada hasta dejarla seca. Vivienne juró que había sido una bestia salvaje. Se rieron de mí, pero yo sabía que había sido un vampiro. Por aquel entonces, solo tenía trece años, pero estaba tan seguro de que un vampiro había asesinado a mi madre que encontré la manera de unirme a los cazadores.

—¿Qué son los cazadores exactamente? —No pude evitar interrumpir.

—Humanos que saben de nuestra existencia y se esfuerzan por erradicar nuestra especie. Son familiares afligidos principalmente. Durante cinco años, fui uno de ellos. Abrí los ojos de sorpresa.

—Maté muchos, muchos vampiros. —Una sonrisa amarga se formó en sus labios—. Así que, imagina mi estupor cuando, en mi decimoctavo cumpleaños, mi padre vino a casa convertido en vampiro. Debí haberlo matado. Pero no pude. Era mi padre. Nos transformó a Lucas, a Vivienne y a mí aquella noche. Me convertí en la misma criatura a la que daba caza. La misma criatura que odiaba.

Fruncí el ceño.

—Si odias tanto a los vampiros, ¿por qué luchas para salvarlos? ¿Por qué fundar La Sombra?

Me lanzó una mirada.

—Mi intención nunca fue salvar a los vampiros, Sofía. Los cien años siguientes a mi transformación los dediqué totalmente a salvar a mi familia. El caso es que no podía salvar a mi familia sin salvar a la vez a los que nos ayudaron a sobrevivir. Nunca pensé que La Sombra se convertiría en lo que es ahora.

No podía ni imaginar lo que aquellos años habían supuesto para él y lo atormentado que debía haberse sentido, pero si buscaba que yo reconociera que era víctima de su propia existencia, no pensaba hacerlo. Era demasiado fuerte, demasiado poderoso y demasiado influyente para hacer el papel de víctima.

—Lamento todo lo que has tenido que pasar y... supongo que me siento honrada de que me cuentes estas cosas, pero eres fuerte y eres un líder, tanto si te gusta como si no. Parece que eres el único de este lugar con poder para cambiar las cosas a mejor.

Derek torció el gesto y negó con la cabeza. Entonces el silencio cayó entre nosotros.

No estaba segura de qué esperaba que dijera a continuación, o si esperaba que dijera algo.

Divisé a las cuatro chicas espiando desde la puerta. Las cuatro tenían una expresión ansiosa en el rostro mientras nos miraban. Cuando le oyeron entrar en la casa del árbol y gritar mi nombre, seguro que pensaron que finalmente se iba a abalanzar sobre mí.

Miré de nuevo a Derek, sentado con la cabeza apoyada en una mano y frotándose las sienes. Las comisuras de sus labios todavía estaban teñidas de sangre.

El ambiente estaba muy cargado, con las chicas de pie en la puerta esperando a que Derek saltara sobre mí en cualquier momento y él rezumando intensidad.

Con la esperanza de aliviar parte de la tensión, tomé un pañuelo y me levanté. Con mucha cautela, puse una mano sobre su ancho hombro. Levantó la vista hacia mí, tomó el pañuelo y se limpió la boca. Pasó por alto una pequeña gota, así que saqué otro pañuelo. La sorpresa surgió en su cara cuando se la limpié.

Desvié los ojos y miré alrededor. La pantalla plana de televisión llamó mi atención. Aparte del teléfono, no había visto a Derek interactuar con ningún objeto tecnológico de la casa del árbol. Me preguntaba si sabría lo que era la televisión.

Tomé el mando a distancia y la encendí; luego me volví para ver la reacción en su cara. No pude reprimir una sonrisa cuando la fascinación brilló en sus ojos.

—¿Qué es eso? —preguntó, poniéndose de pie y acercándose a la pantalla.

—Un espejo mágico —bromeé, antes de intentar explicarle lo mejor que pude lo que era un aparato de televisión. Le enseñé a usar el mando a distancia y pronto aprendió a hacerlo solo. Me acerqué a un armario situado en la esquina de la habitación que contenía una colección de películas bastante extensa. Las chicas y yo las habíamos descubierto aquella noche.

—Derek —llamé.

Apartó la vista del televisor para mirarme. Le hice un gesto y señalé las estanterías de DVD. Tomé uno al azar del estante, divertida al comprobar que era *La noche de los muertos vivientes*, y se lo puse en la mano.

—¿Qué es esto? —preguntó, arrugando las cejas mientras examinaba las imágenes de la cubierta.

—Es una película. Si la insertas en el reproductor, el televisor mostrará imágenes en movimiento y oirás sonidos. Cuenta una historia. Me imagino que es un poco como los teatros de tu tiempo.

Hizo un movimiento para acercarse al televisor, pero le sujeté el brazo y lo retuve.

—Espera, esa es una película de terror. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que ya hay suficientes horrores a nuestro alrededor...

Tomé el DVD y lo devolví al estante antes de examinar el resto de los estantes del armario con más detenimiento. Había algunas películas recientes, pero la mayoría eran clásicos. Pensé que un clásico sería un buen modo de comenzar para Derek. Pero no tenía ni idea de qué película elegir. ¿*De suspense*? ¿*Romántica*? ¿*De misterio*?

Al final no tuve que escoger por él. Se agachó y empezó a examinar y leer todas las cubiertas. Después de diez minutos, había limitado su elección a dos opciones. *Chicago* y *El padrino*. Me di cuenta de que eran un reflejo de quién era él como persona: un músico y un asesino cuya lealtad hacia la familia estaba por encima de todo. Atormentado, con la oscuridad cerniéndose sobre él.

Yo ya había visto las dos, así que no me importaba por cuál se decantaba. Al final se decidió por *El padrino*. Me tomó la mano y me llevó hacia el televisor. Lo observé mientras insertaba el DVD al revés. Antes de que cerrara la bandeja, le sujeté la mano.

—Así —dije, corrigiéndolo y cerrando la bandeja.

Entonces nos pusimos en pie y le contemplé mientras manejaba el mando a distancia, hasta que la película apareció en la pantalla.

Ahora que ya lo habíamos preparado todo, me di perfecta cuenta de lo extraño de la situación.

«*Estoy a punto de tener una cita con cine junto a un vampiro... ¡Un vampiro!*».

Solo pensar en la palabra me parecía una locura.

Sin embargo, no tuve mucho tiempo para reflexionar sobre ello. Derek estaba impaciente por empezar; aparentemente, incluso demasiado impaciente para esperar a que caminara por mí misma hasta el sofá. Me izó y me llevó en brazos. Después de dejarme entre los cojines, se reclinó a mi lado.

Cuando pulsó el botón reproducir del mando a distancia, me giré y miré hacia la puerta. Estaba vacía. Me imaginé que las chicas ya se habían tranquilizado, dado que el peligro había pasado, y se habían marchado a entretenerse sin mí, dejándome a solas con Derek.

Seguí observando al vampiro durante toda la película. Me vio mirarle una o dos veces y me sostuvo la mirada por unos instantes, pero luego volvió a quedarse pegado a la pantalla. La verdad era que estaba mucho más interesada en mirar a Derek que en la película. Todavía me maravillaba pensar que provenía de una época tan distante.

Cuando terminó la película, Derek tomó la segunda que había elegido.

—Espera —dije. Me miró con un gesto de interrogación—. Tengo una idea mejor. Me levanté, le tomé la mano y caminé con él hacia la puerta.

—Creo que Vivienne ha terminado las obras de tu sala de música. —Lo conduje por el corredor y nos detuvimos delante de la sala de música. El placer en su mirada cuando vio la sala era casi adorable, como cuando a un niño le muestran una habitación llena de sus juguetes favoritos.

—La acabó tan rápido —susurró suavemente mientras entraba y echaba un vistazo a los instrumentos.

—Tu hermana te quiere de verdad. —Había un ligero tono de amargura en mis palabras. Derek tenía una familia que adoraba el suelo que él pisaba, y todo lo que yo tenía era una familia que me había abandonado, dejándome al cuidado de otros.

Se sentó frente al gran piano negro y dio unos golpecitos al banco que había a su

lado.

—Siéntate.

Con él nunca había peticiones, solo órdenes. Puse los ojos en blanco, porque todavía no me había acostumbrado a que me dijeran lo que tenía que hacer. Amelia y Lyle Hudson nunca prestaron mucha atención a lo que hacía, siempre y cuando no metiera en problemas a sus hijos o a mí misma. Ben tampoco era autoritario. Era una cosa de Derek a la que pensé que nunca me acostumbraría pero, aun así, me encontré sentada a su lado mientras tocaba una melodía que me dejó sin aliento.

A mitad de melodía, se me ocurrió que ese era exactamente el efecto que Derek Novak tenía en mí: de una forma u otra, siempre me dejaba sin aliento.

## Derek

Parecía tan en paz, tan inocente mientras dormía... No recordaba ninguna otra mujer además de Sofía Claremont que tuviera ese efecto en mí. Era frágil y vulnerable y, sin embargo, también había en ella fortaleza y resistencia. Acababa de entrar en mi vida pero, de alguna manera, sentía como si la conociera desde hacía mucho tiempo.

Estaba agradecido por su forma de escucharme y de intentar tranquilizarme después de mi tempestuoso estallido. Pero, al mismo tiempo, me sentía frustrado. Dentro de la sala de música me escuchó dejarme llevar por mi pasión por la música. Me escuchó hasta que el agotamiento y el sueño me robaron su atención. Tumbada sobre el banco de madera acolchada, era un festín contemplarla con el vestido subiéndose por esas largas piernas blancas como la leche, con su pelo castaño rojizo deslizándose por el borde del banco y sus labios de color rosa ligeramente entreabiertos mientras respiraba. El estómago se me encogía solo con mirarla, y me preguntaba cómo se permitía ser tan vulnerable estando en compañía de alguien como yo, alguien que podría perder el control en cualquier momento y destruirla.

Pero, de alguna manera, en lo más profundo de mi ser, sabía que nunca podría hacerle daño, porque nunca me lo perdonaría. Es posible que no tuviera suficiente autocontrol para evitar alimentarme de otras, pero con Sofía no me lo podía permitir. Se había convertido en mi vínculo con la humanidad, y estaba claro que, si la destruía, eso sería también mi ruina.

La levanté con cuidado, percibiendo intensamente cuánta piel de su cuello y de sus hombros quedaba expuesta a mis ojos. Cómo su olor se convertía en un señuelo para mí. Pero esa vez me resultó más sencillo contenerme. Había conseguido convertirse en algo demasiado valioso para mí.

La deposité en la cama redonda cubierta con sábanas rosas y pieles blancas, al lado de Gwen. Una sonrisa brotó en mis labios cuando salí de la habitación. Con Sofía en mi vida, parecía que finalmente había encontrado el norte. Mientras la tuviera conmigo tenía a alguien que me mantendría con los pies en la tierra, alguien que me guiaría.

Aunque solo fuera por Sofía, tenía un motivo para continuar despierto.

Sin ningún deseo o necesidad de perderme en el sueño, regresé al salón y decidí ver la segunda "película" que Sofía me había enseñado. Estaba asombrado de los artilugios que la sociedad había logrado crear a lo largo de los años. Nunca los habría creído posibles en mi época.

Después de que acabara *Chicago*, elegí otra película del armario. Transcurrieron horas mientras veía una película tras otra, emocionado con las vidas y las historias

que retrataban. Tuve que recordarme varias veces lo que Sofía me había dicho: no era real, tan solo actores haciendo un papel, como en los teatros de mi época.

Cuando llegó la mañana, estaba ansioso por ver cómo estaba Sofía. Llamé a su puerta con los nudillos, pero no me esperaba ese silencio por respuesta. Llamé de nuevo. Nada. El corazón se me encogió al suponer lo peor. Estaba seguro de que, a pesar de mis advertencias, había intentado escapar de nuevo.

Abrí la puerta de golpe y miré por toda la habitación. El olor a sangre penetró en mi nariz y me sentí aturdido al descubrir que mi primer instinto no fue el hambre, sino una sobrecogedora necesidad de confirmar que Sofía no había sufrido ningún daño.

Cuando la vi me inundó una extraña mezcla de alarma, preocupación y sentimiento protector. Estaba sentada en una esquina del dormitorio, sujetándose las piernas fuertemente contra el pecho y temblando. Sus ojos verdes no podían ocultar el terror.

Sabía que algo iba mal, pero ni siquiera era capaz de empezar a imaginar qué podía haber provocado aquella reacción.

—¿Sofía? —Me arrodillé delante de ella e intenté apartarle el pelo de la cara. Ella se encogió con mi tacto, en crudo contraste con la noche anterior, cuando se había sentado tan cerca de mí en el sofá y mientras tocaba el piano.

Una sensación de malestar me revolvió el estómago mientras una posibilidad tras otra me inundaban la cabeza.

—¿Qué ha ocurrido, Sofía?

Sus labios temblaban tanto que tuve la certeza de que no la entendería aunque respondiera a mi pregunta. Entonces noté que apretaba algo en el puño fuertemente cerrado. Haciendo caso omiso de su temblor, le abrí las manos.

Era un mechón de cabello rubio.

De nuevo recorrí con la vista el amplio dormitorio. Estaba vacío, a excepción de Sofía.

La mandíbula se me tensó al adivinar lo que había ocurrido. Me dirigí al baño. La puerta se había quedado entreabierta. La empujé.

Me empezó a consumir una furia que no había sentido en siglos. El cuerpo de Gwen yacía sin vida en la bañera, cubierto de agua ensangrentada. Había marcas de mordiscos en sus muñecas. Alguien había bebido su sangre hasta dejarla seca.

Era una afrenta deliberada hacia mí y una amenaza directa hacia Sofía.

Llamé a los guardias a gritos. Kyle llegó corriendo unos instantes más tarde, ahogando un grito cuando vio a Gwen.

—¿Se supone que vigiláis mi casa! ¿Cómo ha ocurrido esto? —Gruñí, tratando de recobrar la compostura.

—Señor, yo... no lo sé... yo...

Con un movimiento rápido, lo levanté contra la pared. Le miré a los ojos y vi dignidad. A diferencia de Jonas, este no iba a rogar por su vida. Sabía que era

inocente, y yo también lo sabía.

Me eché hacia atrás y aflojé las manos.

—Quien haya hecho esto morirá. Descubre quién me ha insultado de esta forma.

Me dirigí hacia Sofía e, ignorando su forcejeo, la levanté en mis brazos y la saqué de la habitación. No sabía a dónde llevarla, pero no podía dejarla allí.

Cuando se convenció de que no la iba a soltar, se relajó en mis brazos y enterró la cara en mi pecho antes de dar rienda suelta a sus emociones contenidas. Las lágrimas empezaron a deslizarse por su rostro encantador, y yo no deseaba otra cosa que arrancarle el corazón a la persona que le había hecho pasar por todo aquello.

Sin embargo, seguía negándome a creer la verdad: solo había una persona en La Sombra que se atrevería a cometer una estupidez tan peligrosa como esa.

Mi propio hermano, Lucas.

## Sofía

Todo sucedió como en una imagen borrosa. Sentí cómo me agarraban los fuertes brazos de Derek. Oí su conversación con Vivienne antes de que decidieran llevarme a ver a Corrine, la bruja de Santuario. Vi la agitación en el rostro de Derek, con su aroma embriagador envolviéndome mientras me acurrucaba contra él.

Tenía conciencia de todo ello pero, al mismo tiempo, estaba atrapada en un recuerdo, reviviendo cada sensación espeluznante.

Me habían arrullado para que me durmiera con una melodía encantadora y me despertaron con una pesadilla terrorífica.

La mano de Lucas me cubría la boca y todo su peso descansaba sobre mí, impidiéndome respirar. No tenía ninguna oportunidad de alcanzar la estaca que estaba al lado de mi cama. Su mano libre subía por mi muslo y, cuando me encogí, él sofocó una risa.

—Algún día te poseeré, Sofía —me susurró al oído—. Me proporcionarás tanto placer... Y, cuando acabe contigo, saborearé tu dulcísima sangre.

Pasó su mano por mi cintura y la deslizó por mi espalda. Cuando extendió sus garras, me asaltó un dolor como no había sentido nunca. Mientras me arañaba la piel con sus uñas, ahogó mis gritos con la palma de la mano que me había puesto en la boca. Tenía la espalda ardiendo. Las lágrimas se me saltaban de los ojos.

Presionó su boca contra mi pecho, mi cuello, mi mandíbula y mi mejilla. Las palabras salían como un siseo de sus labios.

—Pero no te preocupes, mi frágil ramita. Ya he tenido mi ración de sangre por esta noche. Solo quería advertirte de lo que te espera. Ya sabes, recordarte quién te encontró... y quién es en realidad tu dueño.

Mientras seguía tapándome la boca con la mano, Lucas se subió a la cama, arrodillándose a horcajadas sobre mis caderas y mirándome con una sonrisa maniaca en el rostro.

—No te acostumbres demasiado a mi hermano, Sofía, porque piense lo que piense él, eres mía. Y si se te ocurre la brillante idea de contarle a Derek nuestro pequeño encuentro, considera esto como un aviso. —Extrajo algo del bolsillo de su chaqueta. Era un mechón de cabello rubio. Los ojos se me abrieron de terror. Comenzó a pasar las puntas de las hebras de pelo por mi barbilla—. Tengo un regalo para ti esperándote en el baño. Antes de gritar pidiendo ayuda, te sugiero que eches un vistazo... a no ser que, por supuesto, quieras más regalos míos...

Con esas palabras, salió de la habitación, dejando allí el mechón de cabello. Temblando, lo agarré y salí de la cama. Caminé despacio hacia el baño, temiendo el "regalo" que podía haberme hecho.

Cuando abrí la puerta del baño y encontré el cuerpo de Gwen, sentí la garganta tan seca que ni siquiera pude gritar. Retrocedí a una esquina, paralizada por el terror.

Me di cuenta de que no importaba lo hermosa que fuera La Sombra por fuera, era solo una máscara que ocultaba su oscuridad.

Me había engañado creyendo que estaba a salvo. Era la mentira más grande que me había contado a mí misma en muchos años.

## Derek

—Está herida —fue lo primero que dijo Corrine cuando irrumpí a través de las puertas de Santuario con Sofía todavía temblando en mis brazos.

Mientras la seguía a uno de los aposentos de Santuario, me preguntaba de qué estaría hablando la bruja. Me dirigí a la cama que había en medio de la habitación y tumbé allí a Sofía. El estómago me dio un vuelco cuando vi la cantidad de sangre que había en una de mis manos. Su sangre. Mi deseo por ella debería haberme consumido. Querer saborearla formaba parte de mi naturaleza, pero mi voluntad de hacer las cosas bien con ella dominó el resto de mis anhelos.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Corrine.

Ignoré a la bruja y di la vuelta al cuerpo inmóvil de Sofía para colocarla boca abajo sobre la cama. No hizo ningún intento de detenerme cuando rasgué la parte de atrás de su vestido. Las garras le habían recorrido la espalda en toda su longitud, grabando profundos cortes en su carne. Me pregunté cómo alguien tan frágil como ella podía soportar esas heridas sin desmayarse.

—¿Quién te hizo eso, Sofía? ¿Quién mató a Gwen?

Sofía enterró la cara en la almohada. Extraje la daga de mi manga y, sin dudar un instante, me hice un corte profundo en la palma de la mano. Agarré el brazo de Sofía y la incorporé para sentarla. Ella gimió de dolor.

—Derek... —Vivienne habló detrás de mí—. Ya está sufriendo bastante.

Ni siquiera había notado que mi hermana nos había seguido hasta allí.

—No hay tiempo —dije—. Debe cicatrizar rápido. No sabemos cuánta sangre ha perdido ya.

En mi interior me culpaba por no haber visto sus heridas cuando todavía estábamos en su habitación. Presioné mi palma sobre la boca de Sofía y puse la otra mano en su nuca.

—Bebe —ordené.

Me sentí aliviado cuando cedió sin oponer resistencia. A lo mejor solo deseaba que cesara el dolor, y sabía muy bien que con mi sangre en su cuerpo se aceleraría el proceso de cicatrización. No me importaba. Mientras sintiera su suave boca sorbiendo la sangre de mi palma, me daba por satisfecho. No contribuyó demasiado a reducir la furia que había dentro de mí, pero hizo maravillas para aliviar la preocupación que sentía por su aflicción.

Una sensación de alivio me sacudió cuando los cortes de su espalda comenzaron a cicatrizar. Ella debió sentirlo, porque dejó de beber de mi palma. Estaba tan alterado por lo que le había ocurrido que quería que siguiera bebiendo, como si mi sangre pudiera arreglar todos sus problemas. Sin embargo, el tajo de mi palma se cerró y ella

se limpió la sangre de la cara con su brazo. Quería ver en sus ojos el destello de luz que la devolvería a la vida, cualquier indicio de que su fuego interior no se había apagado. Sin embargo, su cabeza apoyada en la almohada con la mirada en blanco me decía lo contrario.

—¿Qué le has hecho? —Corrine me lanzó una mirada de sospecha, dejando claro que no confiaba en mí como lo había hecho Cora.

—Yo no le hice nada. La encontré así cuando fui a verla esta mañana.

—Otra de las chicas de su harén apareció muerta, desangrada en su baño —añadió Vivienne.

Corrine continuó analizándome.

—¿Y tú no has hecho esto?

La miré con ferocidad.

—¿No me oíste la primera vez, bruja?

—¿Puedes culparme por preguntar? Cuando despertaste le echaste un vistazo y la arrojaste contra una columna, preparado para devorarla. Quién sabe cuántas cosas despreciables tienes pensado hacerle...

—Corrine, él no hizo esto. —Vivienne habló sabiendo que, si no lo hacía, no podría contenerme y mutilaría a la bruja por su insolencia.

—Bien. Entonces, ¿quién lo hizo? —Corrine arqueó una ceja—. Los vampiros me ponéis enferma.

No estaba tan seguro de que estuviera equivocada, pero la hipocresía de la bruja me estaba poniendo de los nervios.

—Si nos odias tanto, ¿por qué nos sirves? ¿Por qué nos proteges?

—Tu especie me capturó como hicisteis con esta chica. No tuve elección en ese asunto.

Eso era nuevo para mí.

—¿Es cierto, Vivienne?

—Necesitábamos una bruja para mantener vivo el hechizo... —intentó explicar Vivienne.

Debía estar volviéndome loco porque dije con toda seriedad:

—Eres libre para marcharte cuando lo desees, bruja. Nadie te detendrá. Tienes mi palabra.

—Derek —llamó Vivienne con voz entrecortada—. No podemos...

—Cállate, Vivienne. —Levanté la mano para silenciar a mi hermana. Me quedé mirando la cara de estupefacción de Corrine—. Ya no eres una prisionera de La Sombra, Corrine. Te puedes ir hoy, si lo deseas. Incluso te acompañaré yo mismo al puerto.

Estaba esperando a que descubriera su farol. Era la descendiente de Cora y, si en algo se parecía a su antepasada, nadie podría haberla retenido en un lugar contra su voluntad. Estaba allí por una razón y, ciertamente, no era porque nosotros la tuviéramos encerrada.

Corrine me miró fijamente durante unos segundos con los labios sellados. Entonces una pequeña sonrisa asomó en su cara.

—Ahora me doy cuenta de lo que Cora vio en ti.

Vivienne se adelantó, parecía totalmente confusa.

—Corrine... ¿no te marcharás? Has estado martilleándonos con la historia de que estás retenida contra tu voluntad desde que llegaste.

—Eres realmente adorable, ¿verdad Vivienne? Heredé cientos de años de poder y conocimientos de Cora y de todos sus descendientes. ¿Realmente piensas que puedes retenerme prisionera con cuatro muros o con una jaula? —suspiró Corrine—. Ahora volvamos al asunto que tenemos entre manos. Si debo descubrir lo que ocurrió, no puedo teneros a ninguno de los dos merodeando y amenazándola.

—Yo nunca la amenazaría —solté.

—No te engañes, Derek. Tu sola presencia ya es una amenaza para ella. Ahora, marchaos. ¡Fuera!

Lancé una mirada penetrante a Sofía, sintiendo como si me arrancaran algo de mi interior.

—Haz todo lo posible para que mejore. Simplemente... arréglala.

Una chispa de confusión apareció en los grandes ojos castaños de Corrine. A lo mejor se preguntaba por qué me importaba tanto, pero no abordó el tema y, en su lugar, nos empujó a Vivienne y a mí fuera de la habitación como si fuéramos ganado.

—Podéis encontrar la salida solos. Haré que un guardia os avise cuando esté preparada para volver al Pabellón.

Me quedé de pie fuera mientras Corrine daba un portazo en nuestras caras. No me moví de mi sitio, resuelto a quedarme allí y esperar hasta que Sofía estuviera curada.

Vivienne me tomó la mano y me la apretó.

—Sofía va a ponerse bien. Corrine estaba a punto de graduarse en Psicología cuando la arrastramos hasta aquí. Sabrá cómo ayudar a Sofía.

—No me iré hasta que sepa que está curada.

Mi hermana me conocía demasiado bien para saber que, una vez que decidía hacer algo, era terco como una mula. Nada de lo que dijera me convencería para abandonar ese lugar.

—Si me necesitas, estaré en Las Residencias supervisando las investigaciones. Descubriremos quién lo hizo, Derek.

Me crucé de brazos. La culpa y la vergüenza me invadieron cuando Vivienne me dejó allí, deprimiéndome solo. No se me ocurría nadie capaz de hacer eso, a excepción de Lucas. Pero no tenía pruebas e, incluso si las tuviera, no creía que pudiera hacer nada. Lucas era mi hermano y daba igual la importancia que Sofía tuviera para mí, la fuerza de la sangre era superior a todo.

## Sofía

Corrine se lo tomó con calma conmigo. Me dio a beber agua y se lo agradecí, porque todavía tenía fresco el sabor de la sangre de Derek en mi boca. Tuvo mucho cuidado de no presionarme u ordenarme las cosas, que era exactamente lo que Derek habría hecho de haber estado bajo su cuidado.

Me ofreció un conjunto de ropa limpia para cambiarme. Me sentí muy aliviada cuando me trajo unos *jeans* y una blusa. Era agradable ver algo que me pondría en mi vida anterior. Los vestidos y las faldas que me habían proporcionado en la casa del árbol de Derek eran bonitos y muy femeninos, pero parecía que la única razón para ponérmelos era que los vampiros pudieran acceder fácilmente a mi cuerpo, algo que Lucas ciertamente había aprovechado.

Me puse los *jeans* dándome cuenta de lo irracional de mis pensamientos. Para empezar, no era como si me pusiera *jeans* para irme a la cama. Aún así, el tacto acogedor y ajustado del tejido sobre mis piernas me proporcionó un atisbo de consuelo.

*«Al menos no tendré que sentir el tacto de las manos de Lucas sobre las piernas desnudas».*

Me estremecí, recordando la forma en que me había tocado. Supe que no iba a ser la última vez. Lo que más me aterrorizaba era lo desvalida que me sentí en aquel momento. No quería volver a sentirme así nunca más.

—¿Te gustaría hablar de lo sucedido? —preguntó Corrine.

Me senté en el borde de su cama y ella acercó una otomana para sentarse justo enfrente de mí. Señaló un cuenco con fruta que había en la mesita de noche.

—Si estás hambrienta...

Negué con la cabeza.

—No, gracias.

Agradecí de verdad la forma en que me estaba tratando. Se comportaba como la hermana mayor cariñosa que nunca tuve.

—¿Qué ocurrió, Sofía? Te prometo que, cuentes lo que cuentes, no saldrá de esta habitación si tú no quieres.

—No lo recuerdo —mentí. Recordaba hasta el detalle más nimio—. Cuando desperté ya tenía los cortes en la espalda y el mechón de pelo de Gwen en la mano. Me dirigí al baño y... —sentí que me ahogaba al recordar el final de Gwen—. No se merecía morir.

Sabía que tenía que proteger a las otras chicas de lo que le había ocurrido a Gwen. La amenaza de Lucas aún resonaba en mis oídos. No dudaría en destruirnos a mí y a las demás aprovechando la primera oportunidad que tuviera.

—Tienes razón. No lo merecía. —Los ojos castaños de Corrine me miraron con firmeza—. Sofía, no puedo ayudarte si no eres honesta conmigo. ¿Fue Derek el que te hizo esto?

—Ya te dijo que no fue él.

—Sí, pero quiero oírlo de tu boca.

Me sorprendió el sentimiento de protección que sentía hacia Derek. Casi me sentí insultada porque alguien insinuara que era capaz de hacer eso.

—Si Derek lo hizo, tampoco sería un escándalo, ¿verdad? Después de todo, somos sus esclavas. ¿No se le permite hacer lo que le plazca con nosotras? El único motivo por el que esto es tan importante es porque lo hizo otro, y eso es un gran insulto para Derek.

Corrine sonrió, casi como si estuviera orgullosa de que hubiera llegado a esa respuesta por mí misma. Me sentí como si estuviera jugando con mi mente.

—Da la impresión de que le importas mucho al príncipe. Parecía afligido porque te encontraras en este estado.

Permanecí en silencio. Me asustaba lo que ocurriría a continuación. Deseaba ardientemente creer que le importaba a Derek lo suficiente como para elegirme a mí por encima de su hermano, pero si había soportado durante cientos de años ser una criatura a la que odiaba solo para salvar a su familia, ¿por qué me iba a elegir a mí antes que a Lucas?

Muy probablemente, Corrine vio que no iba a llegar a ninguna parte con esa línea de interrogatorio, así que intentó un abordaje diferente.

—¿Te parece bien contarme qué te ha parecido todo este tiempo que llevas en La Sombra? Tengo bastante curiosidad por saberlo.

No encontré ninguna objeción en hablar de eso, y pronto me descubrí abriéndome a ella. Derramé todas las sensaciones que todavía tenía frescas en la memoria, todos mis miedos y aprensiones, e incluso momentos robados de deleite y maravillas. Le conté cuánto echaba de menos a mi mejor amigo y lo preocupada que estaba por él. No sé por qué lo hice. Quizá solo fuera la necesidad de tener una amiga, una aliada. Lo único que le oculté fue lo que Lucas me había hecho y la amenaza que me había lanzado si le contaba a alguien lo ocurrido.

Sin embargo, me hice a mí misma una promesa mientras hablaba con Corrine. Me prometí que Lucas no se iba a librar de las consecuencias de lo que le había hecho a Gwen. «*Tarde o temprano, pagarás*».

## Derek

Me puse en pie nada más abrirse la puerta. Dejé escapar un suspiro de alivio cuando Sofía salió de la habitación, con un intento de sonrisa en sus labios cuando me vio. Con auténtico alivio, quise atraerla hacia mis brazos y besarla allí mismo, pero luché contra mi deseo por miedo a dañarla. Me reprimí y dejé que ella marcara el ritmo. No creo que se diera cuenta del efecto que provocó en mí cuando se acercó y me tomó la mano, entrelazando sus delicados dedos con los míos antes de alzarla y besármela en el dorso.

No comprendí totalmente por qué lo hizo, pero me lo tomé como una forma de asegurarme que todavía se sentía segura conmigo, que elegía confiar en mí. Me sentí honrado y obligado por el gesto. La miré fijamente unos instantes, regalándome la vista con la delicadeza de sus facciones, adorando cada pedazo de Sofía mientras apretaba sus manos, atesorando la calidez que emanaba de ellas.

El examen de mi bella cautiva se vio interrumpido cuando Corrine se aclaró la garganta.

—¿Puedo hablaros en privado... mi Príncipe? —Hizo uso del título como si fuera un insulto.

Torcí el gesto, odiando la idea de tener que soltar la mano de Sofía, pero la curiosidad acerca de lo que iba a decir la bruja pudo más. Indiqué a un guardia que se quedara cerca de Sofía.

—¿Estarás bien? —pregunté a Sofía en un susurro ahogado.

Sofía asintió.

—Vete.

Entré en los aposentos de Corrine y ella cerró la puerta tras nosotros.

—Debo admitir que al principio no entendía qué habías visto en ella. No entendía qué tenía Sofía Claremont de especial, pero ahora ya lo sé.

Me incliné hacia adelante, interesado.

—No tengo plena certeza, pero creo que tiene una afección que me gustaría estudiar más en profundidad. Me gustaría que viniera a mí a diario. No llevará mucho tiempo. Todo lo que necesito es una hora o dos al día.

No confiaba totalmente en la bruja, pero me intrigaba su repentino interés en Sofía.

—¿Qué afección?

—No es nada de lo que haya que preocuparse. No es nada mortal. Sin embargo, si tengo razón, entonces has encontrado un gran partido en esa jovencita. No hay muchas como ella.

Me dijo algo que ya sabía. Dudaba que hubiera nadie parecido a Sofía. Por mucho

que quisiera saber más de esa "afección" que supuestamente tenía Sofía, me preocupaba más el otro asunto que teníamos entre manos, mucho más apremiante.

—¿Te ha dicho quién lo hizo?

—Asegura que no se acuerda.

—¿La crees?

Corrine sacudió la cabeza.

—No. Creo que está protegiendo algo... o a alguien.

—¿Por qué iba a proteger a quienquiera que hiciera eso?

—Quizás no es a su asaltante a quien está protegiendo. —Corrine se encogió de hombros y se levantó—. Sugiero que te asegures de que está protegida en todo momento. También te sugiero que no la bombardees con preguntas sobre lo que ocurrió. Cuando esté preparada, ella misma te lo contará. Deja de forzarla a hacer cosas solo porque eres el dirigente de este maldito reino y tu palabra es la ley. Respétala y déjala sentir que tiene elección.

Quise defenderme, decirle a Corrine que nunca había forzado a Sofía a hacer nada contra su voluntad, pero sabía a qué se refería. Hablaba a Sofía con órdenes, aprovechándome de su evidente temor hacia mí para obligarla a cooperar. Siempre me intentaba convencer de que veía a los humanos como iguales, si no superiores a los vampiros y, sin embargo, no trataba a Sofía como a una igual. La trataba como lo hacía todo el mundo en La Sombra: como una cautiva, una esclava.

Miré largamente a Corrine antes de asentir con un gesto.

—Gracias. Volverá mañana... —Me dirigí hacia la puerta y me detuve justo antes de girar el pomo—. Bueno, si quiere.

La bruja sonrió.

—Que tengas un buen día, Derek.

## Sofía

Cuando nuestros ojos se encontraron, él desvió la mirada, casi como si se avergonzara de algo. En el fondo era... lindo. Una palabra que nunca pensé que usaría para describir a Derek Novak. Permaneció en silencio todo el camino de vuelta a la casa del árbol, sumido en sus pensamientos y sin mirar hacia mí.

—Dijiste que querías darme más lecciones de autodefensa —le recordé finalmente, rompiendo el silencio que flotaba entre nosotros.

—Sí. —Hizo una pausa—. Pero si no quieres que...

Fruncí el ceño.

«¿Desde cuándo le importa lo que yo quiera?».

—Quiero que lo hagas.

La seriedad de nuestra conversación estaba empezando a pesarme. Quería volver a lo agradable que había empezado a ser nuestra relación antes de Lucas. Aún me sentía conmocionada, aterrorizada por lo que Lucas era capaz de hacer. Pero, gracias a Ben, obsesionarme con mis penas no era uno de mis defectos. Deslicé mis manos en las de Derek.

—Me gustaría que permitieras que las otras chicas se unieran a nosotros —dije, apretando ligeramente sus manos.

El gesto pareció aligerar un poco su ánimo. Sus hombros se relajaron y sus ojos se suavizaron.

—Por supuesto. —Dejó de caminar y acercó mis manos hacia él. Cuando empezó a hablar, sopesó cuidadosamente cada palabra—. Creo que, de ahora en adelante, deberías a empezar a dormir en mis aposentos.

Estaba desconcertada. Lo estudié con detenimiento, intentando leer entre líneas. Entonces una sonrisa pícaro asomó a mis labios.

—¿No crees que vamos demasiado rápido? —dije, fijando mi mirada exclusivamente en él. Estaba bromeando con su propuesta, pero la verdad era que tenía bastantes reservas en cuanto a compartir el dormitorio, y más aún la cama, con un vampiro chupador de sangre.

Me lanzó una mirada divertida, preguntándose quizá si debía tomarme en serio o no.

—Lo digo en serio, Sofía. Entiendo que tengas dudas, pero te prometo que no intentaré nada contigo. Solo quiero asegurarme de que estás a salvo.

Hice un esfuerzo consciente para no quedarme boquiabierto. ¿Estaba pidiendo realmente mi consentimiento? ¿No me ordenaba simplemente dormir en su cama? ¿Habíamos dejado atrás el "no se hacen preguntas porque la palabra de su Oh-Altísima-Majestad es el principio y el fin de toda mi existencia"? Lo pensé con

detenimiento. La idea de retornar a mi habitación del ático me ponía enferma. No estaba segura de confiar en que Derek no saltaría sobre mí, pero que Lucas se subiera a mi cama en medio de la noche era una opción mucho menos atractiva.

Asentí y le miré a sus ojos azules.

—Puedo confiar en ti, ¿verdad, Derek?

La expresión de su rostro fue suficiente para confirmarme que no se tomaba la situación a la ligera.

Derek asintió.

—Sí, Sofía. Puedes confiar en mí.

## Sofía

En los días siguientes, Derek demostró que era fiel a su palabra. Nunca hizo ni dijo nada que quebrara mi confianza. Tuvo especial cuidado en asegurarse de que yo quisiera hacer lo que me pedía, y eso realmente marcó la diferencia. Derek empezó a preguntarme. Al principio parecía muy poco propio de él pero, a medida que pasaba el tiempo, nos acostumbramos más a estar juntos. Al menos yo.

Los días (o, en el caso de La Sombra, las noches) se convirtieron en rutina. Comenzábamos con el desayuno, antes de que Derek nos llevara a las chicas y a mí a la armería para entrenarnos en nuestra autodefensa contra los vampiros. Para horror de sus hermanos, también proporcionó estacas a las otras chicas. Nos advirtió firmemente que eran para nuestra defensa y para nada más. Si las usábamos con cualquier otro propósito, no dudaría en matarnos él mismo. Era un recordatorio de que la parte salvaje de Derek seguía allí, por muy amable que se mostrara cuando estábamos con él.

Después de las sesiones de entrenamiento, Sam y Kyle conducían a las otras chicas de vuelta al ático para preparar el almuerzo mientras Derek me llevaba a ver a Corrine. No tenía ni idea de qué hacía él durante las dos horas al día que yo pasaba con Corrine, pero no me preocupaba en absoluto. Comencé a valorar el tiempo que pasaba con la bruja. Definitivamente, era mucho mejor que los otros psicólogos que me habían obligado a ver. No le llevó mucho tiempo diagnosticar mi afección mental.

—No creo que padezcas ninguno de los trastornos con los que te diagnosticaron esos médicos —dijo—. Lo que tienes se confunde a menudo con otros trastornos, porque es difícil de detectar. Honestamente, creo que padeces baja inhibición latente, también conocida como BIL. La inhibición latente es lo que permite que las personas se cierren a algunos estímulos para poder centrarse en otros. Al fin y al cabo, el cerebro solo puede soportar una cantidad limitada de estímulos. Tú, sin embargo, no tienes mucha inhibición latente. Esa es la razón por la que estás constantemente alerta sobre todo lo que ocurre a tu alrededor. Puede resultar abrumador. —Corrine hizo una pausa.

Me mordí el labio, pensando en mi madre.

—¿Podría acabar volviéndome loca?

—La mayoría de las personas que padecen BIL acaban con problemas mentales... a no ser que tengan un CI lo suficientemente alto que les permita manejar el trastorno. Eres una de las pocas afortunadas. La mayoría de los que logran controlar la baja inhibición latente poseen niveles altos de empatía y a menudo son muy perspicaces con los demás. Son genios creativos.

Llegadas a este punto me reí. Dudaba mucho que yo fuera un genio creativo. Sin

embargo, gran parte de lo que dijo Corrine sobre mi problema encajaba. Ciertamente, explicaba por qué todos mis sentidos eran tan sensibles. Durante mucho tiempo había asumido que era normal. A medida que Corrine ampliaba su evaluación, descubrí que confiaba más en ella que en los numerosos médicos a los que me habían llevado los Hudson a lo largo de los años.

\* \* \*

Después de las sesiones con Corrine, normalmente pasaba el resto del día con Ashley, Paige y Rosa. A menudo nos vigilaban guardias asignados a nosotras que se iban turnando, pero los que más nos gustaban eran Sam y Kyle. Aquellas tardes transcurrían principalmente con las chicas ayudándome a terminar mi proyecto en la habitación extra del ático que Derek me había dejado. Todavía hablábamos de escapar, pero no teníamos ninguna pista de por dónde empezar. Siempre acababa siendo deprimente así que, con el tiempo, evitamos hablar de ello.

Las chicas me hacían muchas preguntas sobre lo que pasó con Lucas aquella noche. Intentaba a toda costa no responder. No quería asustarlas. Me las arreglé para convencer a Derek de que nos permitiera celebrar un funeral en honor de Gwen. Fue el primer funeral celebrado en honor de un humano en La Sombra.

Pasaba la mayoría de las cenas a solas con Derek. A veces me hablaba de lo que había hecho ese día después de dejarme con Corrine. La mayor parte del tiempo me limitaba a escuchar. Me mantenía al día de las investigaciones relativas a mi ataque y el asesinato de Gwen. Creía que sospechaba de Lucas pero, simplemente, no podía admitirlo en su interior. Esto solo sirvió para fortalecer mi resolución de no poner a prueba sus lealtades contándole lo que ocurrió.

Si no hubiera sido por Lucas, podría haber dicho con sinceridad que empezaba a disfrutar de la vida en La Sombra. Para Lucas era más difícil acercarse a mí, con todas las medidas de seguridad que había implantado Derek a mi alrededor por la noche, pero todavía había momentos en los que me encontraba sola y con la guardia baja. Lucas nunca dejaba de recordarme que llegaría el momento en que sería suya. Jamás tuve un encuentro con él que no me dejara temblando y sintiéndome ultrajada. Odiaba a Lucas con cada fibra de mi ser. Parecía que él se daba cuenta de todos estos sentimientos, y saberlo solo hacía que la situación le divirtiera aún más.

En última instancia, era Derek quien conseguía que la vida mereciera la pena en La Sombra. Comencé a atesorar las noches que me sentaba junto a él. Pasábamos la mayor parte del tiempo intentando enseñarle a usar un nuevo dispositivo tecnológico, de uno en uno. Enseñarle a usar la cámara fue divertido. Estuvimos toda la noche tomándonos fotografías y haciendo tonterías. Fue una de las primeras veces que recuerdo haberle oído reír.

La vida en la isla continuaba a un ritmo letárgico, y mi vida antes de ser

secuestrada empezó a parecer de otro tiempo. Me preocupaban las chicas y cómo lo afrontaban, pero parecían haber aceptado que esa era su suerte. De vez en cuando, se nos permitía abandonar el ático para visitar otras partes de La Sombra, donde presenciábamos cómo trataban otros vampiros a sus esclavos humanos. Se hizo aún más evidente que nos convenía estar bajo el cuidado de Derek.

Todavía había noches en las que Derek volvía a casa después de haberse alimentado de otro regalo de Vivienne o de algún otro vampiro que le rendía pleitesía. Intentaba no hablar de ello. Me imaginaba que, cuanto menos supiera, mejor, tanto para él como para mí.

Llegó el momento en que por fin terminamos la que yo bauticé como la "Sala del Sol". Llevó más tiempo del que imaginaba, y estaba muy impaciente por enseñársela a Derek.

Nunca podré olvidar la mirada de su cara cuando lo empujé al interior de la sala y encendí las luces.

—Me dijiste que no habías visto la luz del sol en quinientos años —expliqué—. Me di cuenta de que lo echabas de menos.

—¿Y por eso lo hiciste? —Paseó la mirada por la habitación, que tenía un mural de una playa de arena pintado en una pared y espejos en las demás, para lograr que la habitación fuera más brillante. En el centro había un techo solar, compuesto por luces LED sobre una ventana de cristal que creaba la ilusión de que la luz solar bañaba la habitación. Habíamos elegido mobiliario de exterior para que diera la sensación de estar al aire libre.

Sonreí. No había sido yo sola. Vivienne estuvo encantada de conseguirmos todo lo que necesitamos. Las chicas, Sam y Kyle también ayudaron.

—Supongo que no eres el único que echa de menos la luz del sol, así que gracias por darme la idea.

Para mi sorpresa, Derek me rodeó la cintura con sus brazos y me atrajo hacia él. Tomó mis brazos y los colocó sobre sus hombros, alrededor de su cuello. Me sostuvo y me condujo en un baile lento.

—No hay música —le recordé en un susurro.

—En mi cabeza, Sofía, siempre hay música.

El pensamiento me pareció divertido.

—Eso debe ser interesante. Es como si vinieras con tu propia música ambiental.

Él asintió, sonriéndome.

—Exactamente. —Me atrajo más cerca de él y me besó en la frente. Su siguiente beso cayó en mi mejilla, y el siguiente en la comisura de mis labios. Sabía que me iba a besar en la boca y, para ser honesta conmigo misma, quería que sucediera. Pero me aparté.

—Lo siento. No... no puedo.

En cierto modo esperaba que me preguntara por qué, o que se reafirmara e insistiera.

En lugar de eso, simplemente inclinó la cabeza y desvió la mirada.

—Lo comprendo.

Por alguna razón, aquello me irritó. ¿Cómo podía entender lo que yo sentía? Entonces me di cuenta de cuánto me molestaba que me viera tan blanda y frágil. Hacía que me sintiera débil, pero eso no cambiaba el hecho de que no estaba preparada para aquel beso.

Esa noche, justo antes de conciliar el sueño, comprendí por qué. Tenía la seguridad de que, si alguna vez cedía ante él de esa forma, si me rendía a aquel beso, no sería capaz de evitar enamorarme.

Y si alguna vez me permitía enamorarme de Derek Novak, estaba segura de que permanecería cautiva en La Sombra para siempre.

## Derek

Aquella noche, mientras la miraba dormir a mi lado, me obsesioné con ese instante en la Sala del Sol. Se había echado atrás cuando intenté besarla. Si hubiera sido cualquier otra mujer, no habría dudado en forzarla a besarme. Pero era Sofía.

Quería que ella lo deseara pero, después de todo lo que había visto, después de todo por lo que había pasado, no podía culparla por apartarse de mí. Lo comprendía, pero eso no cambiaba el dolor que sentía.

Se dio la vuelta en la cama, empujando la manta hacia un lado y dejando al descubierto una cantidad generosa de sus suaves piernas. Tragué saliva. Las noches con Sofía eran una tortura. Tenerla allí, tan hermosa y tan cerca, me recordaba siempre cuánto la deseaba. Su camisón se descolocaba y dejaba ver su cuello y sus hombros, pidiéndome prácticamente a gritos que los mordiera.

Me levanté de la cama, inseguro de mí mismo y de lo que sentía por ella. Me enfermaba pensar en los peligros a los que se enfrentaba. El asesino de Gwen todavía no había sido descubierto aunque, en mis entrañas, sabía quién era. No soportaba admitirlo. Una sensación familiar de malestar se asentó en mi estómago mientras caminaba hacia las ventanas que conducían al balcón desde donde se disfrutaba de la magnífica vista del Pabellón. La noche era negra, sin rastro de rayos de luna por ninguna parte.

En mi interior me sentía tan oscuro como la noche.

Recordé haber visto a Lucas un poco antes, susurrando algo al oído de Sofía. Percibí cómo todo su cuerpo se ponía en tensión y cómo Sofía intentaba reprimir su ira de manera obvia. No hice nada. Pretendí no haber visto nada.

Cuando Sofía se acercó a mí, actuó de la misma forma que yo. Como si no hubiera pasado nada. Sonrió y me tomó la mano. Me dijo que tenía una sorpresa para mí. Su cálido cabello castaño rojizo y su sonrisa radiante me recordaron los rayos del sol con más intensidad de lo que nunca podría hacerlo la Sala del Sol.

—Derek —susurró Sofía a mi espalda—. ¿Duermes alguna vez?

Negué con la cabeza mientras me giraba.

—No tanto como tú. Me quedé sin aliento al ver lo impresionante que estaba, con sus profundos ojos verdes fijos en mí. Me sentí como un niño hablándole a su primer amor. Sofía siempre conseguía trastornarme.

Cuando me acerqué a ella, una expresión pensativa reemplazó la sonrisa de su rostro. Me senté en el borde de la cama y pasé una mano por su cadera.

—¿Algo va mal?

Ella puso su mano sobre la mía, acariciando mi piel con sus dedos. El movimiento provocó que un escalofrío me recorriera todo el cuerpo. Nuestros ojos se

cruzaron unos instantes; no me importaba nada excepto tenerla allí conmigo. En ese momento me di cuenta de que ni siquiera podía pensar en vivir sin ella. Me sentí egoísta por tenerla allí cuando su vida estaba en peligro, pero me dije que no había más remedio.

—¿Qué piensas, Derek? —dijo en un suspiro.

—En ti. —No vi motivo para mentir—. No puedo imaginarme la vida sin ti.

Sofía se sentó en la cama y alzó la mano para tocarme la mejilla. Ya casi no había tensión o temor entre nosotros. Nos mostrábamos comedidos cuando estábamos con otros pero, una vez solos, había entre nosotros una familiaridad, un ritmo, casi una danza. Era uno de los motivos que me hacía sentir tan... conocido.

—No sé si esto significa algo para ti —empezó a decir, y entonces dudó.

Me burlé para mis adentros de su afirmación. Era muy raro que alguna palabra que saliera de aquellos dulces labios no significara algo para mí.

—¿Qué? —la sonsaqué.

Dudaba que pudiera saber cuánto me conmovió lo que dijo a continuación.

—Desde que llegué aquí, todo lo que he deseado ha sido escapar y volver a casa. Pero, Derek... —se inclinó hacia mí y me dio un beso suave en la mejilla—. He empezado a sentir que mi hogar eres tú.

## Derek

«*Su hogar*».

A la mañana siguiente, la palabra todavía resonaba en mi cabeza.

Me senté en el sofá del salón sin poder despegar los ojos de Claudia, una vampira miembro de la Élite, caprichosa y superficial, que había conseguido convencer a mi padre y a mi hermano de que le movía únicamente el interés de nuestra familia.

Todavía no estaba seguro de su verdadera motivación. Antes de caer en el hechizo de sueño, había hecho más de un intento por mantener una relación conmigo. Yo encontraba su sola presencia repugnante, por muy hermosa que fuera. Sin embargo, había solicitado audiencia y no tenía razones para denegársela.

Pero apenas oía lo que estaba diciendo: cortesías y cumplidos que no significaban nada para mí porque aún tenía la mente absorta en lo que Sofía me había dado a entender la noche anterior.

«*¿Quería decir que yo era la razón para desear quedarse en La Sombra?*».

Claudia terminó su parloteo y esperó a recibir algún tipo de respuesta. La miré de arriba abajo y deseché todo aquello que acababa de decir.

—Veo que las cosas te han ido bien —comenté, tomando nota de su modelito extravagante.

—Todo gracias a vos, ¿verdad, mi Príncipe? —sonrió Claudia.

Me aclaré la garganta.

—No nos perdamos en palabrería sin importancia. ¿Por qué querías verme?

Examiné detenidamente al joven que estaba de pie detrás de ella junto a la puerta, sirviéndola. Rubio, buen cuerpo, muy del tipo que Claudia disfrutaba. Recordé por qué detestaba estar cerca de esta vampira, que tenía al menos treinta años más que yo aunque había sido convertida a la tierna edad de diecisiete.

Las largas pestañas de Claudia aletearon mientras se sentaba derecha en su asiento.

—Además de para rendir pleitesía a mi amado Príncipe, por supuesto, tengo curiosidad.

—¿Curiosidad sobre qué?

—Curiosidad sobre quién, querréis decir. Bien, he oído tantas cosas sobre vuestra preciosa mascota pelirroja que tenía curiosidad por descubrir qué clase de chica era capaz de tener a Derek Novak comiendo de su mano.

Hice una mueca. El interés de Claudia en Sofía era algo que debía disipar a toda costa. Pero, antes de que pudiera abrir la boca, se oyó la risa de Sofía en el exterior. Ella y las demás chicas habían ido a dar un paseo escoltadas por Sam y Kyle.

Ya era demasiado tarde. Sofía atravesó la puerta principal con una sonrisa en la

cara y un brillo especial en sus ojos verdes.

Claudia se puso de pie, se giró y examinó a Sofía de arriba abajo.

—Así que es esta —dijo.

Como si la situación no fuera ya suficientemente mala, una mirada de completa sorpresa surgió en la cara de Sofía en el instante que posó los ojos en el esclavo de Claudia.

—Ben —gimió.

La misma sorpresa se hizo evidente en la cara del chico. Empalideció. Sofía corrió hacia él y se arrojó a sus brazos, y él devolvió el abrazo con la misma pasión. Mientras apoyaba su barbilla sobre la cabeza de Sofía, Ben miró en mi dirección. Casi podía oír las acusaciones y las amenazas que me estaba lanzando en su interior. Era obvio que temía por Sofía, que le preocupaba lo que yo podía haberle hecho.

Una sonrisita apareció en la cara de Claudia mientras miraba con atención la reunión de su esclavo y mi esclava.

—Interesante. De hecho, muy interesante.

Me quedé de pie allí, sin saber qué hacer. O qué pensar. Pero estaba seguro de que lo que estaba contemplando allí mismo, justo delante de mí, era a Sofía abrazando al motivo por el que querría abandonar La Sombra para siempre.

## Sofía

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando me relajé entre los brazos de Ben, que me rodeaban apretándome fuertemente contra él. Tenía muchísimas preguntas agolpándose en mi cabeza. No sabía si estar contenta o aterrorizada de verlo en un lugar como La Sombra.

—Con el debido respeto, mi amado Príncipe —ronroneó la invitada de Derek—. No me gusta que otras toquen lo que es mío y, por el gesto de vuestra cara, creo que vos tampoco estáis disfrutando del espectáculo.

El cuerpo entero de Ben se tensó al oír a Claudia. Me ponía enferma pensar en las posibilidades que rodeaban su presencia en La Sombra. Deseaba hablar, decirle algo, hacerle al menos una de las preguntas que fluían por mi cerebro, pero sabía que, en cuanto lo intentara, no podría reprimir los sollozos. Deseaba aferrarme a él, pero ambos sabíamos que debíamos separarnos. Seguir abrazados solo nos traería problemas... para ambos. Así que nos separamos a regañadientes y nos quedamos quietos, de pie ante el hombre y la mujer que nos tenían prisioneros.

—¿Quién es, Sofía? —inquirió Derek.

No se me escapó la tensión que había en su voz.

—Un amigo.

Su invitada rubia arrugó la nariz.

—¿Solo un amigo?

—El mejor que he tenido —respondí con la voz quebrada, mientras las lágrimas se deslizaban por mis mejillas.

—Concédeme un deseo. ¿Querrás, Claudia? —dijo Derek en voz alta, con los ojos puestos en mí.

No pude descifrar la expresión de su cara. No sabía si mi afecto por Ben le había molestado. Por alguna razón, sentí mi corazón cerca de él. De algún modo deseaba asegurarle que la presencia de Ben no cambiaba nada entre nosotros, pero era mentira.

Lo cambiaba todo.

Recordé lo que le había dicho a Derek la noche antes, que él se estaba convirtiendo en mi hogar. Nunca podré olvidar cómo me miró después de aquello, como si yo lo fuera todo para él. Me conmovió que ese hombre tan fuerte y poderoso me mirara así. Fue extraño porque, en ese momento, sentí como si yo tuviera todo el poder y él estuviera a mi merced.

Mientras estaba al lado de Ben, temiendo por él, lancé otra mirada al amo al que había aprendido a apreciar profundamente, y empecé a dudar.

«¿Sería capaz de romper con Derek Novak?».

Escapé de mi monólogo interior al darme cuenta de lo indignada que parecía Claudia al mirarme.

—¿Sí, su Majestad? ¿Qué puedo hacer por vos?

Derek se aproximó a ella y dejó que su mano serpenteara por la cintura de Claudia mientras la atraía hacia su cuerpo empujando su espalda. Ella no ocultó el placer de su rostro mientras me miraba fijamente, como si, de alguna forma, me hubiera ganado algo. El estómago se me encogió. Tuve la reacción más extraña al ver a Derek tocar a otra mujer. Era parecido a lo que había sentido cuando vi a Ben con Tanya, pero esta vez era diferente, más intenso, más doloroso. Odiaba admitirlo, pero estaba celosa. Deseaba cruzarle la cara a Claudia, pero como aquello no era una opción, aparté la vista.

Lo que Derek dijo a continuación echó por tierra toda mi determinación de ignorarlo el resto del día.

—Como ya sabes, Claudia, la adorable Sofía se ha convertido en algo muy preciado para mí, y parece que tiene bastante aprecio por tu esclavo. Has venido a rendirme pleitesía, ¿no es así?

El rostro de Claudia se tensó.

—Sí, así es.

—Me complacerá enormemente que me regales el chico. Mi esclava Gwen fue asesinada, como ya habrás oído. Necesito uno nuevo.

—Seguro que hay otros —intentó protestar Claudia—. Os conozco lo suficiente para saber que no sentís ninguna inclinación por los jovencitos.

Las manos de Derek apretaron con fuerza su cintura mientras le hablaba directamente al oído.

—Como ya dije, obviamente Sofía le ha tomado simpatía al chico. No quiero a nadie más, porque este es el que quiere Sofía. Lo que le complace a ella me complace a mí. ¿O me niegas esta petición, Claudia?

Claudia se separó de él y se irguió hasta alcanzar su altura total, tratando de recobrar un aire de dignidad. Todos sabíamos que negar a Derek su petición habría sido fatal para ella. Era su príncipe, y solo le estaba pidiendo un esclavo. No había motivos para negárselo. Claudia frunció el ceño y me lanzó una mirada de odio antes de examinar a Ben con detenimiento.

—Este me gustaba, pero tengo tantos que no sé qué hacer con ellos. —Se acercó a Ben y le acarició la mejilla con el dorso de la mano. Mientras se ponía de puntillas para besar los labios de Ben, no apartó sus ojos de los míos.

Miré a Ben, y estaba claro que sentía hacia esa mujer lo mismo que yo sentía hacia Lucas. La sensación de repugnancia que se había instalado en mi estómago no desaparecía. Me negué a imaginar siquiera lo que había tenido que soportar Ben durante su estancia en La Sombra.

Claudia echó un último vistazo a Derek.

—Jamás podría negaros nada, querido Príncipe. Volveré a visitaros pronto. —

Torció el gesto y se fue.

Cuando se marchó, tomé la mano de Ben y de nuevo lo atraje hacia mi cuerpo. Miré a Derek y murmuré un sincero *gracias*. Él asintió y se forzó a sonreír.

Aunque estaba extasiada por ver a mi mejor amigo, lo que más sentía en aquel momento era cuánto adoraba a Derek por lo que había hecho. Me apreté con fuerza en los brazos de Ben, casi con la esperanza de recobrar la atracción que sentía por él.

—La odio —siseó Ben en mi oído—. Los odio a todos.

Le abracé con más fuerza.

—No te preocupes, Ben. Ahora estás bien. Derek nos mantendrá a salvo a los dos.

—No seas tonta, Sofía. Tenemos que salir de este lugar antes de que decida que se ha cansado de ti y nos mate a los dos.

La idea me revolvió el estómago.

«¿Qué ocurrirá si Derek alguna vez se da cuenta de que no soy especial... y decide que ya me ha aguantado suficiente?».

Quería creer que tal cosa no podría suceder nunca, pero Ben siempre tenía la capacidad de influirme con sus palabras. Le dediqué a Derek una mirada de preocupación. Sentí como si acabara de perderlo.

## Derek

Odiaba esa tensión. Desde que se mudara a mi dormitorio, Sofía y yo habíamos desarrollado una familiaridad de forma natural. Era como si supiéramos cómo adaptarnos el uno al otro. Hubo ocasiones, por supuesto, en las que estuve enormemente tentado de tomar un sorbo de su sangre, pero no era nada que una copa de sangre de Vivienne no pudiera arreglar.

Sin embargo, la noche que llegó Ben fue como si hubiéramos vuelto a convertirnos en desconocidos. De repente la habitación parecía demasiado pequeña para los dos. Se estaba alejando de mí por momentos.

Sofía estaba tumbada en su lado de la cama mientras yo permanecía sentado en el borde del mío, con la intención de sumergirme en un libro. Fue ella quien finalmente rompió el silencio.

—Gracias, Derek. Por lo que hiciste.

No tenía ningún deseo de hablar del chico.

—Antes Lucas se aproximó a ti. ¿Qué te dijo?

—Nada —respondió ella demasiado rápido—. Ya sabes que tu hermano dice muchas cosas sin sentido.

—Por la forma en que reaccionaste, lo que dijo distaba mucho de no tener sentido. —Me vino a la memoria la sospecha de Corrine de que Sofía recordaba todo lo ocurrido la noche que fue atacada—. ¿Te ha estado haciendo daño, Sofía?

—No importa.

—¿Qué quieres decir con que no importa? —Agarré las sábanas de la cama, preguntándome por qué estaba haciendo preguntas con cuyas respuestas ni siquiera sabría qué hacer—. ¿Te lo ha hecho?

Sofía se sentó en la cama y me agarró la muñeca.

—¿Por qué te comportas así? Nos has visto a Lucas y a mí relacionarnos en innumerables ocasiones.

—¿Relacionaros? ¿Es eso lo que haces con Lucas? —Sabía que estaba siendo irracional, pero la imagen de Sofía con Ben había consumido toda mi razón—. ¿Hay algo entre mi hermano y tú, Sofía?

—¿Lucas y yo? —Parecía muy enfadada al contestarme apretando los dientes—. Eso es una locura, Derek. Yo nunca...

La empujé contra la cama, moviéndome a toda velocidad. Sujeté sus muñecas por encima de su cabeza y me agaché a horcajadas sobre sus caderas.

Sus ojos se abrieron con una mirada de interrogación.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con voz baja y temblorosa—. ¡Espera! No...

Sujeté la barbilla de Sofía con no demasiada delicadeza. Sentía que la estaba

perdiendo y que no podía hacer nada por evitarlo. Deseaba recuperar algún tipo de control sobre la situación y, por irrazonable que pareciera, volqué mi agitación sobre ella.

—Eres mía, Sofía. Han cambiado muchas cosas entre nosotros, pero eso no ha cambiado.

Ella no respondió. En lugar de eso, simplemente me miró como no lo había hecho en mucho tiempo. Me miró con miedo.

Aquello me despertó de mi momentáneo estallido de locura. La solté y me levanté, sintiéndome como el idiota más grande que jamás hubiera pisado la faz de la tierra. No podía mirarla. Ni siquiera soportaba estar en la misma habitación que ella. No la merecía.

Mentí cuando le recordé que el hecho de que fuera mía no había cambiado. No importaba que actuara como un macho alfa tratando de intimidarla, yo sabía la verdad.

Ella ya no era mía.

En algún momento de todas esas noches junto a ella, yo me había convertido en suyo.

## Sofía

No había palabras para expresar lo alterada que me sentía. Era tan poco propio del Derek que había llegado a conocer que no podía comprender por qué había hecho algo semejante. Las dudas me asaltaron.

«¿Tendría razón Ben? ¿Se está cansando Derek de mí?».

Permanecí inmóvil en la cama mucho tiempo después de que saliera como un vendaval de la habitación. Estaba temblando, sin saber qué significaba lo que acababa de ocurrir. Toda la sensación de seguridad que sentía cuando estaba en ese dormitorio comenzó a desvanecerse y descubrí que estaba aterrorizada.

Sin embargo, después de un ataque de introspección reconocí que, aunque estaba resentida porque me hubiera tratado de ese modo, también estaba preocupada por él. No era propio de Derek actuar así. Algo iba mal.

«Cree que hay algo entre Lucas y yo».

Quería explicarle que no había nada más lejos de la realidad pero, ¿cómo iba a hacerlo?

Salí de la cama y me puse una bata de seda sobre el camisón. Todavía atormentada por pensamientos inquietantes, me refugié en la habitación que guardaba recuerdos de la sonrisa de Derek, de un baile con música que únicamente sonaba en su cabeza, de un beso que deseaba tanto pero que no podía permitir que ocurriera.

Abrí la puerta de la Sala del Sol y me sorprendí al encontrarme a Ben allí con una mirada de puro éxtasis en el rostro. Después de que Derek “adquiriera” a Ben, habíamos pasado el resto del día juntos, hasta que tuve que irme a la habitación de Derek para dormir un poco. Ben me había sugerido que pasara la noche con él pero, para su consternación, decliné su invitación. Si Lucas atacaba aquella noche, lo único que conseguiría era ponerlo en peligro si lo encontraba conmigo.

El tiempo que pasé con Ben resultó violento. La Sombra lo había cambiado de una forma que no era capaz de comprender. No cruzamos muchas palabras. Simplemente nos sentimos satisfechos de estar el uno junto al otro.

Sabía que Ben tenía preguntas para mí, y yo también tenía las mías para él, pero ambos temíamos oír las respuestas. No sabría qué hacer si empezaba a contarme algo terrible de su experiencia en La Sombra. Ni siquiera sabía si podría soportar contarle lo que Lucas me había hecho pasar y por qué no se lo podía decir a Derek.

Por eso, aquella expresión de alegría en su cara mientras admiraba la Sala del Sol era una visión preciosa de contemplar.

—La llamamos la Sala del Sol —dije, sorprendiéndole—. Yo misma la diseñé. ¿Te gusta?

Entré con una sonrisa en mi rostro. No podía negar el orgullo que sentía al ver la

cara de Ben y lo enamorado que parecía de la ilusión del sol bañando la estancia.

Pero me recordaba tanto a la reacción de Derek cuando lo llevé a la sala por primera vez que casi me parecía estar engañándolo solo con mi presencia allí junto a Ben.

—¿Tú hiciste esto? —preguntó—. Sofía, es increíble. —Al acercarse al mural de la playa que había en la pared, suspiró—. Lo que daría por ver el sol. Este lugar y su oscuridad... —Se estremeció—. Esta habitación es como un refugio. ¿Qué te hizo pensar en ello?

Me mordí el labio mientras le miraba fijamente.

—Derek me contó que no había visto el sol en quinientos años. Podría jurar que lo echaba de menos, y de ahí saqué la idea, y...

Ben retiró la mano del mural como si de repente le quemara.

—¿Lo hiciste para él?

—Bueno, sí —respondí—. Y porque yo también echaba de menos el sol. —No me gustó el cariz que estaba tomando la conversación.

—¿Cómo pudiste hacer algo por él? ¿Por alguien de su especie? —El tono de Ben era acusador—. Eres su esclava, Sofía. ¿Cómo podrías vivir con eso?

¿Qué podía decirle? ¿Que Derek era diferente? ¿Que no era como los otros? Todo lo que sabía era que, durante el tiempo que había estado allí, Derek había empezado a significar mucho para mí. Incluso después de lo que había hecho unos minutos antes, y por muy dolida y confusa que estuviera por ello, todavía me resultaba difícil ver a Derek de forma negativa. ¿Cómo podía siquiera empezar a explicárselo? Rodeé desde atrás la cintura de Ben con mis brazos, esperando alejar sus pensamientos de los vampiros.

—¿No podemos olvidarnos de ellos ahora? Te he echado mucho de menos.

—No puedo olvidarlo sin más, Sofía —soltó Ben—. No tienes ni idea de por lo que me ha hecho pasar esa perra.

Había un tono afilado en su voz. Hastiado. Quebrado. Cínico. No le quedaba pena. Solo odio puro. Completamente diferente al despreocupado Ben que había conocido. Se volvió para mirarme a la cara con ojos centelleantes.

—Nunca me habría imaginado que tú eras la chica de la que Claudia hablaba con tanta insistencia, la humana que había robado el corazón del príncipe vampiro. Me duele muchísimo que también te hicieran prisionera, que su especie pueda arruinarte de la forma que les plazca. Y, a pesar de todo esto, casi parece que te hayas enamorado de él.

Tragué saliva.

«¿Enamorarme? ¿De Derek?».

No podía mentirme a mí misma. Sabía que corría el peligro de enamorarme de él, pero no estaba segura de que hubiera ocurrido ya, que me hubiera enamorado de verdad de Derek. No tenía por qué defenderme ante Ben de lo que pudiera haber entre Derek y yo ni quería hacerlo, así que me centré en él. Sabía que no había forma

de escapar del tema al que se dirigía la conversación. Me preparé para lo peor.

—¿Qué te ocurrió, Ben? ¿Cómo llegaste aquí? ¿Qué te ha hecho Claudia?

Se produjo una larga pausa antes de que Ben dejara escapar un suspiro y comenzara a explicarse.

—No volviste a la villa la noche de tu cumpleaños. Yo estaba enfermo de preocupación. Esperé durante horas, pero no apareciste y empecé a buscarte. Fue entonces cuando ella me encontró. Me llevó a su ático y allí he estado desde entonces. Esta ha sido la primera vez que me ha permitido salir desde que intenté escapar.

—¿Intentaste... intentaste escapar? ¿Qué ocurrió?

Ben sonrió con amargura.

—Míralo por ti misma.

Se quitó la camisa de lana blanca.

Al verlo, se me saltaron las lágrimas y ahugué un grito tapándome la boca con la mano. La parte superior de su pecho estaba cubierta de cicatrices. Habían destrozado su cuerpo corte a corte. Temblé mientras recorría uno de ellos con un dedo.

—¿Cómo pudiste sobrevivir a esto, Ben?

—Eso que ves es la última ronda de tortura. Claudia usaba una daga para cortarme con suficiente profundidad para dejar cicatriz. Las primeras dos sesiones me golpeó y me dejó hecho trizas, y después me hizo beber su sangre para que cicatrizara y poder seguir torturándome.

Tuve que reunir toda mi resistencia para no vomitar.

—Estas criaturas son salvajes malvados, Sofía. Todos ellos. No tienen conciencia, de la misma forma que no tienen vida. Es posible que pienses que ese príncipe tuyo tiene un corazón en algún lugar, pero no es verdad, Sofía. Da igual lo bien que te haya cuidado, sigue siendo un vampiro. Y cuando posa sus ojos en ti, todo lo que ve es una hermosa jovencita a la que hincarle el diente.

*«Sin embargo, no lo ha hecho. Da igual lo tentado que estuviera, nunca sucumbió».*

Miré a mi mejor amigo, deseando estar de acuerdo con él pero defender a Derek a la vez. Me hizo sentir culpable porque, después de todo por lo que había pasado Ben, se merecía tenerme a su lado. Pero solo podía pensar en la sonrisa del rostro de Derek y su forma de mirarme cuando se acercó para besarme. Por mucho que intentara recordar el comportamiento negativo de mi secuestrador, descubrí que en mi interior no había motivos para ver a Derek como un salvaje... sencillamente porque no lo era.

—No puedo culparte por pensar así. Claudia es realmente malvada —eso fue todo lo que acerté a decir para apaciguar a Ben.

—Pero, ¿tú crees que tu príncipe no lo es?

—Derek tiene sus defectos, pero está lejos de ser un salvaje.

Ben respondió tomándome la cara con sus dos grandes manos y plantándome un beso en la frente.

—Estás muy equivocada, Sofía, y por tu propio bien, espero que encontremos una manera de salir de aquí antes de que revele sus verdaderas intenciones.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí?

Como si la presencia de Ben no fuera suficiente carga para mí, ahora oía el terrorífico sonido de la voz de Lucas.

—Eres una niña traviesa, Sofía. Ya odio ver cómo te toca Derek, pero, ¿ahora esto?

Antes de que pudiera empezar a articular una respuesta, Lucas nos agarró a Ben y a mí por la garganta y nos aplastó contra la pared. La mirada feroz de Lucas se detuvo en Ben.

—Pero si es el esclavo de Claudia... ¿No fuiste tú el que nos sirvió durante aquellas placenteras reuniones que mantuve con tu señora?

Ben luchó para librarse de la mano de Lucas. Pero estaba desarmado y ambos sabíamos que no había mucho que pudiera hacer para herir a Lucas.

—Bienvenido a El Pabellón, chico —dijo Lucas con una sonrisa burlona—. La primera lección que deberías aprender es que no debes tocar jamás lo que es mío.

Ben le escupió en la cara y gruñó:

—¡Sofía no es tuya ni de tu hermano! Me pertenece a mí.

Enfurecido por su insolencia, Lucas gruñó y arrojó a Ben al otro lado de la sala. La cabeza de Ben golpeó la pared y cayó inconsciente al suelo. Dejé escapar un grito e intenté correr hacia él, pero la fría mano de Lucas me retuvo.

—Creo que es hora de cobrarme lo que deseo de ti. Esto ya se ha demorado bastante. ¿No crees, mi frágil ramita?

## Derek

«¿*Qué he hecho? Después de como me he comportado, también podría habérsela servido a ese chico en bandeja de plata*».

Desde el instante en que dejé a Sofía temblando en mi cama, no hice otra cosa que castigarme por mi comportamiento. No podía creer lo que había hecho. En realidad, la había acusado de estar con Lucas y, sin embargo, tenía la certeza de que mi hermano había estado atormentándola las últimas semanas. Todo por mis celos hacia ese *amigo* suyo.

Caminé por los bosques con la esperanza de aclarar mis pensamientos, pero no lo conseguí. Si acaso, estaba más confuso que nunca. El paseo solo logró ponerme paranoico y empecé a preguntarme qué tipo de escena me encontraría a la vuelta. Me convencí a mí mismo de que no arrancararía la cabeza de nadie en caso de encontrar a Sofía en la cama con su amigo.

«*Contrólate, Derek*» —no dejaba de decirme. Estaba siendo irracional. Sofía había dicho que el chico era su mejor amigo—. «*Créela*».

Entonces recordé cómo le había mirado, sabiendo con plena certeza que a mí nunca me había mirado así, y mi paranoia se puso en marcha una vez más.

«*Es imposible que ese chico sea solo un amigo*».

Retorné a El Pabellón solo cuando me sentí con fuerzas para enfrentarme a lo peor al llegar al ático, pero nada podría haberme preparado para lo que encontré.

Lo primero que vi fue a Sam y a Kyle despertando de su estado de inconsciencia en el suelo del salón.

—Sala... del Sol —fue todo lo que consiguió decir Sam—. Ben está... allí... también.

El estómago se me encogió. Me sentí traicionado porque Sofía estuviera con otra persona que no fuera yo en la Sala del Sol. Pero meforcé a dejar de lado los celos. Algo iba terriblemente mal y necesitaba tener la mente clara.

Cuando llegué a la sala, me quedé helado de la conmoción. Ben yacía inconsciente en el suelo y Sofía gemía intentando en vano apartar a mi hermano de ella.

Lucas la tenía contra la pared, desnuda de cintura para arriba. Sus dientes se hundían en su cuello mientras sus manos manoseaban libremente todo su cuerpo. Lucas temblaba de placer ante la piel desnuda de Sofía y bebía ávidamente su sangre.

Perdí el control y atacé a mi hermano, haciendo un enorme agujero en la pared cuando le estrellé contra ella.

Sin embargo, Lucas tuvo el descaro de reírse. Le golpeé la cara con tal fuerza que casi creí que le había roto el cuello por la forma en que su cabeza se balanceó hacia

un lado.

Estaba seguro de que se había vuelto loco. Pero me equivocaba. Se daba perfecta cuenta de lo que estaba haciendo.

—No puedo permitir que la poseas, hermano —me espetó—. Lo perderé todo en el instante que sea completamente tuya.

No comprendí lo que estaba diciendo. No quería entenderlo. Solo deseaba acabar con él, terminar con esa amarga rivalidad que habíamos mantenido durante tantos años. Yo era mucho más poderoso que él y sus esfuerzos por liberarse de mí no le hicieron ningún bien. Saqué la estaca de madera que llevaba encima en todo momento.

—¿Esa es *la* estaca de madera? ¿La misma que usaste todos esos años que fuiste cazador? —Lucas no mostró ningún temor. Me conocía lo suficientemente bien para saber lo importante que era la familia para mí, pero subestimó enormemente el valor que había adquirido Sofía a mis ojos. Después de todo el tiempo que había empleado sopesando quién me importaba más, mi hermano o Sofía, en ese momento la elección estaba clara como el agua: iba a atravesar su corazón con esa estaca para proteger a la mujer que amaba.

Todo mi cuerpo se puso en tensión al darme cuenta de ello. La mujer a la que amaba. Así era como veía a Sofía en ese momento. Ahora que Lucas había saboreado su sangre, se convertiría en una amenaza aún mayor para ella.

Levanté la estaca y apunté al corazón de mi hermano.

La mueca burlona de su cara desapareció cuando se dio cuenta de que tenía toda la intención de matarle. Había ido demasiado lejos. Se encogió de miedo cuando hice un movimiento para apuñalarlo. Su cara se cubrió de alivio cuando alguien se adelantó para defenderlo.

—Derek, no —gritó Sofía.

—No estás a salvo con él —dije con los dientes apretados.

—Nunca lo estuve —jadeó ella.

Por la forma de decirlo, adiviné que se sentía en conflicto consigo misma, muy probablemente debatiendo en su interior si debía impedirme clavar la estaca en el corazón de Lucas.

—¿Por qué debería vivir? Tiene que morir.

La respuesta de Sofía me recordó por qué la adoraba tanto.

—Si matas a tu propio hermano, Derek, probablemente nunca me lo perdonarías. O peor aún, nunca podrías perdonarte a ti mismo.

Sofía me conocía, conocía todos los ángulos de mi ser, y sin embargo nunca me trató como a una criatura de las tinieblas. Cuando me miraba, veía a alguien que podía transformarse en un ser de luz.

Dejé caer la estaca y solté la mano que sujetaba a mi hermano. Este no perdió el tiempo y aprovechó lo que muy probablemente percibía como un lapso momentáneo de cordura para salir corriendo de la habitación.

«No ha cambiado nada».

Lucas era un cobarde y un matón. Nunca se enfrentaba a los que eran más poderosos que él, pero disfrutaba acosando a los débiles.

Por eso tenía la certeza de que, mientras Sofía estuviera en La Sombra, nunca estaría a salvo.

Lucas la acecharía y le daría caza como a un animal. No se detendría hasta satisfacerse con ella. A no ser que yo lo matara antes a él.

Me estremecí al sentir la caricia de la suave mano de Sofía sobre mi brazo. Me giré y meforcé a mirarla. Se colocó los jirones del camisón sobre el cuerpo, intentando cubrirse. Me arranqué la camisa inmediatamente y se la puse sobre los hombros. Una vez más, me hice un corte en la palma de la mano y la obligué a beber de mi sangre. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que su amigo ya estaba despierto mirándonos, especialmente a mí, con ojos desconfiados.

Lo ignoré y esperé a que cicatrizaran las heridas de Sofía, con los ojos fijos en las marcas del mordisco de Lucas en su cuello.

—Lo siento, Sofía. Te fallé otra vez. —Estaba pálida y débil a consecuencia del ataque—. Sofía, ¿te ha...? —Mi voz se apagó. No fui capaz de decir las palabras en voz alta ni de mirarla a los ojos.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no lo ha hecho —me aseguró.

Sin embargo, adivinaba que había hecho todo menos eso. Me ponía enfermo que ese monstruo estuviera emparentado conmigo.

—Tienes que irte, Sofía.

Al principio, había conmoción en sus ojos, y luego, confusión.

—¿Qué quieres decir?

—Te permitiré abandonar La Sombra.

«Te permitiré abandonarme» era lo que quería decir.

Deseaba que ella me dijera que prefería quedarse, que confiaba en que yo la protegería.

En lugar de eso, me abrazó y dijo:

—Gracias.

## Sofía

Quería llevarme a las chicas conmigo. Derek no quiso ni oír hablar de aquello. De hecho, ni siquiera me miró. Sin embargo, miró a Ben y dijo:

—Protégela.

Ben lo miró con incredulidad, como diciendo que no hacía falta que se lo recordaran. Odiaba a Derek y no veía motivos para estar agradecido por lo que estaba haciendo.

Yo lo veía de un modo distinto. Sabía cuánto arriesgaba Derek al ayudarnos a escapar. Estaba comprometiendo la seguridad de todos los habitantes de La Sombra. Estaba ofreciendo a los de su especie un motivo para cuestionar su liderazgo. Temí por él. Tanto que empecé a pensar si de verdad me quería ir.

Lo que le dijo a Ben a continuación me partió el corazón.

—Asegúrate de que llegue a salvo a casa.

«A mi hogar».

Le había dicho que mi hogar era él, y entonces supe que me estaba traicionando a mí misma al intentar convencerme de que, abandonando La Sombra, volvería a mi hogar. En aquel instante ya no estaba segura de dónde estaba mi hogar, pero eso no cambiaba el hecho de que la vida de Ben y la mía corrían grave peligro en la isla. La mía por la decisión de Lucas de poseerme, y la de Ben por su conexión conmigo... y con Claudia.

Así que la huida siguió en marcha.

Derek Novak conocía bien La Sombra. Sabía adónde ir y qué hacer para permanecer ocultos. Teniendo en cuenta que ya le había informado de mi baja inhibición latente, también aquello presentaba un riesgo: recordaría cada pequeño detalle de mi huida. Eso significaba que, si alguna vez volvía a La Sombra, encontraría sin dificultad el camino hacia mi libertad, incluso en la oscuridad.

Con cada paso que dábamos hacia el puerto donde Derek ya había previsto el transporte para volver a la playa en la que habíamos sido secuestrados, me daba cuenta de cuánto deseaba quedarme. No porque La Sombra se hubiera hecho un hueco en mi corazón, sino porque no deseaba estar en ningún lugar en el que no estuviera Derek.

Odiaba que ni siquiera me mirara. Cuando el puerto estuvo a la vista, ya había tenido suficiente. Yo iba de la mano de Ben, y Derek caminaba detrás de nosotros, asegurándose de que no nos seguía nadie. Me detuve, con la esperanza de que Derek se tropezara conmigo. No se tropezó. Como siempre, percibía cada uno de mis movimientos.

Ben tiró de mí. Su rostro se ensombreció cuando me solté de su mano.

—Necesito hablar con Derek —dije por toda explicación.

Ben no parecía contento, pero hizo un gesto de asentimiento, mirando con fiereza a Derek antes de seguir adelante a una distancia prudente de nosotros.

Me giré para mirar a Derek a la cara. Quería que me mirara. Pero apartó la vista.

—No seas así, Derek.

—¿Cómo?

—Distante.

—¿Por qué no? Así es como será una vez que abandones La Sombra.

Aquella fue la primera vez que caí en la cuenta de que, en cuanto abandonara la isla, sería un adiós para siempre. No era como si pudiera conectarme a Internet y hablar por videochat con él.

—Exactamente por eso no lo puedo soportar, Derek —reprimí un sollozo—. Hemos pasado por demasiadas cosas. Me gustaría pensar que ahora significamos mucho el uno para el otro.

Era una subestimación muy dolorosa. Y odiaba lo formal que sonaba. En ese momento, sentía que él lo era todo para mí y deseaba con todo mi corazón que él sintiera lo mismo. Intenté con todas mis fuerzas que no se me saltaran las lágrimas mientras continuaba intentando describir en voz alta lo que me consumía por dentro.

—Separarnos así... casi sin hablar, casi sin ni siquiera mirarnos... No sé cómo tomármelo. No lo soporto.

Casi me ahogué antes de decir las palabras que me obsesionarían para siempre:

—*Te quiero demasiado para dejar todo así, sin resolver.*

Sentí un cosquilleo en la espalda cuando sus dedos me acariciaron la mejilla y me peinaron el cabello. Antes de que me diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, sus labios se apretaron contra los míos, hambrientos, apasionados, exigentes. Su lengua se abrió paso entre mis labios. Reclamando, explorando, saboreando. Me descubrí resistiéndome a su tacto y, a continuación, dejándome llevar. Lo deseaba. Yo sentía tanta pasión, tanta hambre como él. Me sorprendió darme cuenta de cuánto deseaba aquello, cuánto le deseaba a él. Cada segundo del beso fue un segundo más para asimilar la verdad.

*Incluso dejé de pensar en la posibilidad de una vida que no incluyera a Derek Novak.*

Cuando nuestros labios se separaron, tomé aliento, desesperada por continuar. Me abrazó fuertemente. Sentí su necesidad, su deseo de que me quedara, cuando me susurró al oído:

—No quieres marcharte.

En ese punto, rompí a llorar. Tenía razón. Tanto si me gustaba como si no, ahora mi hogar era dondequiera que estuviera Derek Novak.

## Vivienne

Una sacudida me despertó justo cuando sus labios se rozaron. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y me aferré a las sábanas de la cama. Contemplé retazos de una visión. Derek y su amada Sofía compartían un beso... Era el beso que grababa en piedra nuestro destino. El juego acababa de comenzar. El ojo de mi mente se vio inundado con ola tras ola de premoniciones contradictorias sobre lo que estaba por venir. Todo muy confuso. Todo muy inquietante.

Ni Derek ni Sofía tenían la más ligera idea de a qué se enfrentaban. La verdad sea dicha, yo tampoco lo entendía del todo.

En lo más profundo de mi ser creció el pavor ante lo que vendría después. Podía sentir el resentimiento de Lucas y el conflicto interior de mi padre entre su amor por Derek y su amor por el poder. Sentí la fuerza creciente de los cazadores. Pero, más que ninguna otra cosa, sentí la intensidad de los sentimientos de Derek hacia Sofía.

Mi hermano había elegido sin saberlo a su compañera. Y ya solo quedaba que ella probara ser digna de tal posición.

Nunca me había sentido tan poco segura de lo que deparaba el futuro como en aquel momento. Pero de una cosa sí estaba segura:

Habría derramamiento de sangre.



BELLA FORREST es una autora de éxito de ventas de la serie «A la sombra del vampiro», que es el *bestseller* n.º1 en los géneros romance de vampiros, paranormal y fantasía. Forrest También es autora de la trilogía «Una sombra de Kiev» (una continuación de uno de los libros de una cortina del vampiro) y *duology* «Beautiful Monster».

Un autora desconocida, que ha mantenido su vida privada totalmente invisible, Bella Forrest (sea quien sea) ha dominado el arte de encontrar y capturar la atención de un público objetivo. En poco más de tres años, esta autora de autopublicación ha salido de la nada para dominar el romance del vampiro, Paranormal y géneros de fantasía.